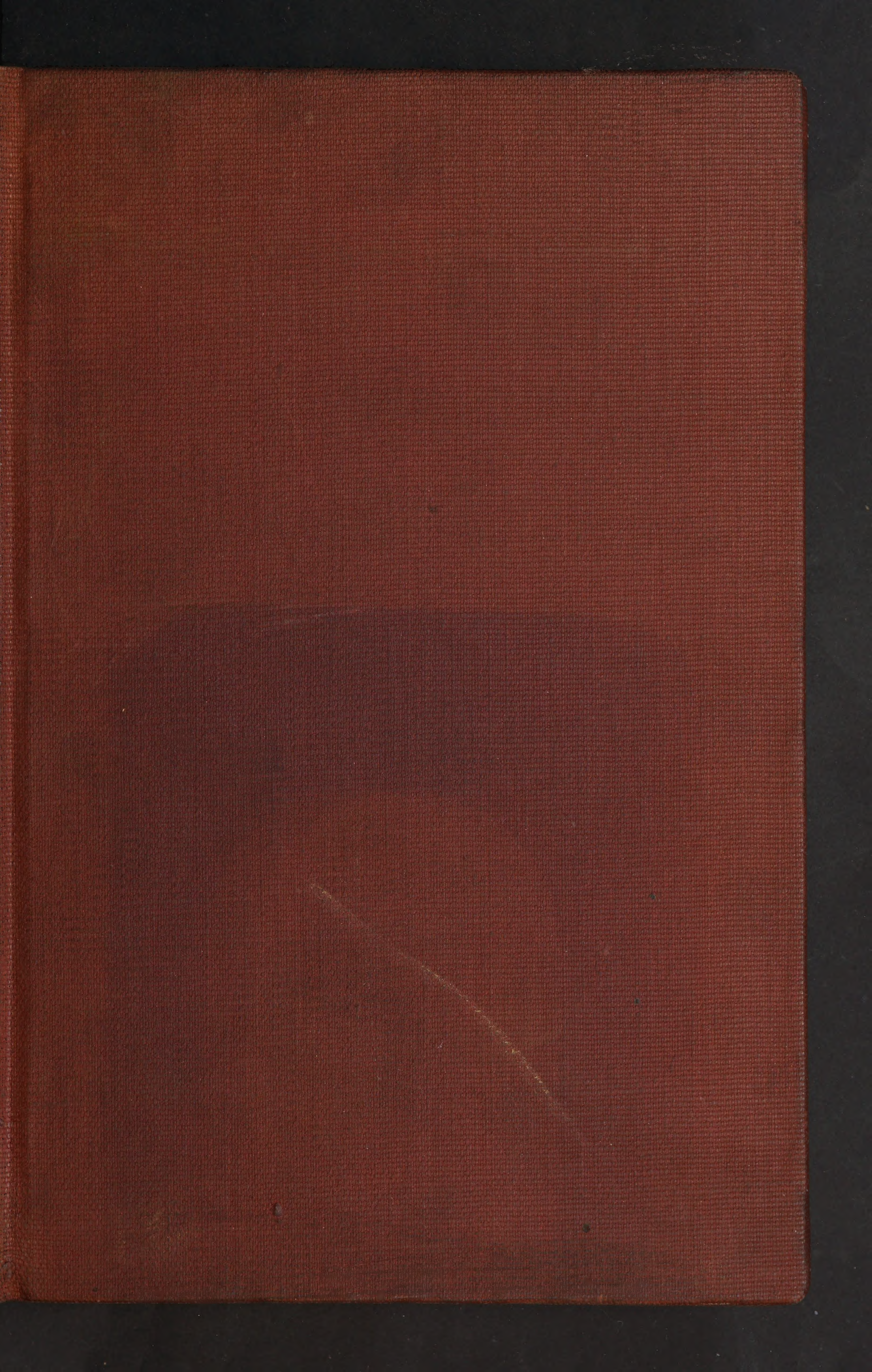


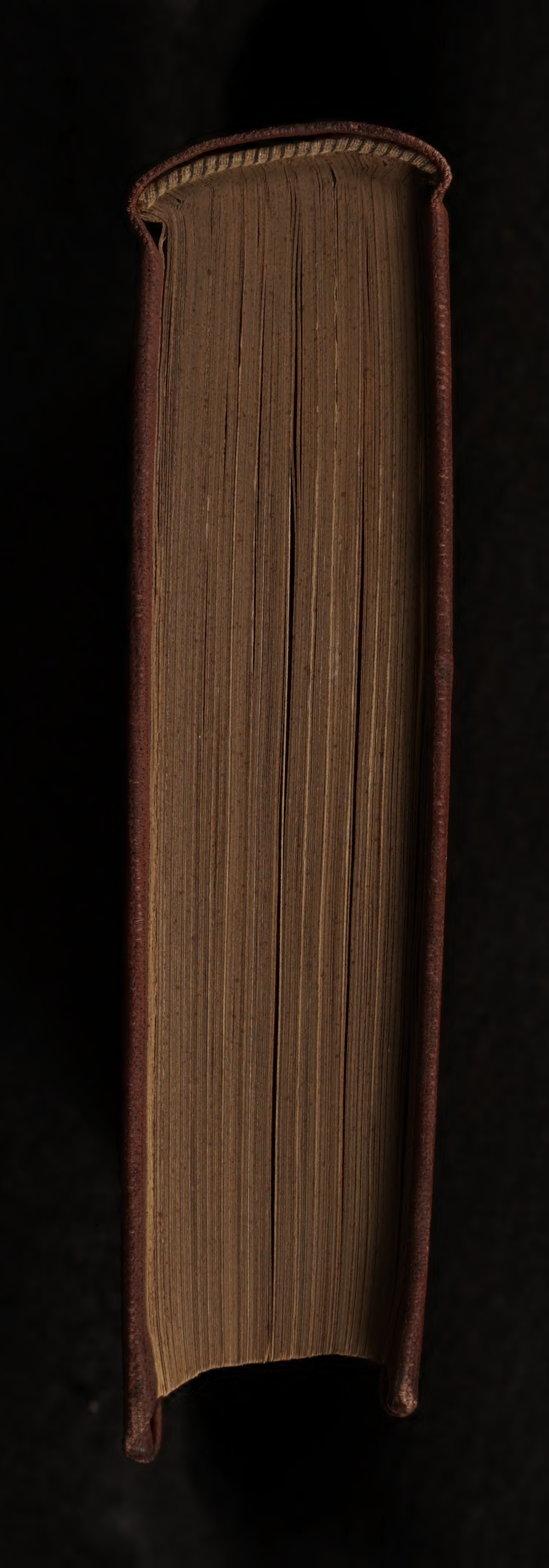
LEYENDAS
DE LOS
SIGLOS XVI Y XVII

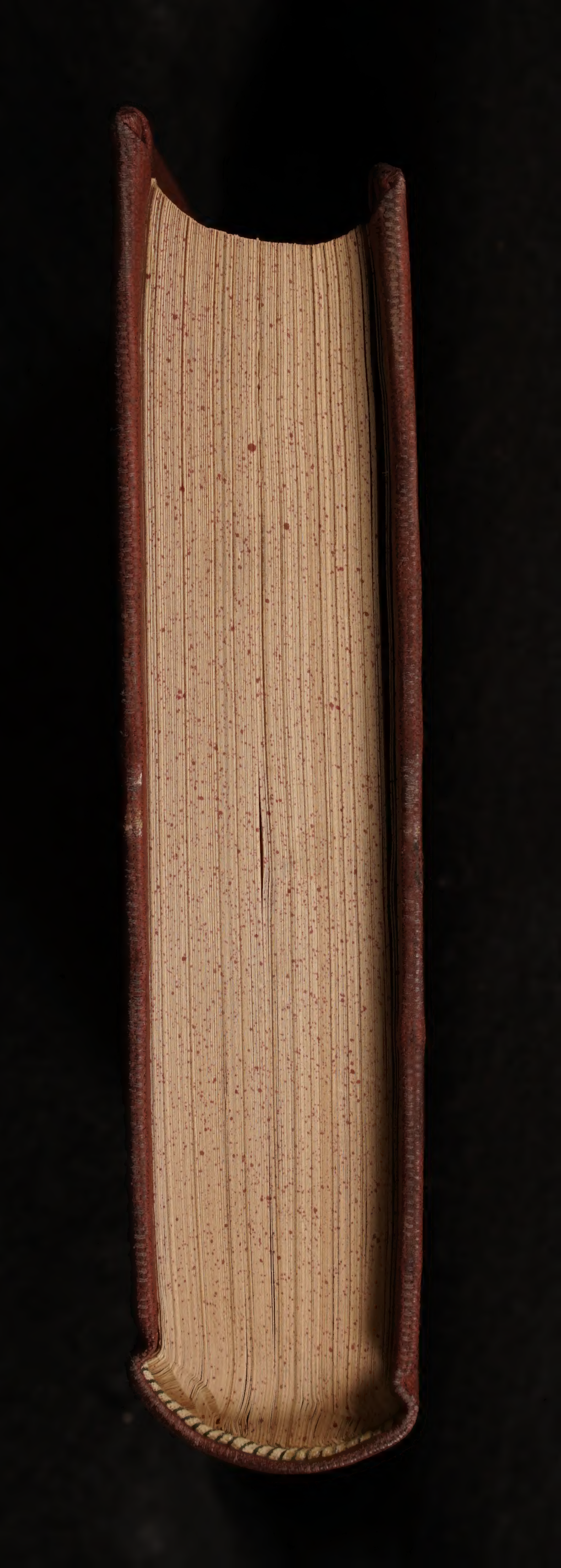
HURTADO

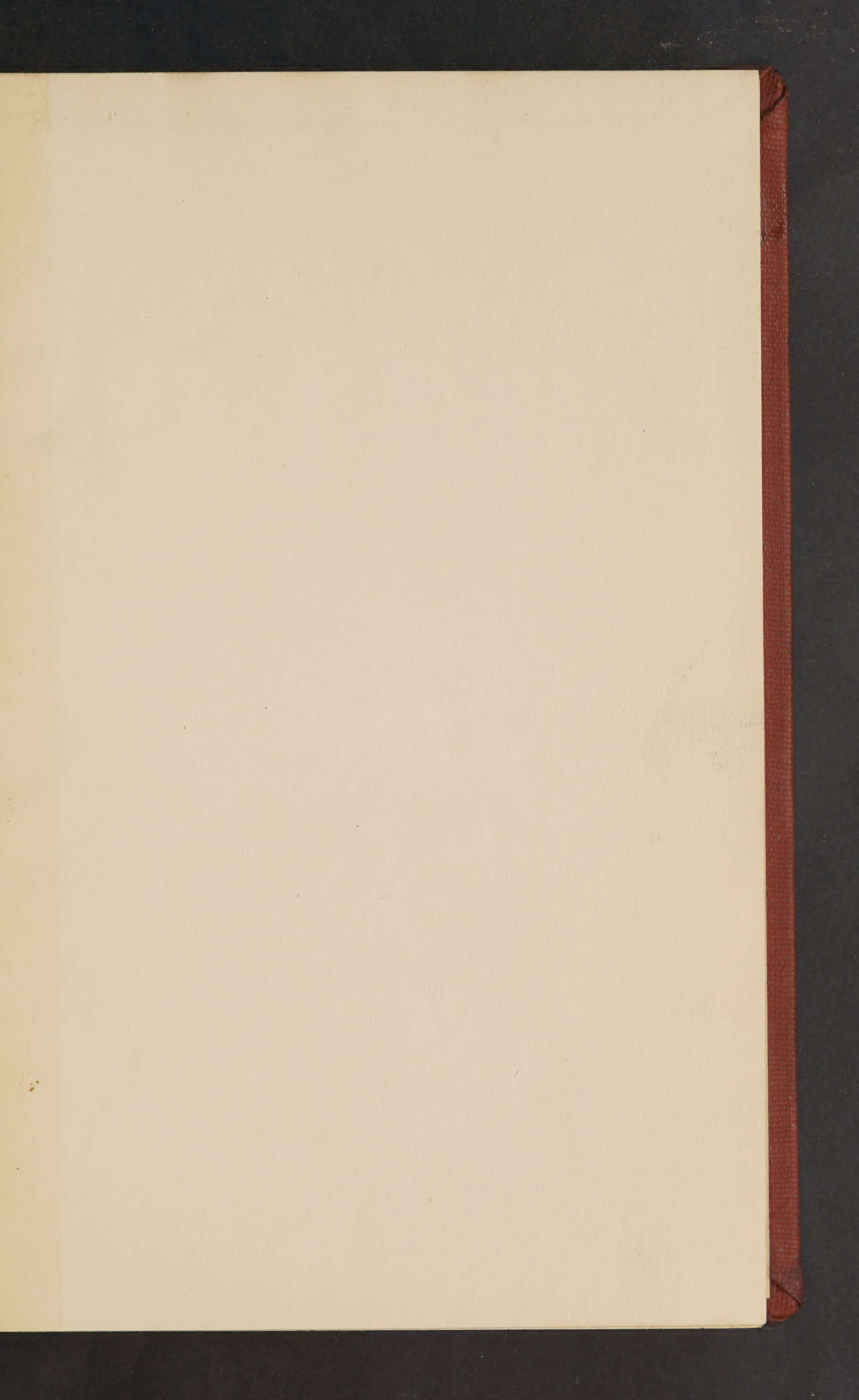


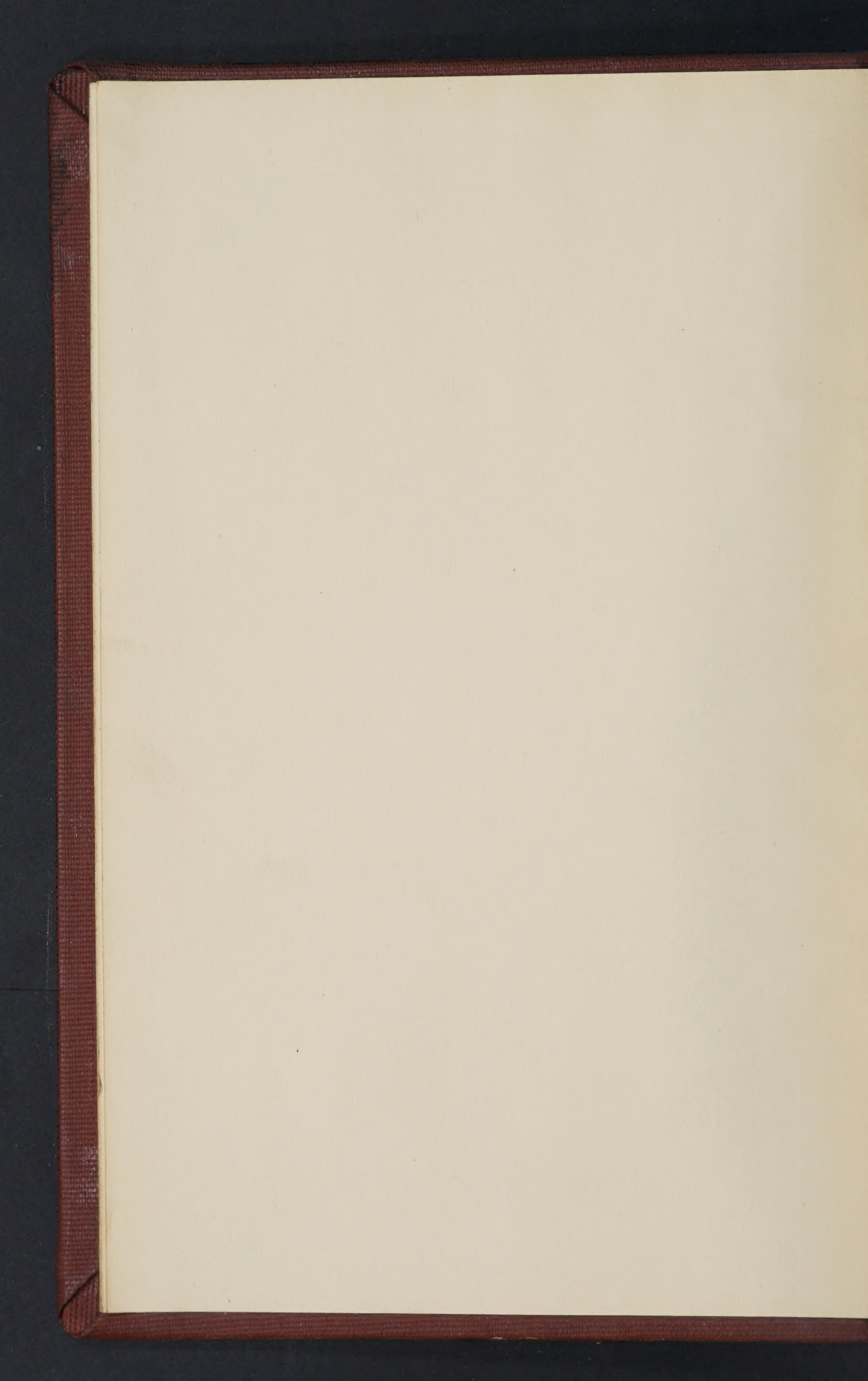
1870

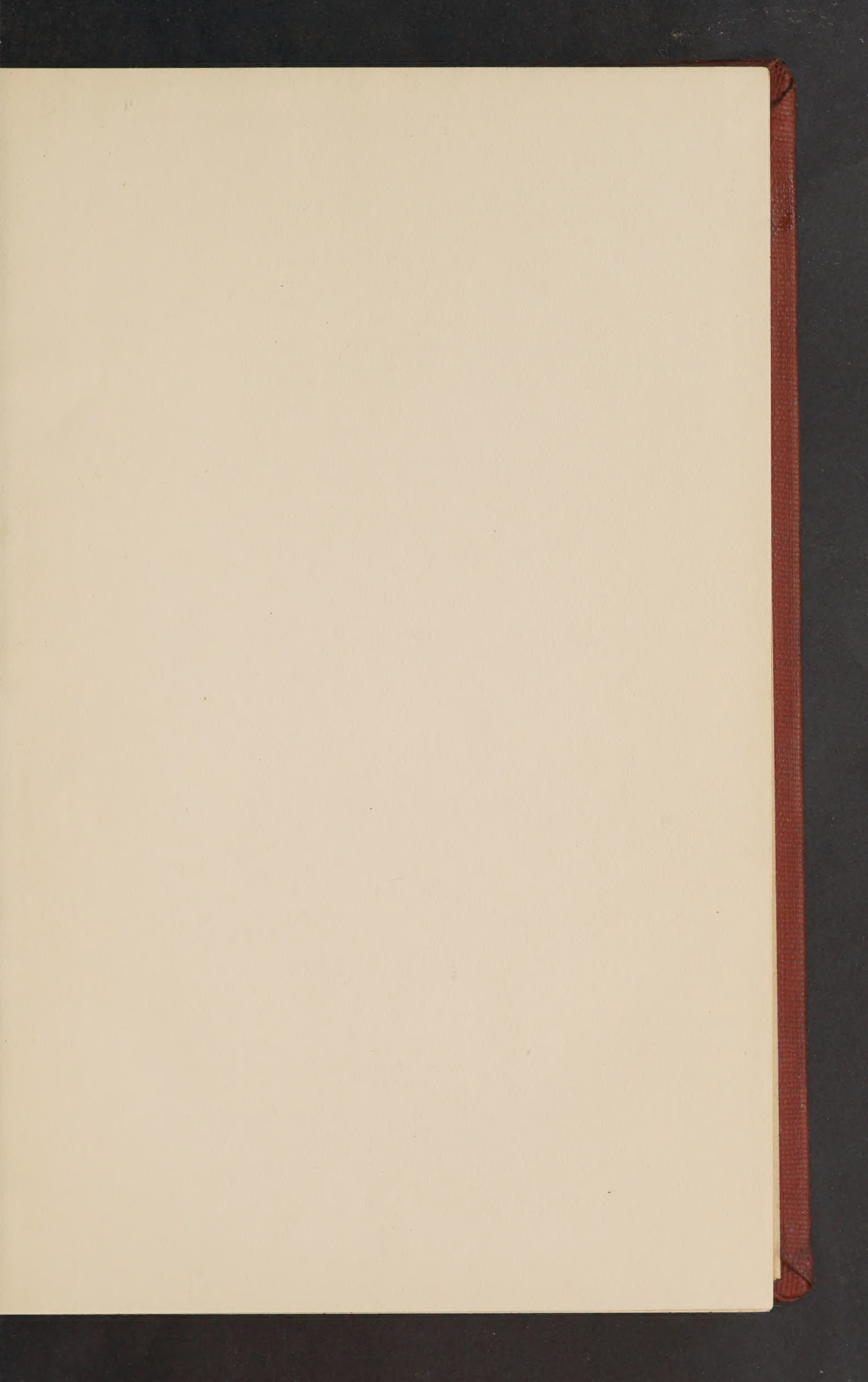


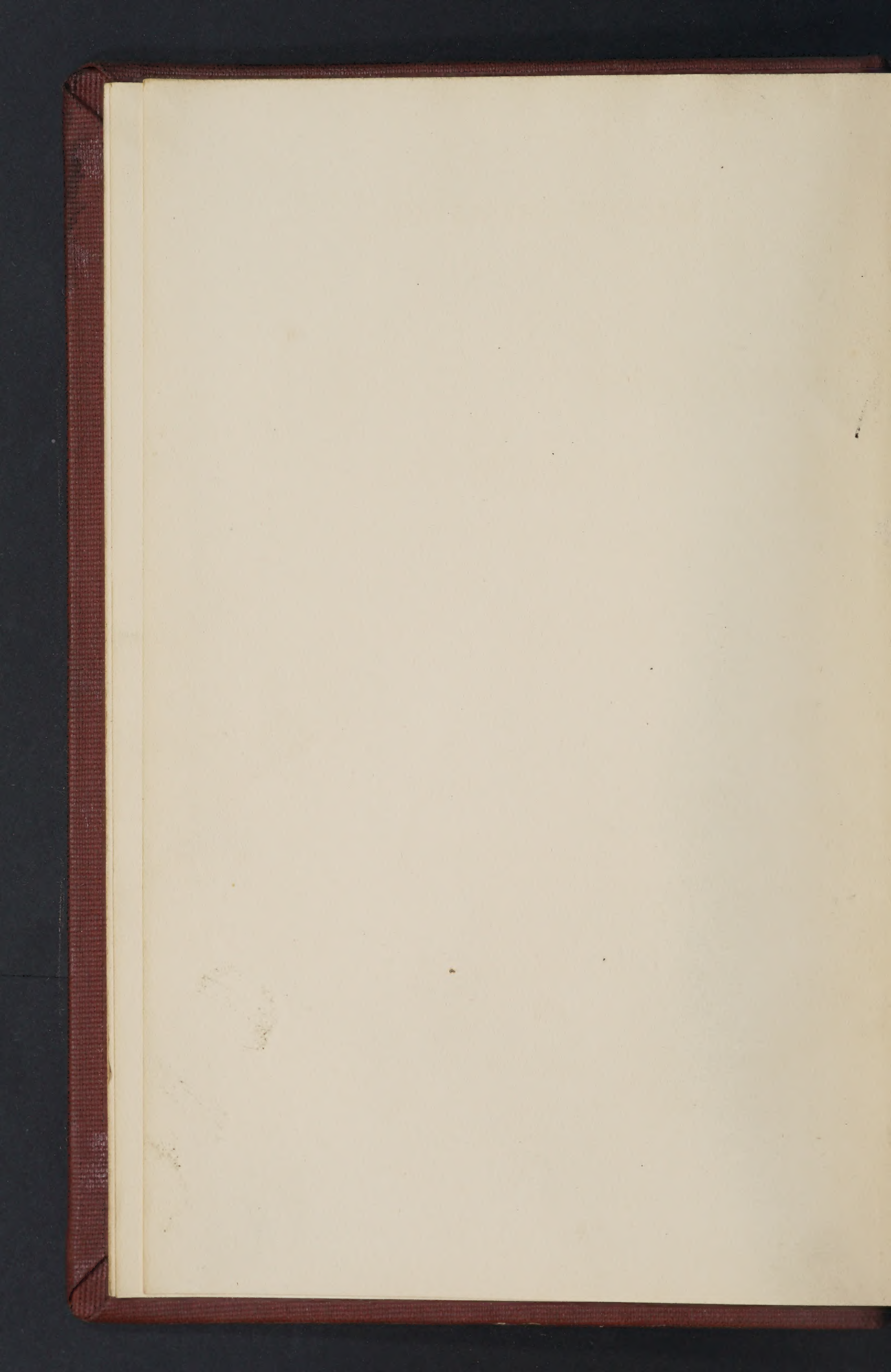












MADRID DRAMÁTICO.

# COLECCION DE LEYENDAS

## DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

POR

DON ANTONIO HURTADO.

MADRID.

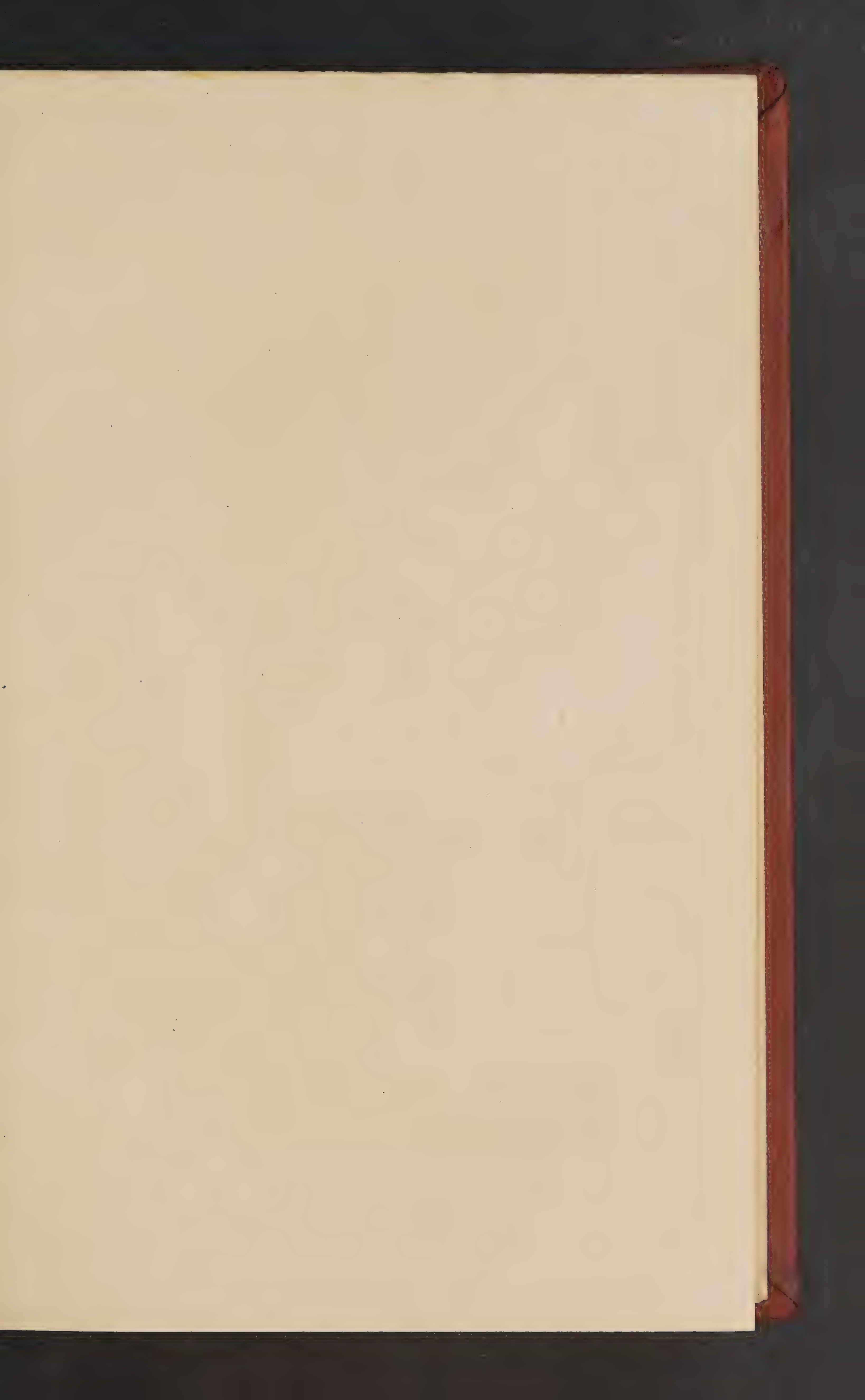
ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE LUIS JÁYME.
Calle del Fomento, 6, bajo.
1870.

# CUADROS DE COSTUMBRES

## DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

. . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . .
*¿Qué confuso laberinto*
*es éste, donde no puede*
*hallar la razon el hilo?*

**CALDERON.**—La Vida es sueño.






INTRODUCCION.

# INTRODUCCION.

De tantos recuerdos llena,
lector, la cabeza tengo,
que á pensar me doy á veces
que he vivido en otro tiempo.
Y no es lo malo que abrigue
tan extraños pensamientos,
es lo malo que mi alma
solo se alimenta de ellos.
Al saber esta manía
comprenderás, sin esfuerzo,
que más que imágen de un vivo
soy la realidad de un muerto.

Frio, indiferente á todo
cuanto ocurre y cuanto veo,
ni me fijo en el presente
ni en el porvenir penetro.
Espíritu de otros dias,
en nuevas ropas envuelto,
cruzo por medio del mundo
solo á lo pasado atento.
En vano en tropel confuso
y en atronador estruendo,
vienen á herir mis oidos
del mundo actual los ecos;
pues concentrado en la idea
que fija en la mente llevo,
juzgo esos ecos que pasan
rumores que finge el viento.
¿Qué vida es ésta que arrastro
de tan extraño misterio,
que cuanto más la examino
ménos la alcanzo y la entiendo?
¿Qué imán es éste ignorado,

que teniéndome sujeto,
me hace de otra edad esclavo
y esclavo de otros sucesos?
¿Qué sér es éste que vive
dentro de mí, rudo, inquieto,
que constantemente pugna
por romper sus duros hierros?
Á su poderoso influjo,
que en vano inquirir pretendo,
ni mi voluntad es fuerte,
ni imperioso mi deseo.
Inútilmente procuro
dar otro giro á mi genio:
conozco que el mundo marcha,
caminar con él anhelo;
mas este sér enemigo
por quien conducir me dejo,
me lleva, no sé por dónde,
siempre con el rostro vuelto.
¿Por qué así? ¿Qué ley oculta,
qué agente activo y supremo

me arrastra siempre al pasado
como quien busca su centro?
¿Será, quizás, que mi alma
encerrada en otro cuerpo,
vivió y gozó en esos dias
que olvidar en vano quiero?
Al hacerme esta pregunta
con que eternamente brego,
parece que la respuesta
suena dentro de mi pecho.
Y á esa voz desconocida,
que en afirmacion convierto,
hierve encendida mi sangre,
late agitado mi seno;
y abriendo paso á un torrente
de encantadores recuerdos,
con nueva luz se ilumina
el espacio en que me muevo.
¡Qué sucede en ese instante
en mi exaltado cerebro,
que todo en él se presenta

de rara forma cubierto?
¿Qué luz misteriosa es esa
de tan vivísimo efecto,
que hacen que miren mis ojos
trasformados los objetos?
Cuando fenómenos tales
en mí producirse siento,
paréceme que la vida,
desatándose de un sueño,
torna á su ordinario curso
y á su anterior movimiento,
como una fuente que en Mayo
rompe su prision de hielo.
Y entonces, ante mi vista,
y en animado cortejo,
pasan luciendo sus galas
y sus encantos luciendo,
ora mujeres bizarras,
ora insignes caballeros,
ya valientes capitanes,
ó ya célebres ingenios.

Y ¡cosa extraña! Al mirarlos,
tal encanto experimento,
como el que tras larga ausencia
torna á su nativo suelo.
Tal vez á primera vista
dudo quiénes son; mas luégo
que mis ojos se detienen,
ya en el porte, ya en el gesto,
á la clara luz que brota
de mi oscuro entendimiento,
reconozco á cuantos pasan
y me gozo al conocerlos.
Sí, los conozco; no importa
que ante mí crucen ligeros,
velando mal los semblantes
con mantos y ferreruelos.
Son los mismos que algun dia
brocado y plumas vistiendo,
con sus galas afrentaban
las galas de tierra y cielo.
Son los que al mundo abrumaron

algun dia con su peso,
cuando la ciencia y las armas
con vivo esplendor lucieron.—
—¿Pero á qué quiero cansarme,
y á qué fatigarte quiero,
si puedo mostrarte á todos
del papel en el espejo?—
—¿Ves esas damas cubiertas
de ormesi y de terciopelo,
unas de cabellos rubios,
otras de negros cabellos?
Pues esas son las Violantes
y las Beatrices, que dieron
pábulo á ciertas historias
que yo te iré refiriendo.—
—¿Ves aquel grupo bizarro
de enamorados mancebos,
ornados de plata y oro
desde la espuela al sombrero?
Pues esos son los galanes
de tan esforzado aliento,

que á cuchilladas traian
siempre los barrios revueltos.
De sus ruidosos amores,
y de sus lances sangrientos,
guardan eterna memoria
plazas, calles y paseos;
que desde San Blas al Rio
no hay sitio malo ni bueno,
que no haya sido teatro
de su amor ó de sus duelos.—
—¿Ves aquellos habladores
que en confuso apiñamiento,
sobre unas gradas de piedra
alzan un murmullo eterno?
Pues esos son los ociosos
que mil nuevas recogiendo,
dieron á tal sitio entonces
renombre de *Mentidero*.
De ocultas cosas y casos
glosadores sempiternos,
jamás daban á la lengua

paz, descanso ni sosiego;
que allí se comentariaban,
sin temor ni miramientos,
lo mismo los casos grandes
que los sucesos pequeños.—
—¿Ves aquel hombre que pasa
todo vestido de negro,
faz severa, ojos altivos,
bigote torcido y crespo,
ancha frente, gran melena,
zambo de piés, bajo en cuerpo?
Repárale bien; las dueñas
huyen al verle de léjos:
los magnates le saludan
con semblantes placenteros;
los valientes le hacen lado,
los cobardes cumplimientos;
las damas y los maridos
no sé qué sienten al verlo,
que ellas le miran risueñas,
y ellos le miran con ceño.—

—¿Quién es, preguntas?—¡Por Cristo!
¿pues no te lo están diciendo,
con su enojo y su iracundia,
los solfeadores de pleitos,
las zurcidoras de gustos,
las busconas y galenos,
los poetas de aguachirle,
los rufianes y los necios?
Puesto que todos te dicen
que ese que pasa es Quevedo,
detente un punto á mirarle;
mas mírale con respeto,
que á fe que esgrime la pluma
como maneja el acero.—
Pero espera; una carroza
pasa á su lado; risueño
devuelve un grato saludo
á un capellan que va dentro.
¿Quién es?—¿Pues no le conoces?
Es el mónstruo sin ejemplo;
¡es el gran Lope de Vega,

el Fénix de los Ingenios! —
Émulos de ambos varones
y de su gloria herederos,
envidian aquel saludo
llenos de cordial afecto,
cuatro mancebos que aspiran
al rico laurel de Delfos.
¿No los ves? ¿No los descubres?
Fíjate bien: de su asiento
se levantaron al punto
que á Lope y Quevedo vieron.
¿Qué quiénes son? ¡En buen hora!
te lo diré sin rodeos:
el más hombre es Gabriel Téllez,
Calderon es otro de ellos;
aquel que sus verdes años
cubre con toscos manteos,
es Montalvan; y el más jóven,
el casi niño, es Moreto. —
—Pero aguarda; por el lado
que da paso al Buen Suceso,

bandas y plumas descoge
con leves soplos el viento.
Allí viene una litera
rica de adornos y arreos;
en torno suyo cabalgan
en palafrenes soberbios,
pajes y gentiles-hombres,
magnates y corifeos.
Sobre sus trajes vistosos
vierte el sol vivos reflejos,
y á su luz relampaguean
cintillas, plumas y flecos.
¿Ves? Son los reyes que bajan
hácia el Ángel de paseo,
que harto lo dice el aplauso
con que los saluda el pueblo.
Bájate á las Platerías,
y observarás con qué extremo
al pasar, damas y mozos
agitan sus pañizuelos;
que allí en torbellino informe

y en apiñado hormiguero,
hierven las damas tapadas,
los barbilindos Don Diegos,
los rufianes y los bravos,
indianos y peruleros.

. . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . .

Y no más, lector amigo;
no más, que tiempo tendremos
de conocer á esas gentes
dignas de renombre eterno.
Yo te contaré, si quieres,
sus aventuras y enredos,
sus cuitas y sus amores,
y sus riñas y sus celos.
Tomarás parte en sus goces,
y sabrás cómo vivieron;
vendrás de noche á sus citas,
y de dia á sus festejos.
Si van á misa á la iglesia,
iremos tambien al templo;

y si van al Buen Retiro,
todos al Retiro iremos.
Y no temas que te falte
el detalle más pequeño;
que mal pudiera, á fe mia,
ser mi relato incompleto,
cuando por todo lo dicho,
y por más que me reservo,
te habrás, al fin, convencido,
sin gran violencia ni esfuerzo,
que espíritu de otros dias,
en nuevas ropas envuelto,
más que la imágen de un vivo
soy la realidad de un muerto.

---

# LOS PADRES DE LA MERCED.

---

## LEYENDA DEL SIGLO XVI.

1580.

*No hay más, hijos; ea, desechad la tristeza, que Dios que lo ve lo remediará.*

**FRANCISCO SANTOS.**

DIA Y NOCHE DE MADRID.—*Discurso II.*





LOS PADRES DE LA MERCED.

# LOS PADRES DE LA MERCED.

## I.

En la antigua Morería,
barrio en Madrid conocido,
hay una calle llamada
la calle del *Alamillo*.
Tuvo orígen este nombre,
hará cosa de tres siglos,
en un árbol medio enteco
que, á la ventura nacido,
en el confin de la calle
brillaba ufano y altivo,
con presunciones de grande
y realidades de chico.

Columpio eterno del aire,
columpio eterno de nidos,
murmurador de gorjeos
y fingidor de suspiros,
era el álamo el encanto,
el rico verjel florido
en que se estaban mirando
de la calle los vecinos.
Más cuidadoso que todos,
quizás por más entendido,
era un honrado labriego
llamado Pascual Rodrigo,
arrendador de unas tierras
en la parte allá del rio.
Trabajador como nadie,
y como ninguno activo,
madrugaba con el alba;
iba á misa á San Francisco,
tornaba alegre á su casa,
tomaba un torrezno frito,
y encomendando á su esposa

el cuidado de sus hijos,
por la puente Segoviana
bajaba al campo tranquilo,
ensordeciendo los aires
con su canto peregrino.
Era su gloria el trabajo,
su delicia el ejercicio;
sembrar y coger sus mieses
todo su encanto y hechizo.
Así en perpétua fatiga,
tras el arado ó el trillo,
sin miedo alguno al invierno,
sin miedo alguno al estío,
iba Pascual acopiando
tantas cosechas de trigo,
que llenas, al fin, sus trojes
y repletos sus bolsillos,
logró adquirir en su calle
fama y honores de rico.
Ver su casa daba gozo,
que eran su mejor aliño,

en la despensa perniles,
y en las techumbres racimos.
Su bodega era un asombro;
sus vinos¡— vaya unos vinos!
¡Mil lenguas de ellos se hacian
los amantes de lo tinto!
De aceites, ¡nada se diga!
¿Y frutas secas?—¡Sin tino!
¿Quesos?—¡Una maravilla!
¿Orzas de miel?—¡Un prodigio!
En fin, era la tal casa,
por su rústico atavío,
una bucólica en ciernes,
ó el resúmen de un idilio.
Pues era tal su fragancia,
tal su olor, que (en paz sea dicho),
ántes de llegar á ella
se aspiraban con ahinco
los penetrantes aromas
que exhalaban confundidos
el clavo, el ajo, el poleo,

el romero y el tomillo.
En esta dulce vivienda,
que aun envidiara Virgilio,
pasaba alegre sus horas
el buen Pascual los domingos.
Vestíase muy temprano
un traje modesto y limpio;
almorzaba, iba á la iglesia,
rezaba en ella contrito,
y tornando al mediodía
á su apacible recinto,
rodeado de su prole,
ante una mesa de pino
sobre la cual campeaba
un mantel como el armiño,
apuraba esos placeres
inefables é infinitos
que sólo aprecian los buenos
cuando se dan al retiro.—
Iba al sermon por la tarde,
tornaba á casa á las cinco,

limpiaba el álamo un poco
para purgarle de vicios;
y tomando luégo parte
en la fiesta y regocijo
con que al son de un panderete
bailaban chicas y chicos,
daba rienda al alborozo
de su espíritu sencillo,
hasta que el bronce en las torres
con religioso tañido
señalaba el fin del dia
y de la noche el principio.
Que entonces Pascual, su esposa,
su familia, los vecinos,
despues de rezar la *Salve*,
un *Credo* ó dos, y el *Bendito*,
acogiéndose á sus casas,
como las aves al nido,
iban dejando desiertos
callejones y escondrijos,
hasta que cesando á poco

toda luz, todo ruido,
silencio y sombras llenaban
la inmensidad del vacío,
borrándose entre lo vago
lo impalpable y lo infinito,
con toda la Morería
la calle del Alamillo.

## II.

Y en esta dicha ideal
corrió siempre el tiempo igual
años tras años en pos,
Dios ayudando á Pascual,
Pascual bendiciendo á Dios.
Alma tierna y cariñosa,

libre de afanes prolijos,
no pensaba en otra cosa
que en adorar á su esposa
y en adorar á sus hijos.
Mas como yo no sé quien
ha dicho en son de desden
que, en esta vida de engaños,
no hay mal tan largo, ni bien
que llegue á durar cien años,
el caso fué que Pascual,
que en paz y feliz vivia
en este mundo mortal,
sintió del dolor un dia
el aguijon infernal.
Y causa de este dolor
fué que, el muchacho mayor,
ganoso de empresas grandes,
tomó un dia con valor
plaza en los tercios de Flandes.
Pascual ahogó su disgusto;
que viendo el materno susto,

con asomos de valiente
dijo entre grave y riente:
—"¡Que vaya á la guerra es justo!
"No todos los que allí van
"pierden la vida en campaña,
"pues do las toman, las dan:
"¿Quién sabe si un dia á España
"tornará de capitan?"—
Con santa resignacion
su esposa oyó esta razon;
mas harto bien comprendia,
que el pobre Pascual tenía
destrozado el corazon.
Y no queriendo aumentar
tan vivo y rudo pesar
con su intenso padecer,
hizo cuanto pudo hacer
por no romper á llorar.
Y así, muda y pensativa
entre dos penas cautiva,
la triste á la par temblaba,

por el hijo que se iba,
por el padre que quedaba.
Mas fué inútil su rebozo;
que al dar un abrazo al mozo
cuando partió á sus campañas,
vendióla al fin un sollozo
que arrancó de sus entrañas.
Que sin poder resistir
ni poderse contener,
gritó al mirarle salir:
—"¡Ojos que te ven partir!
"¿cuándo te verán volver?"—
Á tan tierna exclamacion,
Pascual, que se reprimia,
lloró con honda afliccion:
¿Qué hacer? ¡si el pobre tenía
destrozado el corazon!
Con ánsia ruda y cruel
gritó al infantil tropel
que le acariciaba en vano:
—"Hijos, se fué vuestro hermano,

"rogad al cielo por él;
"va á la guerra, y solo va;
"mirad si es justa mi queja:
"¡Dios sabe si volverá!....
"Ave que su nido deja,
"¿cuándo al nido tornará?"—
Oyó al paso este clamor
y aquesta afliccion sin tasa
un padre predicador,
y entróse al punto en la casa
en el nombre del Señor.
—¿Qué causa aquí duelo tal?
el buen mercenario dijo;
y contestóle Pascual:
—¡Ay padre! causa mi mal
el haber perdido un hijo.
—¿Murió?
—Como si muriera,
con voz triste y lastimera
repuso Pascual con saña:
¡Maldiga Dios la bandera

que me lo lleva de España!
—¿Va por fuerza ó vocacion?
—Por fuerza no, padre mio,
gritó Pascual con pasion;
le empuja su corazon,
que es indomable su brio.
—Pues siendo así, buen hermano,
repuso humilde el anciano,
¿por qué su marcha reprueba?
¿No ve que Dios así prueba
su firmeza de cristiano?
Dé tregua á tal sentimiento
y tome su ley por guia;
¿quién de Dios sabe el intento?
No tendrá en su gloria asiento
aquel que en Dios no confia.
—¡Ay padre mio!.... ¿no ve
mi amargura y desconsuelo?
Si muere en Flandes, ¿qué haré?....
—Resignarse, orar con fe;
¿no hay otra vida en el cielo?

Al cielo los justos van;
ese es el término fijo
de aquellos que á Dios se dan,
con la misma fe que Abrahan
cuando le ofreció su hijo.
Si, pues, con igual anhelo
de sus promesas en pos,
á Dios ofrece su duelo,
asiento tendrá en el cielo
en la presencia de Dios.—
Cedió en su pena tirana
Pascual á tales consejos;
mas viendo una forma humana
perderse léjos, muy léjos,
por la puente Segoviana;
ensanchando el corazon
y dando un suspiro, dijo
con santa resignacion:
—¡Ay padre! allá va mi hijo,
dadle vuestra bendicion.—
Y siguiendo el buen anciano

5

la direccion de la mano
que le trazaba Rodrigo,
hizo el signo del cristiano,
y dijo:—Yo le bendigo.—
Con lo cual, el buen Pascual
creyó ya libre de mal
al que ansiando empresas grandes,
iba en alarde marcial
á las campañas de Flandes.

## III.

Y así pasaron los dias,
y así pasaron los meses,
Pascual, su esposa y los chicos
rezando por el ausente.

Muchas noches, cuando á solas
y en meditacion solemne,
marido y mujer se hallaban
cara á cara y frente á frente,
oyendo el ronco bramido
de los aires en Diciembre,
á una voz se preguntaban
mirándose mútuamente:
—¿Qué hará el rapaz esta noche?
—¿Qué rincon le dará albergue?
—¿Se acordará de nosotros?
—¿Cuándo pensará en volverse?
Pascual callaba; su esposa
lanzaba un suspiro ténue,
y moviendo los tizones
dejaba escapar á veces
dos lágrimas fugitivas,
aun más que la lumbre ardientes.
Ya en el lecho, procuraban
los dos engañarse siempre,
pues callados y en vigilia,

sin respirar ni moverse,
pensando en la dura guerra
y en sus sangrientos reveses,
pasaban horas tras horas
en agitacion perenne,
hasta que al cabo un sollozo,
vago, comprimido y débil,
daba ocasion y motivo
á que los dos se dijesen:
—Mujer, ¿aun no te has dormido?
—Pascual, ¿qué es eso?—¿No duermes?
Y así pasaban los dias,
y así pasaban los meses,
y así pasaron los años
uno, dos, tres, hasta siete.
Y en este tiempo, mudóse
del pobre Pascual la suerte;
secáronse sus olivas
con los hielos y las nieves:
el calor y las sequías
dieron en matar sus mieses;

vendió con pena y con daño
el trigo, el vino, el aceite;
perdió cuatro ó cinco mulas
en poco más de dos meses;
y de tal modo arreciaron
contratiempos y accidentes,
que las holguras de antaño
fueron al cabo estrecheces.
Con tanta y tanta desdicha,
¿qué rectitud no se tuerce?
¿qué esperanza no se cansa?
¿qué entereza no se vence?
Trocóse Pascual de afable
en huraño y casi agreste;
bajaba al campo en silencio,
subia de él tristemente,
iba al templo, oraba mucho
con el afan del que pierde;
mas viendo siempre fallidas
sus esperanzas y preces,
tornaba á su hogar sombrío

pasando angustias de muerte;
hasta que al cabo, irritado
como aquel que nada tiene,
murmuraba en són blasfemo
estas frases entre dientes:
—"¿Existe Dios, ó no existe?
"Cuentan que es justo y clemente:
"si me ve, ¿no ve mis penas?
"¿por qué en mi ayuda no viene?
"Dicen que está en todas partes;
"yo le llamo y no me atiende;
"si no existe, ¿qué es la vida?
"si existe, ¿qué Dios es éste?"—
Y entraba Pascual en casa
desfallecido é inerte,
con las sombras de la duda
marcadas sobre la frente.
Sólo alguna vez que otra
entraba en su hogar alegre;
y era, cuando en San Felipe,
confundido entre las gentes,

despues de oir las bravatas
de un capitan ó un alférez
recien llegado de Flandes
en guisa de matasiete,
á preguntar por su hijo
se acercaba humildemente,
y escuchaba esta respuesta
burlona, arrogante y breve:
—"¿Juan Rodrigo? ¡voto al diablo!
"¡No hay soldado más valiente!
"Un Bernardo ha sido en Nantes,
"y un nuevo Cid en Amberes."—
Y el buen Pascual, sospechando
que era su muchacho un héroe,
iba á su casa risueño,
pensando llegar á verle
ceñida la sien altiva
de militares laureles,
y eclipsando hasta las glorias
de Pizarros y Corteses.

## IV.

Mas cuando el diablo hace voto
de aniquilar á un cristiano,
no hay quien le vaya á la mano
ni quien ponga al diablo coto.
Fiero y constante enemigo
de todo el que en Dios confía,
tomó á empeño y á porfía
vencer á Pascual Rodrigo.
Y en este intento infernal,
juzgando leves los daños
que en poco más de seis años
apuraron su caudal,
dió en incitarlo á pedir
á lucro trigo y dinero,

que es el medio más certero
de llegar á no vivir.
Pues ya de tiempos antaños
hay un refran que sustenta,
que aquel que vive sin cuenta
se muere de desengaños.
Y tanto fué y tan sin tasa
lo que el buen Pascual pidió,
que por pagar se quedó
sin clavos casi en su casa.
Y para duelo mayor
y para más agonía,
le llamó á la suya un dia
de su terrazgo el señor.
Y velando su codicia
entreverada y añeja,
sopló á Pascual esta queja
con ribetes de justicia:
—"Pascual, el tiempo va mal,
"sé que la causa no es tuya;
"¿mas qué quieres que yo arguya

"de tu insolvencia, Pascual?
"Tu dura estrechez concibo;
"pero por más que la sienta,
"esa, Pascual, no es mi cuenta
"cuando de mis tierras vivo.
"Si tú das en no pagar,
"y yo en perdonar por Dios,
"juzgo, Pascual, que á los dos
"el diablo nos va á llevar.
"Reflexiona el caso bien,
"y sálvese al ménos uno:
"ya que aquí se pierda alguno,
"resígnate tú, y amén.
"Así nos quitamos guerras
"y pleitos que dan quebranto;
"págame Pascual al canto,
"ó deja libres mis tierras.
"Pues no las puedes labrar,
"y hay quien las quiera al momento,
"rescinde el arrendamiento
"y pelillos á la mar.

"Lo atrasado te perdono;
"¿puedo hacer más? Yo colijo
"que ni un padre por su hijo
"hiciera más en tu abono.
"Tú eres sobrado sagaz
"y harto entiendes mi argumento;
"conque así, basta de cuento,
"deja las tierras, y en paz."—
Callóse el arrendador
atento á Pascual mirando,
y dijo el pobre llorando:
—"Nada replico, señor;
"La razon de vuesarced
"grabada en el alma llevo;
"es tan justa, que le debo
"por ella mucha merced.
"Pero en mis males prolijos,
"aun con sus tierras podia,
"dar el pan de cada dia
"á mi mujer y á mis hijos.
"Mas ya desde hoy no sé

"cómo remediar mi duelo;
"tan duro es conmigo el cielo
"que ni aun en Dios tengo fe."—
Y sin velar sus enojos
ni á su dolor poner tasa,
salió Pascual de la casa
hechos dos rios sus ojos.
Acertó á verle pasar
ya por su calle un amigo,
y al ser de su afan testigo
le dijo sin vacilar:
—Valor, Pascual; considera
que hay otras penas más graves.
—¿Qué quieres decir?
—¿No sabes
el lance de la galera?
—¿Qué galera?
—La del *Sol*,
que rumbo á Cádiz traia;
presa frente á Berbería
cerca de un puerto español,

tras un combate cruel
por lo largo y lo sangriento,
fué vencida, y al momento
su gente llevada á Argel.
—Bien, ¿y qué?
—¡Por Cristo vivo!
Yo al mirar tus agonías,
entendí que ya sabias
que está tu rapaz cautivo.
—¿Mi Juan?
—Tu Juan; el primero
que viene escrito en la lista;
leyóla un covachuelista
hoy mismo en el *Mentidero*.
—¿Y eso es cierto?
—¡Voto á brios!
¿Soy hombre yo de mentira?
—No, clamó Pascual con ira;
mas si eso es cierto, no hay Dios.

---

Y loco y desatentado
y con la mirada incierta,
corrió á casa, abrió la puerta,
entró, y cayó desmayado.

## V.

Y al estrépito espantoso
que Pascual al entrar hizo,
salieron sobresaltados
su pobre esposa y sus hijos.
Y al verle de aquella suerte
se armó tal gresca y ruido,
que á poco estaba la casa
atestada de vecinos.
Unos un doctor pedian,

otros socorro y auxilios;
las viejas agua y vinagre,
que es el eterno específico
con que el vulgo acude siempre
á remediar los vahidos.
La esposa rasgaba el aire
con sus quejas y suspiros;
los chicos desesperados
daban voces y alaridos;
hablaban los concurrentes
á la vez y á un tiempo mismo;
y tal confusion habia,
tal rum rum, tal laberinto,
que al són de aquel alboroto
y al rumor de aquellos gritos,
no hubo perro en todo el barrio
que no lanzase un aullido.
Pascual, al fin, dió señales,
como pudo, de estar vivo;
quejóse de su desdicha,
renegó contra su sino,

murmuró de cielo y tierra
cuanto supo y cuanto quiso;
y al notar la concurrencia
que sus ayes doloridos
eran vivas peticiones
y apremios contra el bolsillo,
lentamente fué dejando
yermo y solitario el sitio,
murmurando al retirarse
aquel axioma latino:
"*Caritas bene ordenata,*
*incipit per se metipsum.*"
Que en todos tiempos y edades
igual el prójimo ha sido;
pronto á asediar á quien pena,
en dar consejos muy listo;
pero al tocarse al dinero
ó al pedir un sacrificio,
su caridad es de nieve
y su corazon de risco.
Quedóse Pascual á solas

frente á frente á su destino;
sin asomos de remedio
y sin vislumbres de alivio.
¿Qué hacer? Su esposa lloraba,
pan demandaban los chicos,
y él, en verdad, no tenía
ni á quien prestado pedirlo.
Cautivo estaba el ausente,
y juzgándole en peligro,
gotas de sangre sus ojos
derramaban hilo á hilo.
En vano su tierna esposa
probó á calmar su delirio,
trayéndole á la memoria
la Pasion de Jesucristo.
Pascual, sordo á sus palabras
y á todo consuelo esquivo,
replicaba á cada frase:
—"No hay Dios, no hay Dios, yo lo digo;
"no hay más vida que esta vida,
"ni mayor bien que ser rico.

"Si yo fuera rico ahora,
"pan tuvieran nuestros hijos,
"libre mi cautivo fuera
"y yo estuviera tranquilo.
"No hay otro Dios que el dinero;
"y si hay otro, ¿quién lo ha visto?....
"¿por qué no alivia mis penas
"si es su poder infinito?
"Yo he esperado en sus promesas,
"yo en su justicia he creido,
"yo he cumplido sus preceptos
"como un esclavo sumiso.
"¿Mas qué he logrado con ésto?
"¿Con esto qué he conseguido?
"¿No he dado pan al hambriento
"y posada al peregrino?
"¿No he hecho el bien á todas horas?
"¿y en todos tiempos, no he sido
"con la justicia obediente,
"con el pobre compasivo?
"¿Por qué, pues, si Dios nos mira

"desde su elevado empíreo,
"en vez de otorgarme premios
"me otorga sólo castigos?
"Si existe, debe ser bueno,
"sin bondad no le concibo;
"mas pues su bondad no toco,
"no existe Dios, yo lo afirmo."—
Llegó en esto un mercenario
al portal de aquel recinto,
y exclamó:—"¿Quién da limosna
"para redimir cautivos?"
Levantóse de su asiento
Pascual á esta voz sombrío,
y mirando á todas partes
como un hombre sin juicio,
murmuró al cabo de un rato
en tono rudo y altivo:
—Perdone, padre, en buen hora,
y mire por San Francisco
si allá en el convento queda
de bazofia algun resquicio

para entretener el hambre
de una mujer y tres chicos;
pues de tal manera el cielo
se está gozando conmigo,
que á estar el cielo más bajo,
os juro y os certifico
que en el cielo entrara á saco
como en Roma Cárlos Quinto.
—¡Blasfema, hermano!. .. ¿Está loco?
—Razon me sobra, por Cristo,
pues de tal modo me trata
que me canso de sufrirlo.
—¿Tantos favores le debe?—
—Decid penas, padre mio,
que el cielo me da en agravios
los favores que le pido.
—¡Probarle quiere!....

—¿Probarme?

Por Dios que me tiene frito,
que son tan duras las pruebas
que ya me sacan de quicio.

Cuanto ganó mi trabajo
en poco tiempo he perdido;
hoy me han quitado las tierras
que labraba junto al rio;
un hijo que estaba en Flandes
vive en poder de argelinos;
hambre tengo y pan me falta,
me faltan ropas y abrigos;
¡mirad cuál llora mi esposa!
¡mirad cuál lloran mis hijos!
¿Dónde está Dios que no escucha
mis preces y sus gemidos?
—Alma sin fe, sella el labio,
repuso el padre mendigo;
privaciones más supremas
sufrió el buen Job, y tranquilo
supo esperar resignado
del cielo el favor divino.
Dios no abandona al que sufre:
¿quién no acata sus juicios?
su mano pródiga y santa

por algo aquí me ha traido.
Tome esa cédula, hermano,
vaya al convento el domingo,
y muéstrela al tesorero
que le dará algun auxilio.
Que coja la esposa el manto,
venga al convento ahora mismo,
y para acallar el hambre
traerá el sustento preciso.
Y orad, creed; quien cree y ora,
á su Dios tendrá propicio;
¡más le valiera al que duda
la luz del sol no haber visto!
¡Él os guarde!.... Yo en su nombre
os abrazo y os bendigo;
su gracia os dé en esta vida,
y al morir, el paraíso.

---

Y echándose la capucha
y cubriéndose el cerquillo,
salió á la calle, y siguióle

la esposa del buen Rodrigo,
en tanto mudo y lloroso
y acariciando á sus chicos
quedóse Pascual en casa
lanzando sordos suspiros.

## VI.

Y al cabo miró volver
muy gozosa á su mujer
cargada con dos cenachos,
llevando para comer
hasta henchir á los muchachos.
Y era la abundancia tal,
que, apagada al fin la gana
y el hambre descomunal,
aun quedóle al buen Pascual
para más de una semana.

Fuése el domingo al convento,
vió al tesorero al momento;
y algo entre los dos habria,
cuando tornó al mediodía
rebosando de contento.
—¿Qué causa tanto placer?
le preguntó su mujer
al quedar solos los dos.
—¡Ay mujer!.... ¿Qué puede ser?—
repuso Pascual,—¡que hay Dios!
¿Quién sino Dios justiciero
que reparte el bien sin tasa,
trujo en este derrotero
á aquel padre limosnero
que pidió limosna en casa?
Por él hoy término dan
nuestros pesares prolijos
y nuestro incesante afan;
pues desde hoy tienen pan
para comer nuestros hijos.
Y para más complemento

de su gracia singular,
con caritativo intento
tierras me arrienda el convento
para que pueda labrar.
Y para comprar ganados
me adelanta sin fianza
ni intereses descontados,
sobre seiscientos ducados
principio de otra labranza.
Y aun hay más; porque despues,
con ese ardiente interés
que es en los padres tan vivo,
me han dicho que ántes de un mes
estará en casa el cautivo.
—¿Quién? ¿Nuestro Juan?
—Por supuesto,
y no habiendo ya pretexto
para quejarnos los dos,
¿no he de alegrarme, si en esto
se ve la mano de Dios?
—Sí, con gozo angelical

dijo la esposa leal
llorosas ambas mejillas;
esa es su mano, Pascual,
dale gracias de rodillas.
Eleva á Dios tu oracion
y envíale el corazon
para purgar tu pecado:
¡Tanto de Dios has dudado,
que no mereces perdon!
¿No ves lo que yo decia?
Espera, Pascual, confía,
Dios es padre soberano;
con su bienhechora mano
da sustento á cuanto cria.
¿Cómo te ha de abandonar,
cuando con amor suave,
Él, que está en todo lugar,
cuida en el cielo del ave,
cuida del pez en la mar?
¿No ves hoy su proteccion?
¿No ves cómo te ha escuchado?

Pues reza y haz oracion,
que quien, como tú, ha dudado,
no es digno de su perdon.

---

Y á esta voz dulce y riente,
voz de paz y de consuelo,
cayó Pascual reverente;
y alzando la vista al cielo,
y á Dios teniendo en la mente,
henchido de santo amor,
gritó lleno de dolor
y ferviente frenesí: —
—"Señor, yo dudé de tí;
perdon te pido, Señor."

## VII.

Y á juzgar por los efectos
y por el cambio de suerte,
Dios debió acoger benigno
del buen Rodrigo las preces.
Gozoso volvió al trabajo,
tornó á cuidar de sus mieses,
y fué de nuevo su vida
tan tranquila como alegre.
Por las noches, cuando á solas,
y en meditacion solemne,
marido y mujer se hallaban
cara á cara y frente á frente
oyendo estrellarse el aire
de su hogar en las paredes,

á una voz se preguntaban
con esperanza ferviente:
—¿Llegará el rapaz mañana?
—¿Qué rincon le dará albergue?
—¡Cuánto el pobre habrá pasado!
—¡Gracias á Dios que ya vuelve!
Y ambos callaban; la madre
lanzaba un suspiro ténue,
y moviendo los tizones,
dejaba escapar, á veces,
dos lágrimas de alegría,
aun más que la lumbre ardientes.
Ya en el lecho, procuraban
los dos engañarse siempre,
pues callados y en vigilia
sin respirar ni moverse,
pasaban horas tras horas
en agitacion perenne,
hasta que el menor ruido
ó un golpe callado y leve,
daban sobrado motivo

á que los dos se dijesen:
—"Pascual, ¿oiste?—¡Han llamado!
—"Mujer, no han llamado, duerme."—
Y así pasaron los dias,
y así pasaron los meses,
los padres siempre aguardando
y sin llegar el ausente.
De tanto esperar en vano,
Pascual llegó á tener fiebre;
iba á pedir al convento
nuevas en són impaciente,
y el guardian cariñoso
á sus preguntas agrestes,
siempre contestaba humilde:
—"Tenga fe, hermano, y espere,
que en Dios y en la Vírgen fio
que no ha de tardar en verle."—
Pero pasaban los dias
sin que el muchacho volviese,
y Pascual desesperado
cayó en el lecho doliente.

Y á tal grado llegó el pobre
á los seis dias ó siete,
que tomando sus desmayos
por correos de la muerte,
dijo el doctor: — "Es preciso
que este enfermo se confiese,
que tal vez remedie el cielo
lo que la ciencia no puede." —
Y á este récipe supremo,
preludio casi de un *réquiem*,
fuése á buscar al convento
el pan del alma celeste.
Llegó el padre limosnero
á confesar al paciente;
y al ver á Pascual le dijo
en són del que se sorprende:
—¿Dia es éste de estar malo?
Avive el alma y despierte,
que acaso en estos momentos
el chico por Madrid entre.
—¿Qué reza, padre? ¿me engaña?

dijo Pascual con voz débil.
—¡Engañar!.... ¿qué es engañarle?
Ensanche el pecho y aliente,
que por las nuevas que ha habido
de Cartagena, se infiere
que el padre comisionado
que le rescató de infieles,
hoy llegará á nuestra casa
si los cálculos no mienten.
Tierra tomó el treinta y uno,
el dos salió, y hoy es nueve;
si no ha llegado á estas horas,
debe de llegar en breve.
—¡Ay padre! exclamó el enfermo,
deje que su mano bese,
que con las nuevas que escucho
el alma al cuerpo me vuelve.
Mensajero de venturas
y embajador de mercedes,
con vos ha entrado en mi casa
la gracia del cielo siempre.

Dios bendiga vuestra regla,
Dios el vivo afecto premie
de esos ángeles humanos
y serafines terrestres,
que, desdeñando grandezas
y aplausos del mundo, tienen
para el que llora consuelos,
avisos para el que duerme,
esperanzas para el pobre,
promesas para el que teme,
libertad para el cautivo,
venturas para el creyente,
para el que nace sonrisas,
y rezos para el que muere.

---

Y una lágrima amorosa
clara, pura y transparente,
vino á caer en la mano
de aquel varon santo y fuerte,
á tiempo que un alboroto
de albricias y parabienes

en la puerta de la calle
levantó un turbion de gentes,
saludando á Juan Rodrigo,
que entró en el paterno albergue,
lleno de gozo, y temblando
desde la planta á las sienes.

## VIII.

Lanzó la madre un gemido
que dominó el alboroto
al ver á su Juan querido,
lacio, miserable y roto,
y por el pesar curtido.
Cansado, falto de aliento,
los ojos sin alegría,

escuálido y macilento,
el pobre Juan parecia
la estátua del sufrimiento.
Y al verle su madre así,
maldiciendo á Belcebú,
exclamó con frenesí:
—Hijo del alma, ¿tú aquí?
¡Si no me pareces tú!....
Y sintiendo Juan que un lazo
al cuello el gozo le hacía,
se fué al materno regazo,
y al dar un estrecho abrazo
dijo:—"Yo soy, madre mia."
Y tras esta exclamacion,
siguió un rato de expansion,
de embeleso y regocijo,
en que unieron madre é hijo
corazon á corazon.
—Á tiempo el cielo te envia,
repuso al cabo la madre
sollozando de alegría:

ven á abrazar á tu padre
que lucha con la agonía.
Postrado está de inquietud
y aquejado de tu ausencia;
Dios, por su excelsa virtud,
le dará con tu presencia
el consuelo y la salud.—
—Sí tal, exclamó Pascual,
apareciendo al umbral
de la estancia en que yacia;
Dios con tu vuelta me envia
su bendicion paternal.
Ahora no importa morir,
añadió con gran placer,
pues puedo al cabo decir:
—"¡Ojos que te vieron ir,
"al cabo te ven volver!"

---

Y satisfecho y ufano
y encarnadas las mejillas
por su gozo soberano,

Pascual alargó una mano
que Juan besó de rodillas.
Y saliendo el fraile en pos,
al ver libres á los dos
de tantos duelos prolijos,
exclamó:—Ya lo veis, hijos;
¿quién puede negar que hay Dios?

## IX.

Alzóse Juan á este acento
y dijo con sentimiento:
—¡Ay padre! dejo en Argel
á alguno que en tal momento
á dudar empieza de Él.

—¿Quién es?

—Un pobre cautivo
á quien el bien le es esquivo.
—¿Soldado?

—Y bravo soldado:
¡ved si le estaré obligado
cuando por su esfuerzo vivo!
En un combate naval
lidió con esfuerzo tal
y tan soberano aliento,
que fué en el lance un portento
y honra de un tercio real.
Dentro de un esquife estrecho
lidió como buen cristiano,
hasta que roto y maltrecho,
cayó traspasado el pecho
y hecha trizas una mano.
—¿Premióle el rey?

—No señor,
exclamó Juan con calor:
y sepa, añadió con saña,

que hoy no se premia en España
la virtud, sino el favor.
—No murmure, hermano, y siga,
que no está bien que maldiga.
—Pues bien, perdone y prosigo:
su suerte siempre enemiga
le trujo á España conmigo.
—¿Cautivo cayó con él?
—Conmigo preso quedó
por un pirata cruel,
que en traílla nos ató
y con ambos dió en Argel.
Y tanto le oprime allí
su dueño Dalí-Mamí
por su ingenio y su bravura,
que al despedirse de mí
me dijo con amargura:
—"Á Dios, Juan, salud y prez;
y si tu fortuna medra,
acuérdate alguna vez
de que este infame Arraez

mata á Cervantes Saavedra."
—¿Su nombre?
—Miguel se llama;
y es tan audaz, y tan hombre,
que á triunfar en cierta trama,
juzgo que fuera su nombre
la fatiga de la fama.
—¿Es pobre?
—Más que un mendigo.
—¿Tiene familia?
—Un hermano
que en Flandes sirvió conmigo.
—¿Pobre tambien?
—Cual mi amigo.
—¿Padre tiene?
—Muy anciano.
—¿No hay quien pida su rescate?
—No, padre; y piensa el arnate
que es muy rico el tal Miguel;
padre, sacadlo de Argel
ántes que el dolor le mate.

—Escúchete el cielo, amén.
—¡Ay padre! yo fio en vos.
—En Dios, que dispensa el bien.
—Vos lo dispensais tambien,
hacedlo, y que os premie Dios.

## CONCLUSION.

---

Tres siglos han trascurrido
despues de tales sucesos;
mucho desde aquellos dias
han cambiado los tiempos.
El pobre no tiene arrimo,
quien llora no halla consuelo;
al que se muere de penas,

se le da tierra, y *laus deo.*
La esperanza del que sufre
camina por un desierto,
sin sombra que la cobije,
sin aire que la dé aliento.
Aquel alamillo enano
que de Pascual fué embeleso,
desapareció hace poco
sin guardarle miramientos.
Los nietos del buen Rodrigo
han desdeñado el recuerdo
de aquel arbolillo humilde
que fué encanto de su abuelo.
¡En buen hora! Á nuevos siglos,
cosas nuevas y usos nuevos:
hoy, quien no tiene lo ayuna,
ó bien se chupa los dedos.
¿Para qué diablos servian
los frailes y los conventos?
Hay quien dice que en la tierra
eran de Dios mensajeros;

¡locura insigne! La tierra
se pasa muy bien sin ellos.
Cada cual vive á sus anchas
libre de chismes y enredos,
sin cuentos de sacristía,
sin sermones ni embelecos.
¿Qué importa que el pobre rabie?
Si se desespera, bueno;
Bien se está San Pedro en Roma;
conque á vivir y gocemos,
que ya nos dicen los sabios
que ni existe Dios, ni hay cielo.

---

*¡Qué bien en un hombre luce,*
*que callando sus agravios*
*aun las venganzas sepulte!*

**A Secreto agravio.—CALDERON.**





LOS DOS PEREZ.

# LOS DOS PEREZ.

---

## I.

Aunque calle de Carretas
así llamándose viene
desde que en ella animosos
contra las realistas huestes
lucharon los Comuneros
en pro de las patrias leyes;
aun en los últimos años
del rey Felipe el *Prudente*
se nombraba aquella calle
por el comun de la plebe,
ya gremio de *broqueleros*,
ya calle de los *broqueles*.

El orígen de este nombre
fácilmente se comprende,
pues era centro la calle
de quince ó veinte almacenes,
donde tan marcial arreo
á su gusto hallaban siempre,
la nata de los rufianes
y la flor de los valientes.
Artículo indispensable
era entonces el tal mueble;
pues salir sin él de noche
y en época tan rebelde,
si no salir indefenso,
era salir, casi inerme,
á arrostrar peligros ciertos
ó á buscar quizás la muerte.
Era el almacen más rico
el almacen de un Juan Perez,
hombre entendido y que en Flandes
sirvió seis años ó siete.
Fué en sus mocedades bravo,

en puños segundo Céspedes,
talabartero de oficio
y en armas inteligente.
Tornó mozo de la guerra
y con no pocos haberes;
casóse, puso una tienda,
la acreditó muy en breve;
tuvo una chica más bella
que un búcaro de claveles,
que murió á los veinte años
casi repentinamente,
y á causa de esta desdicha
Juan enviudó á pocos meses.
Quedóse el buen Perez solo
con un chico; un chico enclenque,
de poco más de tres años,
pálido, enfermizo y débil.
Sentido de estos pesares
y herido de estos reveses,
se dió á trabajár sin tregua
sin duda por distraerse.

Y tanto ganó en su oficio,
y tanto ensanchó sus bienes,
que respetado y querido
de los demás mercaderes,
del gremio de broqueleros
fué nombrado presidente.—
Era desde muy antiguo
su amigo fiel y perenne
un caballero muy noble
llamado tambien Juan Perez.
De igual nombre y apellido,
pero no siendo parientes,
de tal modo en un afecto
se unieron sus caractéres,
que, para no confundirlos,
al hablar de aquél ó de éste,
el mundo, que siempre acierta,
pues compara exactamente,
al uno llamaba Pílades,
y al otro llamaba Orestes.—
Era Juan Perez el noble

casi de alcurnia de reyes,
poderoso como un Creso
y hombre de chapa y de temple.
Dícese que fué soldado,
y que al asaltar á Amberes,
Juan Perez el broquelero
le libertó de un mosquete.
Si esto es cierto, no se sabe;
mas lo que duda no tiene,
es que los dos se querian
de tal modo y de tal suerte,
que al cabo en una fortuna
reunieron sus intereses.
Las familias respectivas
quejáronse amargamente
de esta confusion de haciendas
contraria á todas las leyes;
mas ellos sordos, sin duda,
á estos dimes y diretes,
dejaron que murmurasen
los codiciosos parientes,

sin dárseles un ardite
de querellas y entremeses.
Cuando perdió el broquelero
á su chica de repente,
halló en Juan Perez el noble
quien de su mal se doliese:
lloró con él, rezó mucho
por aquel ángel celeste,
corrió en tan tristes momentos
con todo lo conveniente;
fué á la iglesia, al cementerio,
pagó cien misas de *réquiem*,
y vistió severos lutos
desde la planta á las sienes.—
Cuando enviudó, no se diga
si fué el entierro solemne,
ni si Perez el hidalgo
asistió al plebeyo Perez.
Baste decir, que afanoso
por templar su pena ardiente,
dejó el noble su palacio

por el menestral albergue,
y que agotó sus cuidados
por consolar al doliente.
Que esto redobló el afecto
de los dos, se sobreentiende;
que esto encrespó á las familias,
se adivina fácilmente;
que el mundo admiró el prodigio
de aquella amistad tan fuerte,
no hay para qué referirlo
y el lector lo considere;
y, en fin, que algun malicioso
soltó frases incoherentes,
cosa es tambien que se calla
y que el desprecio merece;
pues la condicion del vulgo
es tan suspicaz y aleve,
que por cebarse en las honras
se despepita y se muere.
¿Mas quién hace caso al vulgo,
á esa venenosa sierpe

que en casa del cerrajero
hasta en la lima hincó el diente?
Nada contrarió el afecto
de aquellos amigos fieles,
que dando asombro á la córte
se hicieron al cabo célebres,
como en tiempos más remotos
tuvieron fama igualmente,
Cástor, Polux, Damon, Pitias,
y en fin, Pílades y Orestes.

## II.

Dominó su pena fiera
Juan Perez el broquelero,
y su amigo el caballero
siguió en su amistad entera.

Tal vez al verlo sombrío
templar queriendo su afan,
improvisaba Don Juan
una merienda en el rio;
y pretextando un paseo
del almacen le sacaba,
y al cabo le regalaba
horas de dulce recreo.
Siempre hallaba Don Juan traza
de dar márgen á una gresca,
ya proyectando una pesca,
ya proyectando una caza.
Y como no hubiera vez
que Juan no fuera feliz,
bien matando una perdiz
ó bien recogiendo un pez,
aficionóse devoto
á estos dares y tomares,
fatigando al Manzanares
y dando tormento al soto.
Tanto, que en tan rudo alarde

pasó Juan una semana,
cazando por la mañana
y pescando por la tarde.
Esto á Juan le iba muy bien,
que á su salud convenia;
pero el caso es que perdia
su crédito el almacen.
Así fué que una mañana
en que echaba su prebenda,
vió penetrar por su tienda
con gran sorpresa á una hermana.
—¡Hola!.... ¿qué te trae aquí?
le preguntó cejijunto;
y ella dijo:—Un grave asunto
que te importa más que á mí.—
—¿Y qué es ello?

—¡Que eres tonto!

Ese Don Juan.....

—¡Ya me empacha

tanta calumnia!.... despacha,
que quiero partirme pronto.

—¿Con él vas á caza?

—Sí;

conque.....

—Poco te entretengo;

oye, pues, á lo que vengo

ántes que me encuentre aquí.—

Y de palidez cubierta

como arrostrando algo serio,

habló á Juan con gran misterio

atrancando ántes la puerta.

Lo que en tal sesion pasó

se ignora y nadie lo sabe;

mas ello debió ser grave,

pues Juan la caza dejó.

De nuevo se abrió el portal,

ella salió diligente,

y Juan enjugó su frente

llena de un sudor mortal.—

Llegó á poco al almacen

Don Juan, y al verle sombrío,

le preguntó:—¿Qué hay, Dios mio?

¿Estás malo?

—No estoy bien.

—¿Pues qué sientes?

—Un ardor

que con nada se refresca.

—Vamos, pues, á caza ó pesca

y te encontrarás mejor.

—Quizás; mas por hoy no puedo,

que dí mi palabra fiel

de entregar luégo un broquel

al señor Conde de Olmedo.

—¿Pues no lo puedes mandar

con el chico?

—¿Qué he de hacer?....

él lo quiere á su placer

y se lo tengo que armar.

—¿Y cuesta tanto trabajo?

—Me ocupará todo el dia,

que planchas de acero ansía

encima como debajo.

—Suprimo todo reproche

siendo así, y solo me voy.
—¿Y no he de veros más hoy?
—¡Pues no! volveré esta noche
—Corriente, ved que os espero.
—Estaré á las ocho en punto.
—Sí, que me abruma un asunto
y consultároslo quiero.
—¿Tuyo sólo?
—De los dos.
—Haz tu gusto.
—Eso no cabe
en mi lealtad.
—Si es tan grave,
vendré.
—Bien; pues id con Dios.

---

Y Juan, tornando á su hacienda,
con humor atrabiliario,
hizo un extenso inventario
de los muebles de su tienda.

Más tarde tomó un broquel
de plancha doble acerada,
y asestó una puñalada
con toda su fuerza en él.
Y al ver que ileso el puñal
de aquella prueba salió,
Juan para sí murmuró:
—"No me parece muy mal."

## III.

Pasó perezoso el dia;
al cabo llegó la noche,
y á las ánimas tocaron
las campanas de la córte.
Juan con su chico en la tienda
rezaba sus oraciones,

cuando embozado en su capa
entró Juan Perez el noble.
—Ya estoy aquí, dijo alegre;
Juan al verle estremecióse,
y dijo:—Muy bien venido,
pase y una silla tome.
—Juan, te has perdido un gran dia,
dijo el hidalgo, y sentóse
atusándose la barba
y torciéndose el bigote.
—¿Tanto habeis cazado?
—Mucho.
—¿Cuántas piezas?
—Diez ó doce:
toma esas cuatro perdices,
que ya habrá quien las adobe.
—Llévalas á la cocina,
dijo el broquelero entonces,
dirigiéndose al muchacho
que aun rezaba un *Paternóster*.
Déjalas sobre la mesa,

y vete á jugar; ¿lo oyes?....
la noche está muy serena,
conque juega hasta las once.—
Salió el chico muy gozoso
de aquella licencia enorme;
y á solas y frente á frente,
se quedaron los dos hombres.
—Conque sepamos, ¿qué ocurre?
¿Hay que pagar algo á escote? ...
Y repuso el broquelero
con un suspiro disforme:
—Á escote no, que á vos solo
esta cuenta corresponde.
—¿Á mí?
—Sí, ved ese escrito.
—¿Qué dicen esos renglones?
—Leed, que debajo de ellos
debeis poner vuestro nombre.
—¿Yo?
—Vos.
—Pues dame que lea.

—Ahí está.—

Y un papel dióle.

---

Leyó el papel el hidalgo;
y absorto y mudo quedóse;
tomó pluma, firmó al punto,
y dijo.....—"Justo y conforme."—
—¿No teneis más que decirme?
dijo el plebeyo, y alzóse;—
—Y el otro dijo: "he firmado,
no hay para qué más razones."
—Pues entonces, dijo Perez,
rogad á Dios que os perdone.—
Y cayendo como un rayo
sobre Juan Perez el noble,
el corazon en el pecho
de medio á medio partióle.
No lanzó un grito el hidalgo,
clavado al sitial quedóse;
y viéndole el broquelero

sangriento, pálido, inmóvil,
murmuró en són compasivo:
—"¿Quién se lo dijera al pobre?...."
Bajó á la cuadra sereno,
tomó un caballo, montóle,
y bajando á la Almudena
salió de Madrid al trote.

---

Entró en su casa el muchacho
poco despues de las once;
y al ver al muerto en la tienda
retrocedió dando voces,
diciendo—"Favor, vecinos,
favor que han matado á un hombre."

## IV.

La justicia acudió lista
azorada y en tropel,
y enristró pluma y papel
del cadáver á la vista.
Igualmente en peloton
llegó allí la vecindad
queriendo á la autoridad
dar auxilio y proteccion.
Mas como en tales momentos
todas son interjecciones,
y voces y exclamaciones,
y conjeturas y cuentos;
y uno grita, "yo le oí....."

y otro afirma, "lo ví yo,"
el juez discreto empezó
por poner órden allí.
Y alzando la voz sin tasa
silencio impuso severo,
no sin registrar primero
los rincones de la casa.
Mas como á nadie encontró
que le diera luz ó indicio,
declaró abierto el juicio
y así en voz alta exclamó:
—¿Hay entre todos un hombre
que sepa quién es el muerto?
Y uno dijo:—Sí por cierto,
Don Juan Perez es su nombre.
—¿Era hidalgo?
—Y caballero.
—¿Estais cierto?
—Yo lo digo:
¿Quién no conoce al amigo
de Perez el broquelero?

—¿Y ese Perez, dónde está?....
—De caza ó pesca de fijo;
pero aquí se halla su hijo
y él de su padre sabrá.
—Que venga aquí ese muchacho
á ver si aclara este enredo.
—Aquí estoy.
—Pues di sin miedo;
habla, y no tengas empacho.
¿Qué es de tu padre?
—No sé,
dijo el chico con dolor;
en paz con este señor
á las ocho le dejé.
—¿Con el muerto?
— Sí en verdad.
—Muchacho, ¿estás en lo cierto?
—Digo lo que sé, que el muerto
le honraba con su amistad.
—¿Sabes bien lo que te dices?
—¿Pues no he de saberlo yo,

si á poco de entrar nos dió
de regalo unas perdices?
—¿Unas perdices?
—¡Qué afan!
¿pensais acaso que miento?
pues las traeré en el momento,
que allá en la cocina están.
—Bien están allí; mas luégo,
¿qué viste tú?... ¿qué pasó?....
—¿Qué ha pasado?.... ¡qué sé yo!....
¡Como yo he estado en el juego!
—¿Dónde?
—En la tienda de bronce
de Pedro Gil, que está al lado.
—Bueno; ¿y á qué hora has tornado?
—Á poco de dar las once.
—¿Y estaba tu padre aquí?
—No señor.
—¡Pasmado quedo!
—Yo entré, ví al muerto, y de miedo
gritando á salir volví.

—¡Me asombra cuanto me dices!....
—Pues esto sé, y esto digo.
—¿Quién diablos mata á un amigo
que regala unas perdices?
—¿Qué estais diciendo, señor?....
murmuró un vecino honrado:
echad tal sospecha á un lado,
que Juan es hombre de honor.
—Señor vecino..... es cruel,
dijo el juez, pensar así;
mas Perez ha estado aquí,
y ahora no se da con él.
—La coincidencia es muy rara,
sí, señor; mas yo repito
que á ser autor del delito
de otro modo le matara.
—¿De qué modo?

—En buena lid,
no sentado en un sillon,
que de su buena opinion
responde todo Madrid.

—Esa es la pura verdad,
replicó el concurso grave,
que tal delito no cabe
en su constante amistad.
—Eso podrá ser así;
mas es singular, por cierto,
que siendo amigo del muerto
á estas horas no esté aquí.
—¿Pero quién sabe, señor,
lo que aquí habrá sucedido?
¿No cabe haberse rendido
á una fuerza superior?
¿No suspende y maravilla
lo extraño del atentado?
¿Siendo Don Juan esforzado,
cómo está muerto en su silla?
Que aquí no ha habido pendencia,
claro y patente se nota;
que ni la silla está rota,
ni hay señales de violencia.
Y á más, justo es confesar,

para que más os asombre,
que era este Don Juan un hombre
muy difícil de matar.
Conque dejad la sospecha
que de Juan habeis formado,
que al echar por otro lado
irá la causa derecha.
—Podrá quizás no ser él,
dijo el juez; mas yo repito.....—
Y aquí calló al ver escrito
cerca del muerto un papel.
Del suelo lo recogió,
leyóle con faz sombría,
y al saber lo que decia
en voz alta repitió:
—"Por un misterio profundo
"me mata mi amigo fiel,
"pues Dios sabe que yo y él
"no cabemos en el mundo.
"Cara á cara me mató,
"y basta que yo lo abone;

"la justicia lo perdone
"como lo perdono yo." —
—¿Veis, exclamó el juez severo,
si esto mi duda confirma?....
Pues tal declara y tal firma
Juan Perez el caballero.—
Mudo el concurso quedó
al ver la sospecha cierta,
y el juez reselló la puerta
despues que al muerto sacó.
Y en són triste y reflexivo
murmuró al salir de allí:
—"¿Quién es más notable aquí,
Perez el muerto ó el vivo?"

## V.

Cuando en la córte se supo
tan no esperado suceso,
toda fué asombros la córte
y toda chismes y cuentos.
Las gradas de San Felipe,
con tal motivo, tuvieron
un blason más que ilustrase
su fama de *Mentidero*.
¡Cuántas cosas se contaron!
¡Cuántos cálculos se hicieron!....
¡Á cuántos chismes dió márgen
aquel drama tan sangriento!
Todo el que al átrio llegaba

contaba un detalle nuevo,
y algunos se daban aires
de conocer el misterio.
La carta hallada en la casa
y firmada por el muerto,
se glosó letra por letra
y concepto por concepto.
Quién fundaba su juicio
en cuestiones de dinero;
quién en un asunto grave
en que andaba el rey por medio;
quién en cosas de una secta
partidaria de Lutero.
Hablaban los abogados
citando leyes y textos;
los médicos apelaban
á Hipócrates y Galeno;
los sabios en teología
llenaban la calle de *ergos*,
y al cabo de mil disputas
que llegaban hasta el cielo,

quedábanse tan oscuras
así los más cual los ménos,
sin descubrir una hilacha
de aquel delito tremendo.—
Hubo, como siempre, bandos
y pareceres diversos;
unos del muerto en defensa,
otros en favor del reo,
y hubo razones de á puño
y *ad hominem* argumentos.
Todo inútil: del orígen
que dió al caso fundamento,
el más sutil de mollera
ni logró asirse de un pelo.
Al cabo llegó á las gradas
un conocido sujeto,
que era el *Don-Sábelo-todo*,
de aquellos oscuros tiempos.
Verle y cercarle á porfía,
fué cosa de dicho y hecho,
y hubo quien por escucharle

estiró una vara el cuello.—
—Sepamos lo que éste dice,
gritó un curial; ¿qué hay de nuevo?
—Hay, dijo el recien llegado,
que de casa del juez vengo,
que además de ser mi amigo
es mi protegido y deudo.
—¿Y qué tal? ¿Se ve más claro?
¿tiene más luz el proceso?
—Ni chispa; todo se ignora,
sigue el motivo encubierto.
Mas hace pocos instantes
que recibió el juez un pliego
que copié rápidamente,
y aquí está,—voy á leerlo.—
Dice así:—repuso el mozo;
guardó el concurso silencio,
y atento prestó el oido
á este extraño documento.—
—"Señor alcalde de Córte,
"no os devaneis más el seso

"por buscar al homicida
"del que anoche hallásteis muerto.
"Matóle quien esto escribe
"con gran razon para ello;
"tanta, que á tener cien vidas
"le arrancara yo las ciento.
"Ni me escondo á la justicia,
"ni esquivo la ley por esto;
"es que á arreglar mis asuntos
"he venido á cierto pueblo,
"donde tengo algunos bienes
"que han de ser de mi heredero.
"Dentro de dos ó tres dias,
"señor juez seré muy vuestro,
"que por saber lo que hice
"sé lo que á las leyes debo.
"Ni la justicia me espanta,
"ni á su fiero rigor temo,
"que ella en mí hará lo que sepa,
"como yo sé lo que he hecho.
"Y no digo más, y basta;

"guardeos mil años el cielo,
"que humilde os besa las manos
"Juan Perez el broquelero." —
Cesó el mozo, y el concurso
quedóse mudo y suspenso,
no adivinando tampoco
de aquella carta el secreto.
—¡Voto á Dios que es nuevo el caso!
dijo un grave leguleyo:
¡promete él mismo entregarse!
¿mas cumplirá? Allá veremos.
—Yo apuesto á que se presenta,
dijo un valenton muy recio;
y otro replicó al instante:
—Pues yo lo contrario apuesto.
—¿Cuánto poneis?
—Veinte escudos.
—¿Aceptais cuarenta?
—Acepto.
—Corriente, pues va apostado.
—Sed testigos, caballeros.

—Si Juan se presenta, gano.
—Si no se presenta, pierdo.
—Hecho está, dijeron todos:
y despues de tal concierto,
dividiéronse en corrillos
las gentes del *Mentidero*,
que estuvo durante el dia
de desocupados lleno.

## VI.

Tras otros dos de impaciencia,
el tercero al fin llegó,
y el público se agolpó
á las puertas de la Audiencia.
Fácil es de adivinar

por qué allí el vulgo acudia,
pues su instinto le decia
que Perez iba á llegar.
En vano alguno dudó
y aun se burló del asunto;
pero al ser las doce en punto
Juan á la Audiencia llegó.
Sin hacer del vulgo caso
mirando á un lado y á otro,
Juan descendió de su potro
y se abrió entre todos paso.
Y sin muestras de altivez
ni fieros de valenton,
ató el potro á un aldabon
y preguntó por el juez.
Y uno dijo:—Dentro está
trabajando en tu proceso.
Y dijo Juan:—¡Bueno es eso!....
¿Pues no me aguardaba ya?—
Y añadiendo un "Dios os guarde,"
siguió sereno su curso,

dejando absorto al concurso
con tan natural alarde.
La oscura puerta empujó;
se alzó el juez ante aquel hombre,
y él, pronunciando su nombre,
dijo:—"No temais, soy yo.
"Hace poco os escribí
"que á presentarme vendria;
"cumplí con lo que debia,
"y ya me teneis aquí."
—¿Sois Juan Perez?
—Si señor,
Juan Perez el broquelero.
Y dijo el juez:—Considero
que sois hombre de valor.
—¿Por qué?
—Con vuestra presencia
lo probais eficazmente.
—¡Ah, señor! no soy valiente,
soy un hombre de conciencia.
—¿Sabeis que os pueden ahorcar

en nombre de Dios y el rey?
—Sé que he faltado á la ley,
la debo, y vengo á pagar.
—¿Luego afirmais ante el juez
que sois vos el matador?
—¿No he de afirmarlo, señor,
si lo matara otra vez?
—Saña prueba esa insistencia
y espanta tal rigorismo:
¿pudiérais decir lo mismo
del muerto ante la presencia?....
—¿Cómo dudais de eso vos?....
Si vengo á dejarme ahorcar,
es que aun le quiero acusar
en la presencia de Dios.
—¿Por qué razon?
—Es muy grave.
—Confesadla al juez sin miedo.
—Es un secreto y no puedo,
Dios lo ve todo y lo sabe.
—Es que os pudiérais salvar

si dais esa clave vos.
—¿No os he dicho que ante Dios
quiero á ese muerto acusar?
—Cuando la vida es tan corta,
¿por qué mostrais ese anhelo?
—Es porque tengo en el cielo
algo que mucho me importa.
—¿Quién es?
—Lo debo callar.
—Decidlo en vuestro interés.
—Ántes que decir quién es,
prefiero dejarme ahorcar.
—¿Dais en tan dura insistencia?
—No más lograreis de mí.
—Pues ¡hola!.... El difunto aquí,
y que entre el pueblo á la audiencia.—
Y ante el mandamiento aquél
entraron á un mismo punto,
por una puerta, al difunto,
por otra, el pueblo en tropel.
Tomó asiento el juez severo

y Juan de pié se quedó;
y el pueblo le contempló
entre compasivo y fiero.
Abierta luégo la caja,
miró el público sañudo
del muerto el pecho desnudo
y sangrienta la mortaja.
Juan tambien le contempló
sin dar señales de enojos;
mas alguien vió que á sus ojos
una lágrima asomó.
Alzóse entonces el juez
de Dios invocando el nombre,
y á Juan preguntó:—Buen hombre,
¿vais á declarar?
—Pardiez,
dijo tranquilo y seguro;
¿qué más quereis saber vos?
—¿Jurais en nombre de Dios
decir la verdad?
—Sí juro.

—Poned la mano en la cruz,
símbolo tremendo y grande,
y Dios os premie ó demande
segun que sigais su luz.
—Á su justicia inmortal
y á su bondad me encomiendo.
—Amén.
—Seguid inquiriendo,
que prometo ser leal.
—¿Conoceis, pues, á ese hombre?....
—Sí tal, que mi amigo fué.
—¿Sabeis su nombre?
—Si á fe,
Don Juan Perez fué su nombre.
—¿Y sabeis quién le mató?
—Yo.
—¿Lo jurais?
—Por Dios vivo.
—¿Cuál fué el motivo?
—El motivo
no puedo decirlo yo.

—Hay quien dice que el dinero
causó su muerte fatal.
—Pues miente quien diga tal,
y lo doy por embustero.
—Se dice que codicioso
sus aumentos procuró.
—Pues miente quien tal pensó,
que era el muerto generoso.
—Tambien dicen que liviano
era de Dios enemigo.
—Pues le infaman, y yo digo
que era Don Juan muy cristiano.
Y al saber quién con tal mengua
su honor se atreve á ofender,
le arrancara yo, á poder,
el corazon con la lengua.
—Si fué con vos tan leal,
¿por qué asesinarlo, pues?
—¡Ah!.... ¡señor!.... ¡esa ya es
harina de otro costal!....
—De tal confusion en pos,

la vida, Juan, os prometo.
—Moriré con mi secreto,
si hago bien, lo sabe Dios.
—Tan dura tenacidad
vuestra sepultura cava.
—Donde esta vida se acaba
comienza la eternidad.
—Cuidad que en nombre del rey
os ofrezco aquí la vida.
—No he jugado esta partida
para burlar á la ley
—¡Dios sabe que cuanto he hecho
fué de vuestro bien en pos!
—Si con eso cumplís vos,
yo cumplo con mi derecho.
—Firmad la declaracion
y guardad vuestro misterio;
ahora, el muerto al cementerio,
y el criminal á prision.

Dijo el juez, y en aquel punto
quedó cerrado el proceso,
Juan á la cárcel fué preso
y á la tierra fué el difunto.

## VII.

En la noche de aquel dia
entró en el palacio el juez,
llamado por el monarca
que quiso el caso saber.
Recibiólo el rey adusto,
le pidió un relato fiel,
y el juez, temblando de miedo,
leyó la causa de pié.
Oyóla atento el monarca,

y al acabar de leer,
dijo el rey con voz sombría:
—"Eso, alcalde, no está bien;
el proceso está incompleto,
y acabarlo es menester.
Ese Juan el broquelero,
parece honrado y lo es;
que á su amigo no matara
sin gran motivo, pardiez.
Puesto que no se revela
que haya mediado interés,
y el reo defiende al muerto
con generosa altivez,
me hace falta viva ó muerta
en la causa una mujer;
buscadla por todas partes
y la encontrareis tal vez.
Si no la hallais en tres dias,
alcalde, venidme á ver,
que aunque la oculte la tierra
yo os juro que la hallaré.

Á los parientes del muerto
ofrecí justicia hacer,
y yo no prometo en vano;
conque guardeos Dios, amén,
y no me probeis con mengua
que no servis para juez."

---

Salió el alcalde de Córte
más pálido que el papel,
poniendo en prensa su ingenio
y sin saber lo qué hacer,
al mismo tiempo que entraba,
á hablar con el rey tambien,
Don Lope de Figueroa,
que era por el tiempo aquel,
maestre-campo de los tercios
y muy amigo del rey.

## VIII.

Entró el valeroso anciano;
el rey la mano le dió,
y el buen Don Lope besó
aquella escuálida mano.
—¿Qué hay Don Lope? dijo al fin;
¿visto le habeis?
—Y le he hablado;
que ese Perez fué soldado
y aun se batió en San Quintin.
—¿Y qué pudisteis lograr?
—Nada, señor, en efeto,
que por guardar su secreto
prefiere dejarse ahorcar.
Viendo que era empresa vana

le abracé y me despedí;
y sin saber cómo, fuí
á la casa de su hermana.
—¿Y la habeis visto?
—¿Pues no?
lloraba con pena ruda:
la mano de Dios, sin duda,
á su casa me llevó.
Lanzó un grito soberano
al verme allí, y con dolor
dijo llorando:—"¡Ay señor,
salvad á mi pobre hermano!"
—Yo la dije:—¿De qué modo
si él su crímen no disculpa?
—No es él quien tiene la culpa,
yo soy la culpa de todo.
—¿Eso confesó?
—Si á fe.
—¿Y cómo explica el suceso?
—No lo sé, que en cuanto á eso,
ni una frase la arranqué.

—¿Y va á permitir así
que en él se ensañe la ley?....
—No señor, pues dice al rey
lo que no me ha dicho á mí.
—¿Cómo?
—Cediendo á mi ruego,
decirlo todo ofreció,
y unos papeles me dió
que vienen en este pliego.
—Vengan, Don Lope.
—Ahí están,
dijo Don Lope con flema.
Rompió el monarca la nema
y halló el secreto de Juan.
—¡Estos son otros cantares!....
repuso el rey cejijunto.—
y exclamó:—"¡Que venga al punto
mi buen doctor Olivares!"—
Don Lope á un paje llamó
que repitió el mandamiento,
y á poco en el aposento

el protomédico entró.—
—¿Qué mandais, señor?
—No es nada,
dijo el rey; tomad abrigo
que vais á salir conmigo
por una puerta excusada.
Vos, buen Don Lope, es razon
que os quedeis aquí perene,
y si á buscarme alguien viene,
le direis que hago oracion.

---

Y el rey preocupado y serio,
recatando rostro y talle,
salió en silencio á la calle
siempre envuelto en el misterio.

## IX.

Á muy poco, guarecidos
de la noche en las tinieblas,
dos bultos se detuvieron
junto al átrio de una iglesia.
—¿Cuál es la casa del cura?
dijo una voz sorda y hueca.
Y otra dijo:—Esa de enfrente,
que harto la cruz lo demuestra.
—Pues llamad, repuso entonces
muy grave la voz primera.—
Y sonó un aldabonazo
que hizo retemblar la puerta.
—¿Quién va? dijeron de dentro,
y repusieron de fuera:

—Quien al cura necesita
para cosa que interesa.
—Pues subid, que está cenando
y bajar no puede.
—Sea.—
Y abriéndose en el momento
el porton de la escalera,
penetraron los dos bultos
hasta el sitio de la cena.

---

Estaba el cura sentado
en un sillon de baqueta
ante una mesa de roble
de pobre mantel cubierta.
Una ancha taza de sopas,
y un plato lleno de acelgas,
eran todos los regalos
que ornaban aquella mesa.
Estaba el cura en sotana,
y á guisa de quien se afeita,

atada al cuello tenía
una tosca servilleta.
Cuando vió entrar á los bultos
enderezó la cabeza,
y preguntó: —¿Tienen prisa?
Y uno de ellos con gran flema
repuso: —"Cene despacio,
"que nunca la prisa es buena."—
—Pues si quieren cenar.....
—¡Gracias!
—Conmigo harán penitencia.
—Se agradece.
—Asiento tomen,
que el que espera desespera.—
Y durante média hora
no se oyó en la estancia aquella,
más que el rumor de los dientes
del licenciado Marchena.—
Al cabo al cielo bendijo;
rezó un *Padre nuestro* á secas,
y mandando á los monagos

que á la cocina salieran,
quedóse con los dos hombres
no sin entornar las puertas.
—¿En qué puedo yo serviros?
preguntó con voz serena.
Y uno dijo:—En poca cosa.
—Sepamos qué cosa es esa.
—¿Llevais libros de difuntos?
—Ahí están en la alacena.
—Á verlos venimos.
—¿Cómo?
—Sacadlos para acá fuera.
—¿Qué quereis hacer con ellos?
—¡Vaya una pregunta necia!....
¿Para qué sirven los libros
sino para ver qué encierran?
—¿Saber quereis de algun muerto?....
—Sí, de un muerto ó de una muerta.
—Pedidme, pues, sus partidas,
y yo daré cuantas quieran;
mas dar los libros no debo

sin que lo ordene quien pueda.
—Pues ved si el rey pedir puede
lo que su merced le niega.—
Y descubriendo el monarca
de su toison la venera,
dejó al cura tan turbado
que sin respirar apenas,
ni acertó á mover un brazo,
ni acertó á mover la lengua.
—No temais, el rey le dijo,
dadme que esos libros vea,
y cuidad que esta visita
ni vuestro alzacuello sepa.—
No respiró el pobre cura
ante tan ágria advertencia;
dió presuroso los libros,
el rey se sentó á la mesa,
y registrando sus hojas
pasó dos horas enteras.
Halló al fin lo que buscaba,
á juzgarlo por las señas;

se alzó perezoso y lento
como el que abismado piensa,
y dijo al cura sombrío
y con la voz del que reza:
—Necesito una palanca;
encended una linterna,
y bajemos los tres solos
en este instante á la iglesia.—
El cura guardó silencio,
puso á un farol una vela,
y á poco los tres tenian
una sepultura abierta.—
Lo que allí pasó se ignora,
pues ni en sus horas postreras,
se atrevió hablar el buen cura
de aquella visita régia.

## X.

Y ya de vuelta en palacio
el monarca y el doctor,
de una gran lumbre al amor
hablaron poco y despacio.
—¿Y decís que esos lunares
son las huellas de un veneno?
—Sin duda; dijo sereno
el buen doctor Olivares.
—¿No cabe de ello dudar?
—¿Dudar?.... No cabe falencia;
en este punto la ciencia
no se puede equivocar
Es un agente, señor,

tan activo, que á mi ver
mata siempre á la mujer
que quiere salvar su honor.
Pocas veces de amuleto
sirve contra los placeres:
¡Mucho cuesta á las mujeres
tener un amor secreto!—
Y el rey, con gesto de hiel,
dijo:—¡Cosas del demonio!.....
¡por huir del matrimonio
se entrega el alma á Luzbel!
¿No es esto, doctor?

—De fijo.

—De todo lo cual, infiero
que ese Don Juan, vil y artero,
mató á la madre y al hijo.
¿No es verdad?

—Mucha verdad.

No hay un crímen que le exceda.
—¡Si juzgo que aun Dios no pueda
perdonarle en su bondad!....

Doctor, estoy satisfecho;
podeis iros.
—Bien, señor.
—Pero cuidad, buen doctor,
que esto muera en vuestro pecho.
—Tengo el secreto por ley
y esa prevencion es vana.
—Pues á Dios, y hasta mañana.
—Señor, ¡que Dios guarde al rey!

## XI.

Vió el rey al doctor salir
con una mirada incierta;
se levantó, fué á la puerta,
cerró, y se puso á escribir.

Y segun datos muy buenos
que he podido alcanzar yo,
sé que esto el rey escribió,
poco más, ó poco ménos.—
—"Por vuestra celosa insidia
"Juan se ha podido perder;
"mas esto os hará saber
"lo funesta que es la envidia.
"La muerte de la doncella
"su secreto os entregó;
"la carta que os lo vendió
"duerme en su tumba con ella.
"El tiempo la hará cenizas;
"no volvais á Juan á ver,
"que os pudiera suceder
"que airado os hiciera trizas.
"Que puede llegar á tal
"hombre que calla esta historia,
"por no manchar la memoria
"de aquel ángel celestial.
"Tomad mi ejemplo por ley,

"y callad siempre este arcano,
"que si importa á vuestro hermano
"no importa ménos al rey."

---

Carta de tan alta loa
nadie llegó á conocer;
mas la llevó á una mujer
Don Lope de Figueroa.

## XII.

Pasados otros tres dias
á palacio volvió el juez,
asustado y tembloroso
de la cabeza á los piés.
Inútilmente su ingenio

en prensa llegó á poner,
que iba el proceso lo mismo
sin datos de otro jaez.—
De nuevo le oyó el monarca,
y al acabar de leer,
dijo:—¿Dictásteis sentencia?
—Si señor, de muerte es,
que en las leyes de partida
manda bien claro una ley,
"*que home que mate á otro home*
*muera por ende tambien.*"
—Bien está, dadme el proceso,
dadme ese proceso á fe,
que hay en él un documento
que no se ha apreciado bien.—
Y tomando el rey la causa
meditó un poco, y despues
escribió estas breves líneas
diciendo:—"Cumpla y amén."
—"Vista la carta encontrada
de Don Juan Perez al pié,

en que dice que su amigo
le asesina por deber:
Visto que el muerto se avino
á esta sentencia cruel,
pues sospechando la causa
no se quiso defender:
Visto que en tales momentos
su conciencia fué su juez,
pues perdonó á su contrario
como consta en tal papel;
Cumpliendo yo como debo
la voluntad del que fué,
al que le mató perdono,
y Dios le perdone á él!....
Dése libertad al preso,
porque libre debe ser;
y los parientes del muerto
guarden silencio, pardiez,
que en nombre de Dios lo quiere
y así lo dispone,—El Rey."

---

Cuando en la sala de audiencia
leyó al cabo el escribano,
por órden del soberano,
tan extraña providencia;
En cumplimiento á la ley,
silencio el vulgo guardó;
mas todo el mundo dudó
de la justicia del rey.
Y con terror se añadia,
en agravio de su fama;
"¡No en vano el Norte le llama
el *Diablo del Mediodia!*"

---

# UN DRAMA OCULTO DE LOPE.

1584.

*Y finalmente, Florela,*
*mujer que fué deshonrada,*
*pida su remedio al cielo,*
*que el de la tierra no basta.*

LOPE DE VEGA.





UN DRAMA OCULTO DE LOPE.

# UN DRAMA OCULTO DE LOPE.

---

## I.

### Lope á Inés.

"Inés de mi corazon,
ántes que al envidia ladre
y lastime tu opinion,
quiero que sepa tu padre,
tu cariño y mi intencion.
Aunque sé que está advertido
y de mi amor penetrado,
como noble y bien nacido
quiero que sepa que honrado
pretendo ser tu marido.

Dejar más tiempo pasar,
es dar ocasion de hablar
á los que suelen decir,
que nunca llega al altar
amor de entrar y salir.
Y como yo salgo y entro
á cada paso en tu casa,
que es de mi ventura centro,
quiero salir al encuentro
de quien murmure sin tasa.
Y esto dicho, hermosa Inés,
ruégote con interés
que adviertas al buen anciano,
que esta tarde iré á las tres
á demandarle tu mano.
Y en tanto que la hora llega,
á tu recuerdo se entrega
y á tu afecto se confia,
alma que es tuya y fué un dia
de Félix Lope de Vega."

---

Llevó esta carta un criado
á Doña Inés de Pantoja,
que á su vez devolvió á Lope
la respuesta en esta otra.

## Inés á Lope.

"Aunque yo espero tambien
que mi padre diga amén,
y nos bendiga ante Dios,
ántes de hablarle, mi bien,
quiero que hablemos los dos.—
Tengo en tanto tus amores,
y tanto tu bien respeto,
que, manantial de dolores,
guardo en el alma un secreto
que yo no quiero que ignores.

En prenda de mi lealtad,
romperlo pretendo al fin
para moverte á piedad:
ven con toda libertad
esta noche á mi jardin.
Detrás de su falsa puerta
estaré á las doce alerta;
ven en la sombra escondido,
llama con leve ruido
y tendrás la entrada abierta.
Y si por citarte así,
tu espíritu se acongoja,
no sospeches mal de mí,
que á tanto, solo por tí
se atreve, Inés de Pantoja."

## II.

Leyó esta carta Don Félix
con tales muestras de asombro,
que por más de média hora
la estuvo estudiando torvo.
Gravemente reflexivo
y severamente absorto,
se preguntó varias veces
pensativo y caviloso:
—¿Qué es esto? ¿Qué asunto es éste
que así me suspende el gozo
de un amor que era mi vida
y era mi dicha hace poco?
¡Qué secreto será aqueste
que escondido y misterioso

con tal cautela Inés guarda
de su conciencia en el fondo?
Manantial es de dolores
segun me dice, y supongo
que es manantial de deshonra
cuando así salta por todo.—
¡Á piedad quiere moverme!....
¿Á piedad de qué?—Lo ignoro:
piedades así buscadas
revelan culpas de á fólio.
¡Abrirme quiere esa puerta
para ofrecerme un coloquio!....
—¿Se habrá abierto ántes de ahora
esa puerta para otro?....—
—¿Qué digo?.... ¡infame sospecha!....
¡pensamiento ruin y fosco!....
¿por qué lascivo y liviano
te enfangas torpe en el lodo?
Dudas de Luzbel, dejadme,
dejadme, celos y enojos,
que de sentiros me indigno,

y de escucharos me corro.
Salid de un alma que es suya,
no mancilleis su decoro,
que la paz de su conciencia
la lleva escrita en el rostro.
Aquella serena frente
y aquellos serenos ojos,
harto claro me revelan
de su virtud el tesoro.—
En vano negros recelos
vagais de mi amor en torno;
en aquella alma divina
no caben viles antojos.....
¿Mas qué será?.... ¿Por qué quiere
que hablemos de noche y solos?....
¿No entro en su casa de dia?
Y aunque á la vista de todos,
para decirnos amores,
¿nos pone su padre estorbos?
¿Pues qué clase de secreto,
es este secreto ignoto

que busca para mostrarse,
en són harto peligroso,
noche oscura, horas de sueño,
puerta falsa y jardin sordo?....
Cuidados de esta importancia,
recatos tan sospechosos,
¿no levantan sorprendidos
contra el honor testimonios?
¿Pues cómo se atreve á tanto
la opinion del bien que adoro,
citándome de esta suerte,
siendo su riesgo notorio?
Por Cristo, que este misterio
empieza á volverme loco,
que á cada paso tropieza
mi razon con más escollos.
Sol, acelera tu curso;
noche, acude en mi socorro,
que para el alma que sufre
volais con alas de plomo.—
Y guardando aquel billete

en una caja con otros,
tomó el sombrero y la espada,
salióse á la calle solo,
y bajándose hasta el rio
tardo, triste y silencioso,
compañero de sí mismo
y entretenido en sí propio,
orillas del Manzanares
fuése haciendo soliloquios,
hasta perderse en las calles
de sus álamos frondosos.

## III.

Llegó la noche por fin
de leve sombra cubierta;
sonó el lento retintin
de un reloj; se abrió una puerta,

y Lope entró en un jardin.
—Pasa, con voz argentina
exclamó en són de congoja
una mujer peregrina:
y harto claro se adivina
en ella á Inés de Pantoja.—
Temblándole el corazon
siguiendo de Inés la huella
entró Lope en tal mansion:
¿qué mucho si entraba en ella
como penetra el ladron?
Tomóle Inés de la mano;
cruzó un breve laberinto
obra de su padre anciano,
y en un cenador galano
de amor precioso recinto,
dijo Inés: "Siéntate ahí,"
mostrando un banco de piedra
que escueto se alzaba allí,
entre ramas de alhelí
y entre festones de hiedra.

Sentóse en el banco aquel
Lope, preso de un temor
desconocido y cruel;
que al par luchaban en él
las dudas con el amor.
La noche estaba serena,
la estancia grata y amena,
cargado el viento de olores,
y el jardin lleno de flores,
de albahaca y de hierba-buena.
Y dulce, mansa y riente,
cual sonora catarata
que da frescura al ambiente,
quejas lanzaba una fuente
deshecha en trenzas de plata.
El apagado rumor
de la arboleda sombría;
el canto murmurador
que á los léjos repetia
un amante ruiseñor;
el cielo, la oscuridad,

esa triste vaguedad
y esa misteriosa calma,
que llenan de encanto el alma
y de amor la soledad;
todo en un cuerpo fundido
hablaba al placer dormido
con encantado embeleso,
que era allí todo ruido
el perpétuo són de un beso.
¡Lope amante, Inés allí,
él sentado, ella á sus piés,
los dos soñando entre sí
con amante frenesí,
sueños de eterno interés!
Lope mudo, Inés callada,
él absorto, ella turbada,
enviándose en mútuo giro
mirada tras de mirada,
suspiro tras de suspiro!
¡Ay!.... presintiendo un pesar,
ambos ansiaban decir

sin acertarlo á expresar:
—¡Lope, yo no quiero hablar!
—¡Inés, yo no quiero oir!
¿Mas qué importaba el concento,
si adivinado el intento
los dos silencio guardaban,
y en el silencio se hablaban
con la voz del sentimiento?
¡Rara intuicion del amor!....
todo allí les sonreia
de placer embriagador;
y sin embargo, el dolor
dentro de los dos gemía.—
¿Qué genio rompió la rueda
de aquella doble fortuna,
que un instante estuvo queda
debajo de una alameda
y en una noche sin luna?
—¿Quién lo sabe?—Tornó en sí
Lope, y dijo:—Hablemos, pues;
que si seguimos así,

no es fácil, amada Inés,
saber á qué vengo aqui.
En mil rizos abundosa
de su pura sien despojos,
alzó Inés la frente hermosa,
y con habla temblorosa,
perlas vertiendo sus ojos,
respondió á su amante así,
mal reclinada á sus piés:—
—Lope, olvídate de mí,
olvida el nombre de Inés,
que Inés no es digna de tí.—
Calló Inés dando un gemido
á esfuerzo tan soberano;
y Lope en el alma herido,
gritó, lanzando un rugido,
puesta en la daga una mano:
—¿Mi amor has vendido?
—¡Ah! no,
gritó Inés con voz doliente,
que siempre honrada fui yo:

alguien mi honor mancilló,
pero soy, Lope, inocente.—
Revelada al fin la clave
de aquel misterio escondido,
lanzó Lope un grito grave,
como aquel que arroja el ave
que ve deshecho su nido.
—Lope mio, vuelve en tí,
gritó con voz mortuoria
Inés, ya fuera de sí;—
y él dijo:—¡Triste de mí!....
¿por qué has matado mi gloria?
Y fatigoso y doliente,
lleno de airado despecho,
quiso arrancarse inclemente
toda ilusion de su mente
y todo amor de su pecho.
Y ambos con hondo pesar,
sin poderlo resistir,
murmuraron á la par:
—¡Si yo no he debido hablar!

—¡Si yo no he debido oir!
Y despues de este clamor,
se apagó todo rumor;
la noche en calma seguia:
sólo á lo léjos se oia
querellarse á un ruiseñor.

## IV.

Despues de un largo silencio
triste, doloroso y acre,
de entre las ramas tupidas
se escaparon estas frases:—
—¿Qué puedo hacer por tu honra?
—Salvarla, Lope, y salvarme,
dijo Inés, con voz cortada

por sus repetidos ayes.
—Cuenta tu historia, si puedes,
dijo Lope en tono grave,
que quiero, Inés, escucharla
aunque esa historia me mate.—
Inés exhaló un suspiro,
alzó su bello semblante,
y animándose por grados
con acento de coraje,
así refirió su cuita
vertiendo llanto de sangre.

## V.

—Ya conoces, Lope mio,
á Don Gonzalo de Ataide,
mozo de ilustre prosapia
y algo deudo de mis padres.

Reveses de la fortuna
y otros livianos desastres,
le alejaron de esta córte
hará seis años cabales.
Engaños, traicion y muerte
dieron á su ausencia márgen,
que fué una dama la muerta
á quien robó el honor ántes.
Mas como el mundo no pena
delitos de este linaje,
dió al cabo el mundo al olvido
su infamia y sus liviandades.
Tres años há, segun creo,
que tornó de su viaje,
y junto al templo de Atocha
por mi mal me vió una tarde.
Debí parecerle bella,
dió en seguirme y requebrarme,
y á todas horas se hallaba
como un fantasma en mi calle.
En vano escribió papeles;

en vano en tiernos alardes,
procuró que yo advirtiera
de su pasion las señales.
¡Todo inútil! sus billetes
fueron escritos en balde,
y sus quejas y suspiros
fueron diversion del aire.—
Herido de mis rigores
y cansado de cansarme
demostrándome un afecto
que yo pagaba en desaires,
Llegó una tarde á mi reja,
ántes que yo lo notase,
y me lanzó de pasada
esta amenaza arrogante:
—"Ya que con fieros desvíos
pagais mis vivos afanes,
no extrañeis, señora mia,
que de igual manera os trate.
Pues os juro, Inés ingrata,
así mis celos me acaben,

que he de hacer con vos de modo
que no podais ser de nadie."—
Y se apartó de mi reja
con gesto tal el infame,
que estuve al mirar sus ojos
cercana de desmayarme.
Desde entonces, Lope mio,
no sé qué miedo cobarde
se apoderó de mi pecho,
que con sólo recordarle
temblaba herida de un pasmo
que me crispaba las carnes.—
Vencida al cabo y enferma
de este terror formidable,
estuve un mes en el lecho
casi loca y delirante.
Y una noche en que ya fuera
de todo peligro grave
sola me dejó en mi estancia
el cuidado de mi madre;
en esas horas eternas

que son de la muerte imágen;
horas sin luz ni ruidos,
pavorosas y espantables
que sólo cuenta el que vela
por sus angustias mortales;
pues parece que á esas horas
pueblan la tierra y los aires
génios del mal, de otros mundos
misteriosos habitantes,
que en torno nuestro se ciernen
fatídicos é impalpables;
en esas horas que digo,
y al través de los cristales,
de la estancia en que yacía
ví una sombra dibujarse.
—¿Quién va? pregunté medrosa
tratando de incorporarme.
—"No griteis, la sombra dijo,
soy yo, Gonzalo de Ataide."
¡Ay Lope!.... Mi voz tan sólo
pudo decir,—"¡Dios me ampare!"

Y cayendo desplomada
sin sentido en el instante,
en brazos de aquel vampiro
quedóse mi honor cadáver."—
Inés calló á estas palabras,
muda se cubrió el semblante,
y Lope lanzó un suspiro
que hizo estremecer los árboles.
Siguió otro largo silencio
á esta historia lamentable:
dormido el viento en las hojas
ni aun columpiaba el ramaje,
y sólo de vez en cuando
resonaban en el aire,
de la fuente los murmullos,
y del ruiseñor los ayes.

## VI.

—Prosigue, al fin dijo Lope,
prosigue Inés, y repara
que el cántico de los gallos
anuncia próxima el alba.—
—¿Qué más quieres que te diga?
repuso Inés desolada:
desde aquella aciaga noche
llevo la muerte en el alma.
Siempre temblando de miedo,
de mí misma avergonzada,
ni aun al espejo me asomo
por no mirarme la cara.
Más de una vez á mi padre
quise contar mi desgracia,

y siempre lo han impedido
los respetos de sus canas.
¿Á qué revelar al pobre
la desdicha que me mata?
¿Á qué contarle mi afrenta
si no ha de poder vengarla?
Á poco de tal suceso,
y corridas dos semanas,
el tal Gonzalo de Ataide
se entró un dia por mi casa.
—"Don César, dijo á mi padre,
el amor de Inés me embarga,
noble soy y hacienda tengo,
vengo por su mano, dádmela."—
Mi padre volvió los ojos
al punto donde yo estaba,
y me dijo:—"¡Ya has oido,
contesta tú á esa demanda."—
Levantéme de mi asiento
trémula de horror y rabia,
y repuse:—Ántes que suya,

quiero, padre, la mortaja;
si fué su demanda pronta,
mi respuesta es breve y clara.—
Mudo le miró mi padre,
Ataide dejó la estancia,
y murmuró al despedirse
estas torcidas palabras:
—"Amor, honor y nobleza
me han traido á vuestras plantas;
mas, pues, no quereis mi mano,
sed feliz, y Dios os valga."—
Quiso disculpar mi padre
mi altivez y mi arrogancia,
mas Ataide sin oirle
dejó desierta la sala.
Desde entonces, Lope mio,
devoro esta pena amarga;
que vivir como yo vivo
es una muerte abreviada.
Tú puedes de este sepulcro
sacarme, si es que me amas,

si es que te duelen mis penas,
si es que me juzgas honrada.
Por tal, mi historia te he dicho,
juzga como juez y falla;
ya que mi secreto sabes,
resuelve lo que te plazca;
ó abandóname á mi suerte,
ó habla á mi padre mañana.—
Calló Inés, alzóse Lope,
cogió el sombrero y la capa,
y en són de quien se despide
repuso con voz turbada:
—Tu noble lealtad me admira,
tu desventura me pasma,
pero entre amor y entre celos
mi pobre razon naufraga.
Yo no sé, Inés, qué decirte;
¡tal tu desdicha me espanta!
mas para obrar con acierto,
necesito tener calma.
Hoy, ni esperanzas te quito,

ni te prometo esperanzas,
que quiero hacer á mis solas
la diseccion de tu causa.
Que te adoro, tú lo sabes,
¡ojalá no te adorara!....
que á no adorarte estuviera
con más sosiego en el alma.
Ábreme al punto esa puerta
que en mal hora me dió entrada,
que ya despunta la aurora
entre nubes de oro y nácar.—
Inés, callada y doliente
quitó á las puertas la guarda,
y Lope salió á la calle
aun dormida y solitaria.
Un largo espacio en la puerta
tuvo la frente apoyada,
como escuchando alejarse
de Inés las breves pisadas.
Y al cabo estampando un beso
del jardin sobre la tapia,

echó á andar, lento, sombrío,
y mudo como un fantasma;
en tanto que Inés llorando
se arrojó sobre la cama,
cuando ya al cielo subia
la aurora teñida en grana.

## VII.

### Lope á Inés.

"Desde el lecho en que me tienen
mi pena y tu desventura,
te escribo, Inés desdichada,
lleno de mortal angustia.
Que siendo tan grave el caso,
y tu ofensa tan oculta,

quisiera que lo ignorasen
hasta el papel y la pluma.
Tres noches llevo de insomnio,
tres noches de brega y lucha
entre el amor que te tengo,
y entre el dolor que me abruma.
La ofensa de tí me aparta,
el amor á tí me empuja,
y en este combate fiero
llora el amor, mas no triunfa.
Ofensas que al honor tocan,
(y al honor toca la tuya)
puede un amante vengarlas,
pero consentirlas nunca.—
Sé que la traicion no infama,
que la vileza no injuria,
que en estos casos la mengua
es del que infiere la culpa:
Mas sé tambien que si un hombre
acepta ofensa tan cruda,
menguado, cobarde y torpe,

toda la infamia hace suya.
En matar pienso al villano
que así tu vida atribula:
¿mas qué gano en provocarle
si ántes la causa divulga?....
Lograré sólo en matarlo
castigar su hazaña impura;
mas tu deshonra ante el mundo
quedará fuera de duda.—
Si á traicion le arranco el alma,
por más que contigo cumpla,
¿no se alzará en mi conciencia
la voz que al crímen acusa?—
¿Cómo dormiré en tus brazos,
sin que á mi memoria acuda
el recuerdo de esa noche
que en mi mente se dibuja?
Querré estrecharte en mi seno,
besar tu boca de púrpura,
contemplarme en esos ojos
que de amor mi pecho inundan;

y al recuerdo de ese agravio
que me avergüenza y conturba,
sentiré hallar en tu boca
en vez de tu amor, cicuta.
¡Dios de mis celos te libre,
Dios te libre de mis furias,
si en esas horas de gozo
recuerdo tan vil me punza!
Que aunque te juzgo inocente,
y te considero pura,
si enroscados en mi pecho
los celos mi saña azuzan,
Aunque tus ruegos me griten
y el cielo te preste ayuda,
tal vez mis brazos te ahoguen
la noche de nuestras nupcias.—
Para evitarme tal crímen
y evitarte tal tortura,
forzoso es, Inés, que en ambos
toda esperanza concluya.
Cuando, há tres noches, tu puerta

se cerró tras mi fortuna,
besé el muro de tu casa
con hondísima amargura.
Losa juzgué aquella tapia,
tomé tu jardin por tumba,
y en él dejé para siempre
mis esperanzas difuntas.
Para siempre no; ¡mal dije!
Que aun Dios por su gracia suma,
puede vengarte y hacerte
de tu infamador viuda.
Si esto ocurre, Inés del alma,
y ¡permita Dios que ocurra!
llama á gritos á tu Lope,
que aunque la tierra le cubra,
nuevo Lázaro á tu acento
saldrá de su sepultura "—

---

Recibió Inés esta carta,
leyóla espantada y muda,
y luégo arrojando un grito
cayó al suelo moribunda.

## CONCLUSION.

Allá en la calle de Francos,
en el jardin de su casa,
despues de regar sus flores
á la sombra de unas parras,
cuando ya la vejez fria
ornaba su sien de plata,
esta dolorida historia,
en muestra de confianza,

á su amigo Alonso Perez
contó Lope una mañana.
Al terminar su relato
lanzó un suspiro del alma,
como el eco misterioso
de una voz triste y lejana.—
—¿Qué fué de Inés? dijo Alonso:
y Lope con risa amarga,
murmuró:—"Á los pocos años,
la ví en el Prado, y casada."—
—¿Con Ataide?
—No, con otro.
—Vive Cristo que me extraña!....
—¿Por qué así? repuso Lope;
tal es la flaqueza humana:
todo lo destruye el tiempo,
todo en la vida se acaba.
—¡Ejemplo triste es por cierto!
¿por qué no haceis una farsa,
que convertida en comedia
el mundo admire y aplauda?

—No, Perez, repuso Lope,
asuntos de esta importancia,
buenos son para sentidos,
no para sacarse á plaza.
Flores son de nuestra vida,
glorias de la edad dorada;
quien tales secretos vende
sus propias dichas profana.
Cuando el seso evoca triste
estos risueños fantasmas,
¡ay! parece que la vida
nuevamente se restaura,
y que aun pueden realizarse
las perdidas esperanzas.
¡Pobre Inés!.... Aun su memoria
todo mi espíritu encanta:
¡Cuánto la amé, Alonso Perez!
¡Cuál su recuerdo me embarga!

---

Y refrenando un suspiro,
y conteniendo una lágrima,
dando á su voz otro tono
y otro giro á sus palabras,
exclamó: — "Vamos arriba,
vamos, Perez, á la sala,
que ya la mesa está pronta
y en ella el almuerzo aguarda." —

---

CONSECUENCIAS

DE

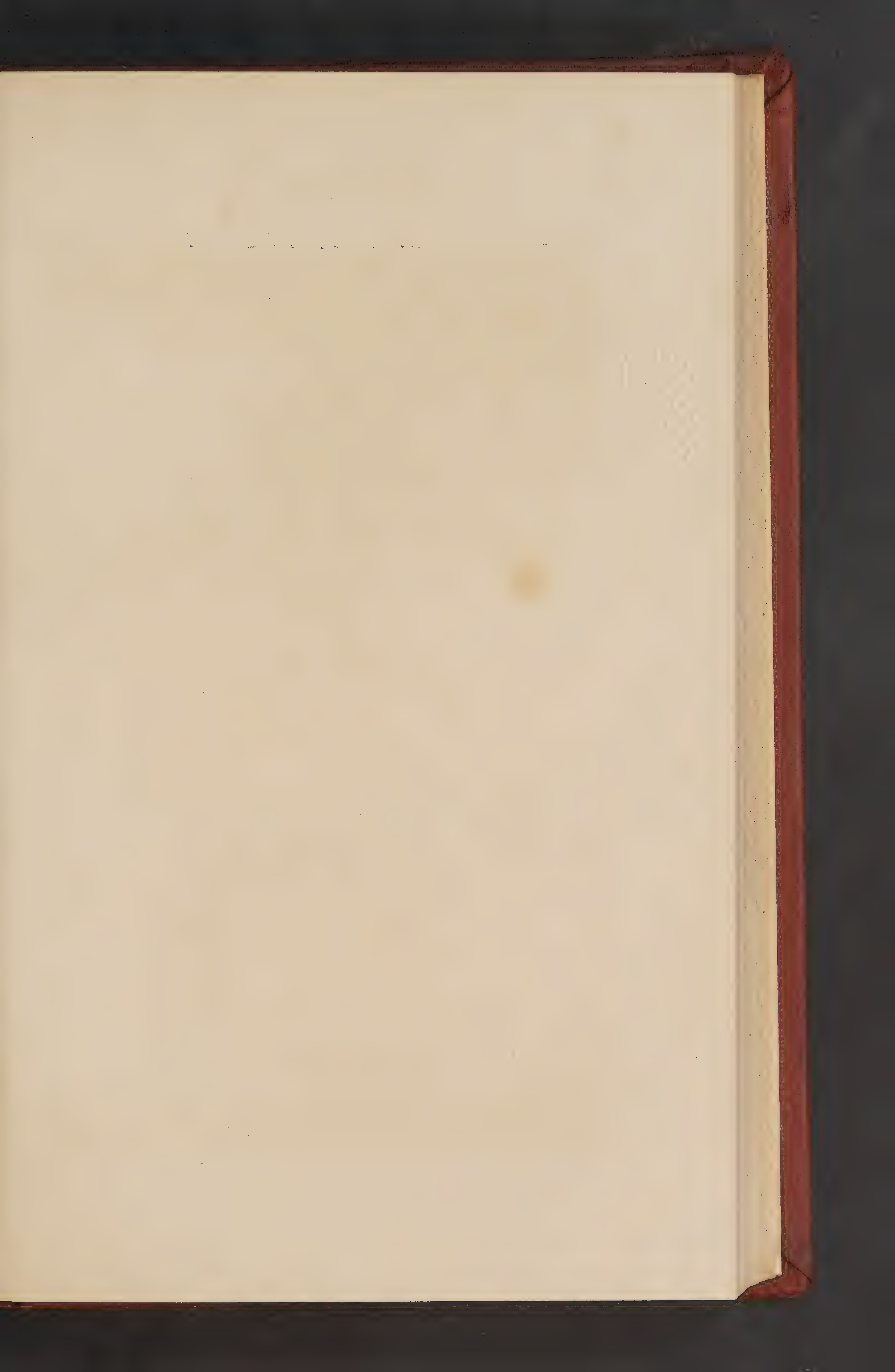
# UN PASEO POR LA CALLE MAYOR

EN UN DOMINGO DE RAMOS DEL SIGLO XVII.

1611.

*¡Tristes de nosotros,*
*dichosos aquellos*
*que el mundo alcanzaron*
*en su nacimiento!*
*De la edad de oro*
*gozaron sus cuerpos;*
*pasó la de plata,*
*pasó la de hierro,*
*y para nosotros*
*vino la de cuerno.*

**QUEVEDO.**—**Letrilla.**





CONSECUENCIAS DE UN FASEO EN LA CALLE MAYOR.

# UN LANCE DE QUEVEDO.

## I.

Á la gala y á la flor
del cortesano ornamento,
sirvió un dia de aposento
la extensa calle Mayor.
Rica en talleres y oficios,
mar de eterna granjería,
dábanla honor á porfía
damas, tiendas y edificios.
Punto vistoso y central,
y emporio de gentileza,
comenzaba su grandeza
en San Felipe el Real.

Y buscando digno fin
á su extensa bizarría,
se deslizaba y corria
como pintado jardin,
hasta que de pompa llena
hallaba su acabamiento,
donde tiene altar y asiento
la Vírgen de la Almudena.
Difícil era, en verdad,
así admirada en conjunto,
descubrir punto por punto
su riqueza y variedad.
Pues causaba maravilla
y encanto á la vista daba,
cuanto la calle acopiaba
para lustre de la villa.
Comenzada á examinar
desde su primer portento,
era forzoso el convento
de San Felipe admirar.
Porque habiendo con hartura

derramado sobre él,
pasmos de gusto el cincel,
y asombros la arquitectura;
dábanle mayor valía
haciendo honor á su entrada,
una ancha lonja ferrada
y una extensa gradería.
Sitio de amena reunion,
punto de eterno recreo,
donde siempre halló el deseo
cumplida satisfaccion.
Más bajo, en otro espacio,
en ruda forma naciente,
cimientos echaba enfrente
un asomo de palacio;
en cuyo vasto recinto,
aun se albergaba y vivia
la pública Mancebía,
en tiempos de Cárlos Quinto.
Quizás con fin de purgar
sitio de tal impureza,

alzaba allí la grandeza
monumento singular.
Pues vino, por raras leyes
de compensacion, á ser,
lugar donde iban á ver
las procesiones los Reyes.
Que solo á tamaño honor
debióse con alta gloria,
que allí acabase la historia
que afrenta fué del amor.—
Ya brillaba en tales dias
por uno y por otro lado,
un caserío adornado
de rejas y celosías;
tras cuyos hierros traidores
más de un galan cortesano,
besó atrevido una mano
al dar un ramo de flores.
Sabido es hoy y es notorio
que en medio de la tal vía,
San Felipe Neri un dia

tuvo un pequeño oratorio.
Pobre, estrecho, baladí,
y escaso en magnificencia,
nadie sabe á cierta ciencia
el por qué se fundó allí.
Mas si se llega á pensar
que calle de tanto embrollo,
era más que calle, escollo
imposible de salvar,
fácil es dar la razon
que tener en cuenta pudo,
quién allí forjó un escudo
contra toda tentacion.
Quizás, entre la algazara
del concurso que asistia
á lo que fué en algun dia
Puerta de Guadalajara,
sintió su primer hervor
el que por dicha y fortuna,
tuvo en esta calle cuna
dando á su pátria esplendor.

Lope digo; el genio aquel
que remontando las alas,
al cielo robó las galas
y á Apolo el rico laurel.
¡Cuántas horas de alegrías,
cuántas quizás de tormento
pasó Lope en su aposento
cerca de las Platerías!
Quizás mil voces confusas
en són de riña soez,
rompieron más de una vez
sus coloquios con las musas;
que era imposible aguantar
el incesante hervidero,
que alzaba allí un pueblo entero,
ya al subir ó ya al bajar.—
Frente casi á su balcon
tambien asiento tenía,
la casa donde vió el dia
años despues Calderon.
El genio rico y profundo

que aspirando á igual memoria,
partió con Lope la gloria
y la admiracion del mundo.
¿Quién por tal sitio al cruzar
un punto se detendria,
á mirar con ufanía
recinto tan singular?
Nadie; pues siendo en razon
aquel sitio mar de antojos,
hallaban en él los ojos
otras causas de atencion.
Las tiendas, los mercaderes,
el hervir de los rufianes,
la risa de los galanes,
la charla de las mujeres:
los mil enredos de amor
que allí acopiaba la villa;
los fieros de algun golilla
con el pobre vendedor;
los alardes de un indiano
cerca de alguna tapada;

la duda casi fundada
de un marido ó de un hermano;
el lujo deslumbrador
de un barbilindo engreido,
y tanto y tanto vestido
de tanto y tanto color,
todo por aquellos dias
se agitaba allí en tropel;
¡que era mucho sitio aquel,
aquel de las Platerías!
Más abajo, por dó el Cid
dicen que entró á rienda suelta,
se alzaba formando vuelta
la casa de los Madrid.
Y al par de ella, á maravilla
ostentaban sus blasones,
las casas de los varones
que conquistaron la villa.
Pues con igual presuncion
daban de su lustre señas,
el palacio de Lodeñas

y el palacio de Luzon.
Que allí el acaso quizá
juntó en brevísima historia,
cuanto trofeo de gloria
honor á la córte da.
La casa del adalid
que al muro trepando un dia
dió famosa nombradía
á los Gatos de Madrid:
La Torre de los Lujanes,
en cuyo oscuro recinto
el rival de Cárlos Quinto
devoró tantos afanes;
La que junto al Salvador
puso los bandos á raya,
siendo gigante atalaya
que alzó el Concejo en su honor;
Las que sirviendo de almete
corona de su edificio,
alzó para su servicio
el buen marqués de Cañete;

y otros monumentos vanos
por su ostentosa apariencia
que alzaron en competencia
los Cuevas y Bozmedianos,
hicieron que en un transporte
de admiracion verdadera
álguien más tarde dijera:
"*¡Tan solo Madrid es Córte!*"—
Y no es bien pararse aquí,
despues de tales portentos,
á celebrar los conventos
que la fe levantó allí;
Porque para dar por buena
á calle tan principal,
bastábale á su final
la Vírgen de la Almudena.
Esa Vírgen que acogió
el grito de espanto y miedo
que el buen Don Juan de Escobedo
al dar el alma exhaló,
en la calleja que goza

de fama bien desdichada
por tal hecho, y dar entrada
al palacio de Mendoza.
¡Triste y funesto recinto
de una tragedia de amores,
cuyos negros pormenores
sabe la Torre de Pinto!
En fin, clavando la rueda
de su fortuna, alzó un dia
frente de Santa María
rico palacio el de Uceda.
Palacio bien conocido
y harto entonces visitado,
como córte de un privado
con ribetes de valido.
Que allí haciendo ostentacion
de plumas, lazos y encajes,
iban altos personajes
y damas de distincion,
á respirar y á beber
en sus preciados salones

las dulces emanaciones
que exhala siempre el poder.—
¡Tal de la calle Mayor
fué la gala y bizarría!...
¡juzga, lector, si sería
cosa de gusto y primor!

## II.

Al toque alegre y festivo
de las sonoras campanas,
á esta calle acudió un dia
Madrid entero de gala.
Era el tal dia domingo,
domingo por la mañana;
de esas mañanas que infunden

calor y vida en el alma.
El cielo estaba sin nubes,
la atmósfera limpia y clara,
el aire lleno de esencias,
la calle de luz bañada.
De los altos miradores
ricos tapices colgaban;
y tal conjunto ofrecian
en ellos flores y damas,
que era imposible por cierto
decidir á una mirada,
si era un prado cada reja
ó un jardin cada ventana.—
¿Qué inesperado suceso,
ó que fiesta extraordinaria,
de tanto esplendor cubria
calle tan privilegiada?
Á juzgar por el concurso
que á los templos se agolpaba,
fácil, de tal movimiento,
era adivinar la causa.

Haces de oliva y romero,
bosques de floridas palmas,
con sus lazos de colores,
con sus broches de esmeraldas,
pomposamente advertian
que la Iglesia festejaba,
la entrada triunfal de Cristo
por la ciudad Sacrosanta.
Era el Domingo de Ramos;
principio de esa semana
que empieza en galas y flores,
que en llanto y en luto acaba.
De esa semana tremenda
de altos misterios preñada,
al traves de cuyas sombras
se abre un mundo de esperanzas.
¿Qué mucho que todo un pueblo
nacido en la fe cristiana,
llenase en tan fausto dia
calles, átrios, templos y aras?
Pero bueno es que se diga

que no todo el que bajaba,
iba á fiesta tan solemne
del santo fervor en alas.
Pues siendo al favor supremo
rebelde la raza humana,
y como dada al pecado
poco accesible á la gracia,
cuantos, manjar para el gusto
en aquel sitio encontraban,
dejaban divinas glorias
por terrenas bienandanzas.
¿Y qué extraño que así fuera,
si el diablo, que no descansa,
era en tal sitio tendero
de redes, lazos y trampas?
¿Qué extraño que esto ocurriese
allí, donde siempre hallaban
aliciente los antojos,
dulces promesas las ansias,
correspondencias las señas,
satisfaccion las miradas,

cumplimientos los deseos
y realidad las palabras?
Además, en aquel tiempo
era popular usanza
regalar palmas y ramos
los mancebos á las damas.
Y como tales ofrendas
eran al punto aceptadas,
(más como emblemas de amores
que como reliquias santas),
por el color de los lazos
con que á las rejas se ataban,
hallaban medios las niñas
de ingeniosa y fácil traza
para dar satisfacciones
á las amantes demandas.
Si era purpurino el lazo,
correspondencia indicaba;
si era verde, harto se sabe
que lo verde es esperanza;
Si era negro, se entendia

que el amor no se aceptaba;
y en fin, si ostentaba el ramo
un lazo de cinta blanca,
aquella cinta decia
á todo el que la miraba:
"aquí vive una doncella
que el primer amor aguarda."
¿Qué mucho, pues, que á tal calle,
y al clamor de las campanas,
acudiese en este dia
Madrid entero de gala?
¿Y qué mucho que á tal fiesta
diesen visos de profana
la gresca de los mancebos,
la risa de las muchachas,
el murmurar de los pajes,
el gruñir de las beatas,
y el contínuo clamoreo
que alzaban las valencianas
al mostrar sus mercancías
á galanes y tapadas?

¡Ni era cosa de sorpresa
que en medio de aquella zambra
se levantase un tumulto
de votos y cuchilladas!
Pues por si el manto era rico
ó si era pobre la falda;
por si el chapin era breve
ó si era el guante de ámbar,
tales pendencias nacian,
tales conflictos se armaban,
que lo que empezaba en risa
en duelo y sangre acababa.
¡Y cuidado si una seña
era acaso interpretada
por dos bizarros mancebos
que rivales se juzgaran!
Porque despues del paseo
que tras la fiesta se daba,
San Blas, la Tela ó el Angel,
ó cualquiera encrucijada,
eran tremendo teatro,

campo abierto y ancha plaza,
donde al valor ó á la suerte
los dos la vida jugaban.
Pues era en aquellos tiempos
tan suspicaz la arrogancia,
tan repetidos los duelos,
tan contínuas las jaranas,
que desde entonces se dice,
y aun hoy por proverbio pasa,
lo de "No hay fiesta sin riña,
ni procesion sin tarasca."

## III.

Hecha una rosa de Mayo
por lo garrida y lozana;
cubierta de seda y oro
desde el cabello á la planta;

mal escondido el semblante
entre trasparentes gasas,
y mostrando un pié ligero
bajo un faldellin de plata,
dicen, los que de aquel tiempo
cuentan la historia bizarra,
que al alto de Platerías
llegó en tal dia una dama.
La riqueza de su traje,
lo vistoso de sus galas,
lo gallardo de su porte
y el conjunto de sus gracias,
de tal manera infundian
respeto en quien la miraba,
que dicen que apenas hubo
quien osase requebrarla.
Que era hermosa, lo decia
su mal encubierta cara;
que era rica, estaba claro,
pues de ello señales daban
la pompa de sus vestidos

y el valor de sus alhajas.
Y en fin, de su ilustre cuna
y esclarecida prosapia,
daba testimonio un paje
que detrás de ella marchaba,
llevando un cojin preciado
con pasamanos y randas,
en cuyo centro lucia
el escudo de sus armas.
Muy cerca ya de la calle
que ofrece á Santiago entrada,
salió á su paso un mancebo
de buen talle y mejor traza.
Llevaba un ancho sombrero
con lazos y pluma blanca;
golilla de encaje fino,
rico jubon de escarlata,
calzon igual con remates
de azabache, media clara,
zapato ornado de lazos,
tacon de color de grana,

cinturon de terciopelo,
y pendiente de él la espada.
Que era osado, lo decian
los perfiles de su cara:
que era rico, estaba claro,
pues de ello señales daban,
la pompa de sus vestidos
y su altivez extremada.
Y, en fin, de su ilustre cuna
y esclarecida prosapia,
daba testimonio un paje
que detrás de él caminaba,
llevando un cojin preciado
con pasamanos y randas,
en cuyo centro lucia
el escudo de sus armas.
Al verle, detuvo el paso
llena de asombro la dama,
y el suyo alargó el mancebo
por llegar á saludarla.
Tal vez más de un paseante,

con sobrada suspicacia,
juzgó cita aquel encuentro
con asomos de emboscada.
Pero al fijarse un momento
en la luz de las miradas,
cualquiera hubiera advertido
que aquella escena tan rara,
era el preludio tremendo
de una singular batalla,
que vino al cabo á romperse
con semejantes palabras:

Dama.

Si en algo teneis mi honor,
dejadme, por vida mia,
que á fe que tanta porfía
tiene visos de rigor.
Ya tan solícito amor
el límite justo pasa;
y si aquí no poneis tasa

á la fuerza que me haceis,
cuidad que me obligareis
á que me vuelva á mi casa.

Galan.

Mucho siento por mi honor
no ceder en mi porfía,
que á tal me obliga á fe mia
vuestro extremado rigor:
la violencia de mi amor
el humano esfuerzo pasa;
quisiera ponerle tasa,
mas que es inútil vereis,
porque si á casa os volveis,
yo os seguiré á vuestra casa.

Dama.

¿Es decir, que está demás
poner raya á tal quimera?

¿Es decir, que adonde quiera
me habeis de seguir detrás?
¿Conque no podré jamás
vencer vuestro desvarío?
¿Conque mi eterno desvío
no tendrá con vos poder,
estando resuelto á ser
tirano de mi albedrío?

¿Conque no estais satisfecho
con dar vado á mil rumores
vistiendoos con mis colores
sin permiso ni derecho?
¿Conque vuestro duro acecho
habré siempre de sufrir,
y no lo podré impedir,
pues no me habeis de dejar,
ni de dia sosegar
ni por las noches dormir?

Pues mirad cómo ha de ser;
porque es necia presuncion,
pretender tan sin razon
obligar á una mujer.
Que yo no os puedo querer,
dicho está con demasía:
conque ved, por vida mia,
quién triunfará de los dos;
si de mis desdenes vos,
ó yo de vuestra porfía.

Galan.

Cuanto hagais está demás;
pues fijo en esta quimera,
yo os seguiré adonde quiera
como una sombra detrás.
Que no venceré jamás,
es acaso un desvarío;
sufriré vuestro desvío,
pero poco he de poder,

ó al fin y al cabo he de ser
dueño de vuestro albedrío.

Ya veis cómo voy al hecho,
pues, provocando rumores,
hoy visto vuestros colores
sin licencia ni derecho:
siempre de vos en acecho
hasta que os logre rendir,
me tendreis que resistir,
pues no os habré de dejar,
ni de dia sosegar
ni por las noches dormir.

Bien sé que os puedo ofender
con tan dura pretension;
pero está mi corazon
interesado en vencer:
sois tenaz, pero mujer;
yo amante y con osadía:
conque ved, señora mia,

quién triunfará de los dos;
si de mi insistencia vos,
ó yo de vuestra porfía.

Dama.

¿Conque no me he de librar
de tan importuno asedio?

Galan.

Será en vano, aunque por medio
pongais la tierra y el mar.

Dama.

Ved que tan recio apurar,
en ningun noble está bien.

Galan.

Ved que tan duro desdén
es quien mi audacia provoca.

Dama.

Ved que de enojo estoy loca.

Galan.

Ved que yo lo estoy tambien.

*(Momento de pausa.)*

Dama.

Pues desatentado y ciego
os mostrais tan mi enemigo
que ningun favor consigo
de la súplica y del ruego,
seguid; mas no extrañeis luégo
que amparo y ayuda pida;
pues mujer y perseguida,
bien es que busque favor
contra el que con torpe amor
pretende ser mi homicida.

### Galan.

¡Oh!.... no altera mi sosiego
la amenaza de un castigo,
que no ha de poder conmigo
lo que no ha podido el ruego.
No importa que torpe y ciego
cuentas un galan me pida:
dama vos y perseguida
bien es que busqueis favor,
mas yo no cejo en mi amor
aunque me cueste la vida.

---

Y terminando el coloquio
los dos en són de amenaza,
detrás él y ella delante
por la calle Mayor bajan,
admirando á los curiosos
que en tal ocasion poblaban
lonjas, átrios y portales,
miradores y ventanas.

## IV.

Frente á frente á la plazuela
que es de la villa blason,
se alzaba entonces un templo,
templo de San Salvador.
Archivo de añejas glorias,
rico en trofeos de pró,
mostraba sobre su puerta
el ya enmohecido balcon
de la estancia adonde un dia
de Alfonso onceno á la voz
diz que vinieron á Córtes
con gran pompa y esplendor,
los hidalgos de Castilla
y los nobles de Leon.

Coronando este edificio
del Concejo guardador,
se levantaba sombrío
un famoso torreon,
que fué en altura y grandeza
soberbio competidor
de la torre que la córte
sobre Santa Cruz alzó.
Tal vez á aquesta atalaya
la popular narracion
mil historias referia
de hazañas de gran valor;
pues no habiendo en este templo
cosas de más atencion,
en algo estribar debia
el aplauso y el favor
que de la córte y del pueblo
por aquel tiempo gozó.
Y es el caso, que agrupados
en amigable reunion,
contemplando del concurso

el lujo deslumbrador,
se hallaban varios mancebos,
que, á juzgar por su expresion,
eran hidalgos de seso
y espíritu observador.
Tal vez á guisa de zumba
y de alegre burla en són
criticaban á los necios
que hervian en derredor,
y alguno se lamentaba
de aquella generacion
que iba perdiendo sus brios
de los placeres en pos;
pues el más serio de todos
y el más áspero de humor,
murmuraba aquestas frases
con asomos de razon:
—"Á cascajo suena el mundo;
sin duda nos deja Dios,
pues en achaques de vicio
vamos de mal en peor.

Muriendo está la vergüenza,
que mala landre la entró
de ver que todo lo puede
el dinero pecador.
Mátanla los genoveses
á pellizcos de bolson,
que el que más tiene más vale,
y el que más gasta es mejor.
Hoy las damas correntonas,
siguiendo el uso buscon,
truecan suspiros por doblas,
y á peso dan el amor.
El único que se corre
de tan vil transformacion,
es el pobre de Cupido;
pues como ve con rubor,
que solo alcanzan las galas
lo que ya sus flechas no,
anda buscando prestadas
unas calzas y un jubon,
para remediar sus carnes

curtidas á puro sol.
¿Qué dijera, vive el cielo,
el buen Hernan de Alarcon,
si ahora asomase á esa torre
su gesto amenazador?
¿Qué dijera de estos tiempos
al ver á tanto varon
sin brizna alguna de seso
y sin pizca de pudor?
¿Qué dijera de los dengues
de tanto barbilindon
como bulle y se rebulle
por esta calle Mayor?
¿Qué dijera de esas niñas
con caras de tornasol,
que por tomar el acero
suelen tomar el doblon?
¿Qué dijera al ver trocadas
en dura espina la flor,
la valentía en jactancia,
el saber en presuncion,

la virtud en mercancía,
en vileza el pundonor,
en poquedad la entereza,
y en ruindad la discrecion?
Si esto con Hernando vieran
el galan Emperador,
y aquel Cardenal ilustre
que tanta gloria alcanzó,
sospecho que amostazados
de tal afeminacion,
á coces emprenderian
con tanto rufian traidor,
como sin pena ni duelo,
y como sin ton ni són,
enlodazan los laureles
con que Marte engalanó
la plazuela de la Villa
y la plaza del Cordon."—

---

Iba á seguir su discurso
el galan predicador,
cuando al sitio donde estaba,
bella una dama llegó,
murmurando aquestas frases
con suplicante clamor:
—"Amparadme, caballeros,
prestadme ayuda, por Dios,
que el que me viene siguiendo
viene en contra de mi honor."—
Á estas voces, el concurso
paso á la dama dejó:
púsose de parte de ella
al momento el del sermon,
y ante su ademan paróse
el galan perseguidor.
Miráronse de hito en hito
y en faz de riña los dos,
brotando fuego los ojos
y soberbia el corazon.
Al cabo de un breve instante

uno el silencio rompió,
y entablóse este coloquio
entre amante y defensor:

El defensor.

De aquí no habeis de pasar,
ó conmigo os vais á ver.

El amante.

Pues mirad cómo ha de ser,
porque yo pretendo entrar.

El defensor.

Será inútil porfiar.

El amante.

¿Me amenazais?

El defensor.

Sí por cierto.

El amante.

Pues abrid paso.

El defensor.

Os advierto

que soy muy terco.

El amante.

Y yo, á fe.

El defensor.

Pues bien, si moveis un pié,

por vos tocarán á muerto.

El amante.

¿Es propia de este lugar
una agresion tan aleve?

El defensor.

En cualquier parte se debe
á una mujer amparar.—
No sois vos quien me ha de dar
lecciones de alto saber,
pues sospecho que ha de ser
poco galan y discreto,
quien tan sin ley ni respeto
atropella á una mujer.

El amante.

¿Sabeis si tengo razon?

El defensor.

Ni me importa conocella:
bástame solo el que ella
me demande proteccion.

Conque ved en conclusion
lo que os dicta el interés;
si reñir, riñamos pues,
que ya hagamos bien ó mal,
presumo que cada cuál
obrará como quien es."—

Y echando mano á la espada
con fiera resolucion,
iba á emprender á mandobles
con el galan agresor,
cuando por medio del corro,
suspendiendo la funcion,
con talante autorizado
un caballero se entró.
—¿Qué es esto? dijo en voz alta;
¡Duelos en tal ocasion!
¿Cómo á tal cosa se atreven
junto al templo del Señor?
Mas, ¿qué veo? ¡Dos personas
de linaje y distincion

riñendo aquí y en tal dia!
¡Está bueno, vive Dios!
—Ilustre conde de Lemos,
dijo el noble defensor;
por la causa que aquí riño
riñera en la iglesia yo,
que aquí defiendo una dama
contra una torpe agresion.
Huyendo de este mancebo,
amparo me demandó;
con dárselo, cumplo y obro
como hidalgo y español.
—Mancebo, ¿de todo aquesto
que teneis qué decir vos?
¿Callais? ¿tornais la cabeza?
¿No me dais contestacion?
¡Que así se conduzca un hijo
de un buen Alcalde Mayor!
¡Hola!.... acerquen mi litera,
que sale la procesion:
suba en ella aquesa dama;

y en premio de su valor,
acompáñela á su casa
quien como bueno cumplió.
Vos, desacordado mozo,
id á la vuestra en prision;
y si salís á la calle
en tres dias, juro á Dios,
que os ponga donde en diez años
no volvais á ver el sol."—

---

Y ejecutándose al punto
cuanto dispuso su voz,
desvanecióse el concurso,
que alegremente aplaudió
del buen Don Pedro de Castro
la noble resolucion.

## V.

La noche del Jueves Santo
era por aquellos tiempos,
más que noche de oraciones
noche de fiesta y de enredos.
Puntos de cita obligados
eran entonces los templos,
que eran *muy fieles* entonces
las damas y los mancebos.
Las lonjas, siempre pobladas,
eran el vivo reflejo
de una feria extraordinaria
con sus tiendas y sus puestos;
que en todas partes habia,
para débiles ó hambrientos,
cajones de confituras,

armatostes de buñuelos,
mesas con pastas y hojaldres,
y pastelones rellenos.
Gritaban los vendedores
como en un mercado abierto,
juzgándose desde fuera
libres de todo respeto.
Los chicos compraban tortas,
bollos y hojaldres los viejos,
las mozas roscas y anises,
y los mozos dulces secos.
Y entre la gresca y la zambra
de tan gentil jubileo,
sobre el murmullo se oia
el grave y sonoro acento
del fraile que predicando
exclamaba desde dentro:
—"Hijos, haced penitencia,
mortificad los deseos,
quebrantad los apetitos
y atormentad vuestros cuerpos;

guardad fieles el ayuno
que es de la gula el remedio;
que el que ayuna eternamente
gana el reino de los cielos."—
Y las gentes que escuchaban
tan provechosos consejos,
en són de zumba decian,
(y entre dientes, por supuesto):
—"Bien habla el padre, por Cristo;
el ayuno es lo primero,
mañana será otro dia,
y mañana ayunaremos."—
Y unos compraban pasteles,
otros compraban buñuelos;
y en solemnidad del dia,
y en honor de sus misterios,
los chicos tragaban tortas,
bollos y hojaldres los viejos,
las mozas roscas y anises
y los mozos dulces secos.

———

Dentro de los templos era
el asunto algo más sério;
en medio de los altares
brillaban los Monumentos,
á cual más rico y vistoso,
de flores y luces llenos.
En torno la guarda hacian
mil damas y caballeros;
Ellas prendidas y hermosas,
de gala y vistosos ellos,
lanzándose mútuamente,
entre suspiros y rezos,
miradas harto profanas,
frases en són de requiebros.
Las entradas y salidas
eran todo un hormiguero
de mendigos y rufianes,
de ladrones y gaiteros;
Y eran tales los apuros
y tan graves los aprietos,
que dentro y fuera se oia

un contínuo clamoreo
de votos y de por vidas,
de pesies y de reniegos.
No era el cuadro edificante
ni de muy cristiano ejemplo;
mas tal como el cuadro era,
tal, lector, te lo presento.
Á qué punto llegaria
la profanacion, lo dejo
á tu cristiano juicio
y á tu claro entendimiento.
Bástete saber que al cabo
un rey piadoso y discreto,
dió una pragmática entonces
para ahogar tales excesos;
pues era tal la franqueza,
tal la licencia y extremo
á que en materias tan graves
osaron nuestros abuelos,
que á no poner el rey mano
con gran discrecion en ello,

Dios sabe adonde llegaran
las faltas de miramientos,
como tú juzgarlo puedes
por el siguiente suceso.

---

La noche de Jueves Santo
del año á que me refiero,
en San Martin se ostentaba
magnífico el Monumento.
Estaba hermosa la iglesia,
hecho el altar un lucero,
el coro lleno de frailes,
y el abad con mitra y cetro.
Cantábanse las tinieblas
con santo recogimiento;
escuchaba el auditorio
aquel cántico en suspenso,
cuando un extraño ruido
seguido de un *ay* supremo,
interrumpiendo los salmos
dejó á la iglesia en silencio.

¿Qué fué aquello? No se sabe,
solo algunos fieles vieron
á los piés de un hombre airado
una mujer en el suelo.
Abrióse entre aquel concurso
paso un airado mancebo,
y cogiendo por un brazo
al autor de aquel exceso,
sacólo mal de su grado
hasta la lonja del templo.
Y una vez fuera, le dijo
con voz ronca y torvo ceño:
—"Quien á su Dios no respeta
no tiene entrañas de bueno;
quien hiere el rostro á una dama,
ni es noble ni caballero:
Sacad al punto la espada
si á reñir no teneis miedo,
porque á negaros cobarde
os mato aquí como á un perro."—
Y sin otras discusiones,

ni otras disculpas ni peros,
ambos con rabia sañuda
en el átrio se embistieron.
La lucha duró muy poco,
porque en ménos de un momento
cayó el agresor de espaldas
con una herida en el pecho.
—"Dios te ampare," exclamó el vivo,
viendo á su adversario muerto.—
Y los que vieron la riña,
llenos de terror huyeron.
Dobló el mancebo una esquina
con gran reposo y sosiego;
la iglesia apagó las luces,
el átrio quedó desierto;
y cuando al cabo la ronda
llegó á entablar el proceso,
solo un testigo, uno solo,
que vió aquel lance tremendo,
dijo en secreto al alcalde:
—"El matador fué QUEVEDO."—

# CONCLUSION.

Nápoles 20 de Mayo de 1611.

QUEVEDO AL CONDE DE LEMOS.

"Ya me tiene aquí ucelencia
libre de toda inclemencia;
que, á su afecto y mi fortuna,
debo que el duque de Osuna
hoy ampare mi existencia.

Para salir de esa villa
hasta acogerme á buen puerto,
he sido lince y ardilla:
¡tal me acosaba en traílla
la parentela del muerto!

El padre, como es razon,
soñaba con la ocasion
de echarme una soga al cuello;
mas como no ha dado en ello,
le perdono la intencion.

---

Padrazo, Juez y ofendido,
¿qué hiciera á haberme cogido?
pero á estar más enterado,
juzgo que me hubiera dado
las gracias por lo ocurrido.

---

Pues siendo al mundo notorio
que nuevo Don Juan Tenorio
era el tal mozo, en lo interno,
deshecho del purgatorio
y astilla para el infierno;

---

Á vivir, hubiera dado
mucho que hacer al cuitado
que llora al que muerto yace:

¡Dios sabe lo que ha pasado;
conque *¡requiescat in pace!*

---

En cuanto á la hermosa dama
que fué del difunto cebo,
secreto el caso reclama;
y al callar, cumplo cual debo
con los fueros de su fama.

---

Juzgue el mundo lo que quiera
de esta sangrienta quimera:
yo mi causa os encomiendo;
si el resultado es tremendo,
salga el sol por Antequera.

---

Falle á su antojo la Audiencia,
que el fallo espero sin miedo,
muy tranquilo de conciencia:
Es todo de vuecelencia,
*Don Francisco de Quevedo.*»

---

# EL FACEDOR DE UN ENTUERTO

# Y EL DESFACEDOR DE AGRAVIOS,

HISTORIA BREVE DE UN MUERTO
RELATADA POR SUS LABIOS.

1615.

*A la guerra me lleva*
*mi necesidad;*
*si tuviera dineros*
*no fuera en verdad.*

**CERVANTES.—Don Quijote.**





EL FACEDOR DE UN ENTUERTO Y EL DESFACEDOR DE AGRAVIOS.

## EL FACEDOR DE UN ENTUERTO

# Y EL DESFACEDOR DE AGRAVIOS.

---

### I.

Allá por aquellos tiempos
que asombran al recordarse,
porque lucen en la historia
con esplendores radiantes:
en esos tiempos dichosos,
envidia de otras edades;
tiempos que dieron á España,
con poder incontrastable,
la posesion de la tierra
y el dominio de los mares;
en esos tiempos felices

en que á glorioso certámen
se llamaron á porfía
letras, armas, ciencias y artes:
certámen que está pendiente
y que no ha resuelto nadie,
pórque ni entónces se supo,
y aun hoy mismo no se sabe,
si Márte triunfó de Apolo,
si Apolo triunfó de Márte;
en esos tiempos que digo,
y que hicieron inmortales,
de un lado Don Juan de Austria,
modelo de capitanes;
de otro Frey Lope de Vega,
el monarca de los vates;
y, en fin, á cuya grandeza
sirve de ilustre remate
la imperecedera fama
del buen Miguel de Cervantes;
si las historias no mienten
y archivos cuentan verdades,

dicen que por esos dias
hubo en Madrid una calle,
y en la calle una plazuela
ni muy chica ni muy grande.
No era, por cierto, el tal sitio
ni vistoso ni notable;
la calle más que mediana,
entre humilde y entre grave;
la plazuela escueta y pobre,
con visos de miserable;
sin pizca alguna de adorno,
desprovista de ramaje,
abierta por todos lados
como un pastelon de hojaldre;
cuatro bancos de ladrillos
eran todo su menaje,
desconchados por el uso,
por la lluvia y por el aire.
Sin embargo, aunque tal centro
era poco deleitable;
aunque el espacio era estrecho

y escaso en comodidades,
era allí la concurrencia
tan numerosa y constante,
que jamás halló el cansancio
lugar donde aposentarse.
¿Por qué razon ó motivo
en un sitio semejante,
se agolpaba diariamente
concurso tan formidable?
Al registrar de la córte
los planos y los anales,
la respuesta es muy sencilla
y la explicacion muy fácil.—
—Era la calle del Prado
entónces, como esos baches
que se llenan con las aguas
que afluyen de varias partes.
Por un lado le enviaban
su concurso los *Corrales*,
solar de la patria escena
y humilde cuna del arte.

De otro lado San Jerónimo
mandaba sus paseantes;
calles de Leon y Francos
que están cosidas al márgen,
daban suelta alegre y franca
á gaiteros y rufianes,
vecinos de Cantarranas
y honor de sus arrabales.
Y es que siendo la plazuela
de tales arroyos cáuce;
siendo, en fin, el *Mentidero*
de *histriones* y *comediantes,*
harto claro se concibe
que en tiempos tan memorables,
debió ser cosa de gusto
ir por allí á solazarse.
Porque á tal punto acudian
hidalgos de tal pelaje,
se hablaba allí de tal modo
de cosas y asuntos tales,
con tan varias actitudes

y tan raros ademanes,
que el que una vez presenciaba
los mil y un curiosos lances
á que daban forma y vida
sus disputas siempre graves,
impelido de una fuerza
de atraccion insuperable,
bajaba allí eternamente
por mañanas y por tardes,
á fin de encontrar asiento
y no perder ni un detalle
de todo cuanto ocurria
en aquel breve aquelarre.
Pues era la tal plazuela,
nuevo campo de Agramante,
por el murmullo una selva,
un mar por el oleaje,
colmena por el zumbido,
por la muchedumbre enjambre:
y en fin, por decirlo todo
de una vez y en pocas frases,

era aquel sitio el reflejo,
copia fiel, y viva imágen
de un patio lleno de locos
en una casa de Orates.

## II.

Rey de aquella monarquía
era un hidalgo fiambre,
grotesco por su figura,
y grotesco por su traje.—
Llamábase Gil Zapata;
era delgado de talle,
largo de piés y de manos
y amojamado de carnes.
Sus ojos eran centellas,
todo su gesto vinagre,

más hablador que un barbero
por Páscua de Navidades.
Bigotes desparramados
adornaban su semblante,
cuyas puntas parecian
dos torcidos gavilanes:
y en su cuello acartonado
se asomaba vergonzante,
una nuez de tal volúmen,
tan movediza y tan frágil,
que, brújula de cocinas,
y barómetro del hambre,
era de las que Quevedo
llama afrentas del gaznate,
porque en busca de mendrugos
de los gargüeros se salen.
El sombrero rasurado
encubridor del pelámen,
era soberbio de faldas
con sus puntas de alamares.
Cintillo nunca lo tuvo;

pero en cambio, su plumaje
era como los llorones
que al pié de las tumbas yacen,
meciendo eternos responsos
sobre el *requiescat in pace.*
La gorguera..... ¡qué gorguera!
no vino mayor de Flandes,
ni tuvo rueda de carro
llanta de mejor encaje.
La capa..... ¡Dios la bendiga!
jamás la llevó estudiante
más lucida de remiendos
ni más supina de estambres.
Sujeta por un corchete
y echada atrás al desgaire,
dejaba ver un coleto
terso como el azabache,
una espada toledana
con honores de montante;
gregüescos de cordoncillo,
calzas sembradas de parches,

sujetas por los jarretes
con dos ligas de granate;
y, en fin, zapatos de punta
y orejas descomunales,
con dos vidrios sobrepuestos
con asomos de diamantes.—
Verle era cosa de pasmo,
cosa de asombro escucharle;
más locuaz que un zapatero,
más embustero que un sastre;
alma y vida de aquel sitio,
bullendo por todas partes,
ora relatando triunfos
de sus verdes mocedades;
ya refiriendo derrotas
de poetas y juglares,
no dejando fama á vida,
ni honra en que no se cebase;
era el señor Gil Zapata
encarnacion ambulante
de esos críticos de oficio,

legos, pero lenguaraces,
que á todo el mundo maltratan,
sin guardar respeto á nadie.
Por esto, por su figura,
ó tal vez por su carácter,
más emprendedor y osado
que el de un caballero andante,
el Quijote de la villa
dieron al cabo en llamarle;
que era tal su extravagancia,
su fama tanta y tan grande,
que en Madrid le conocian
desde el Prado al Manzanares,
desde el Campo de Manuela
hasta la Ermita del Ángel.—
—Era tambien de aquel sitio
fijo y perenne cofrade,
otro hidalgo de buen rostro,
aunque enfermo y venerable.
Su estatura era mediana,
descolorido el semblante;

la boca un tanto risueña,
el mirar dulce y afable,
la barba poca y mal puesta,
la frente espaciosa y grave,
corto el cabello, y más blanco
que las nieves de los Alpes.
Llevaba un ancho sombrero
sin cintas ni tafetanes;
jubon de estameña oscura
con las aldetas iguales,
gregüescos bastante usados
con su poco de follaje;
calzas bordadas de verde,
capilla corta y flotante,
espada y daga en el cinto,
y un baston en que apoyarse.
Llegaba allí lentamente
fatigoso y jadeante:
dábanle asiento en un banco
por respeto á sus achaques;
y embelesado y gozoso,

entre histriones y farsantes,
pasaba el tiempo escuchando
aquellos fieros alardes,
hasta que soplando al cabo
las auras vespertinales,
le ahuyentaban de aquel sitio
con paso tardo y cobarde,
como el que marcha abrumado
por la edad ó los pesares.—
¿Quién era? Nadie lo supo
ni intentó saberlo nadie;
que en sitio de tanta vida,
¿qué importaba aquel cadáver?
Solo una tarde, una sola,
tomó en la contienda parte,
porque el bueno de Zapata,
siempre mordaz y punzante,
entre un corrillo de gentes
que alababan su donaire,
soltó estas rudas palabras
en són de duro vejámen.

## III.

—¿Si le conocí? ¡Pardiez!
¡mucho que sí, vive Cristo!
Nunca usarcedes han visto
un hombre de tal jaez.
Ruin, envidioso, altanero,
de condicion desabrida,
jamás alcanzó en su vida
un amigo verdadero.
Que desde su edad más tierna,
rufian de todo bodigo,
fué eterno huésped y amigo
del figon y la taberna.
Galan de cualquiera Anarda,
ya estudiante, ya soldado,
vivió siempre acompañado

de las gentes de la carda;
que inclinado al regodeo,
buscó amistades en suma
en la nata y en la espuma
de los héroes del bureo.
¿Qué rufian con mayor brillo
sus costumbres describió?
¡Cuenten su gloria si no
*Rinconete y Cortadillo!*
¿No es cosa que da mancilla
aquel relato sin tasa
de cuanto sucede y pasa
en la cárcel de Sevilla?
¿No es propio de una persona
que bajos sitios frecuenta,
su aficion á toda venta,
su amor á toda fregona?
¿No es cosa desatinada,
y que excede á toda empresa,
rebajar á una princesa
á ser moza de posada?

¿Pues quién con mayor empeño
de su ruindad pruebas dió,
cuando á los tunos pintó
en su *Celoso Extremeño?*
¡Pues monta y otra que tal!
¿Quién le vence y le descalza,
cuando celebra y ensalza
la vida del Hospital?
Cuadros de tal condicion,
¿no dicen, voto á mi nombre,
que fué Cervantes un hombre
de muy baja inclinacion?
Forzoso es decir amén
en prosa clara y distinta,
pues solo muy bien se pinta
lo que se siente muy bien.
¡Pues digo!.... ¿No prueban nada
las gentes de su *Quijote?*
¡El corchete..... el galeote,
el ventero, la criada,
maese Pedro, el bachiller,

el capellan, el barbero,
el pastor, el arrïero,
las doncellas de alquiler!
Y como si fuera poco
tanto y tanto disparate,
dos héroes de gran quilate,
¡un majadero y un loco!
¿No declara su ruindad
el fiel retrato que encierra,
aquel mozo que á la guerra
iba por necesidad?
¡Pues digo si fué altanero
y de condicion esquiva,
el cardenal Aqua-Viva
que fué su amparo primero!
¿Á Italia no le llevó
de su ingenio aficionado?
¿Pues cómo por ser soldado
del cardenal se apartó?
¡Juro á Dios que no le abona
decision tan extremada;

que dejó una casa honrada
por correr la *vita bona!*....
Si lidió con gran quebranto
cuando en Lepanto lidió,
¿cómo el rey no le premió
cuando volvió de Lepanto?
Cuentan que estuvo en Argel
algunos años cautivo:
pero tornó, ¡y por Dios vivo
que nadie se acordó de él!
Y pues no logró el favor
que del rey se prometia,
es que el rey no le daria
por hombre de gran valor.
Por eso asaz contrariado
volvió á Sevilla mohino;
¡y fué, hallarlo en mi camino,
encuentro bien desdichado!
Pues farsante de aléluya
tales comedias me dió,
que logré una silba yo

por cada comedia suya.
Perdónele el cielo, amén,
mi desdicha sin igual;
que si yo lo hice muy mal,
él, á fe, no lo hizo bien.
Reñí con él, vive Dios,
á causa de tales daños,
y hasta despues de mil años
jamás nos vimos los dos.
Encontréle aquí en Madrid
abrumado con exceso;
y supe entonces que preso
estuvo en Valladolid.
Achacáronle la muerte
de un Don Gaspar de Ezpeleta,
galan, bizarro, poeta,
y espadachin de gran suerte.
Nadie sabe la razon
que medió en lance tan sério;
la cosa está en el misterio,
mas dicen que hubo traicion.

Despues circuló otra hablilla;
pues se refiere y comenta,
que á causa de cierta cuenta
fué preso en Argamasilla.
Lo que hubiere en ambos casos,
no lo sé; mas yo aseguro
que fué en su conducta oscuro
y hombre de muy malos pasos.
Y algo de verdad habria
en todo cuanto le infama,
cuando á pesar de su fama
el mundo entero le huia.
Pues harto sabido es
de propios como de extraños,
que ni el curso de los años,
ni su renombre despues,
lograron al fin borrar
las huellas de su pasado;
que á ser hombre más honrado
no hubiera aquí que contar.
¿Mas quién ignora el por qué

de la fama de su historia?
¿No está aun fresca la memoria
de su torpe *Buscapié?*
¿No logró con tal ardid
y tocando tal resorte,
herir á toda la córte
y á los grandes de Madrid?
¿No vió en su rüin intento
y en su insolente osadía,
que, hecho Quijote, embestia
contra molinos de viento?
¿No recordó en su venganza
que, autor de sus propios daños,
lidiaba con los rebaños
que vió un dia Sancho Panza?
Por eso al verle en tal brega
pusiéronle el rostro acedo
Don Francisco de Quevedo
y el buen Frey Lope de Vega.
Por eso á las turbias olas
de aquel mar alborotado,

dejáronle abandonado
los hermanos Argensolas.
Por eso no halló Mecenas
que le otorgara favor,
que el que vive sin honor
muere á manos de sus penas.
Tiempo há ya que no lo veo;
¡pero tal Cervantes fué!
—¿Ha muerto?—Yo no lo sé.
—Si ha muerto, ¡en paz, y *laus Deo!*"—

---

Rompió al terminar Zapata
el concurso en risas tales,
que hay quien dice que sus ecos
se oyeron hasta en el Cármen.
Mas alzándose el anciano
en guisa de replicarle,
las risas fueron silencio
y atencion la bulla de ántes;
que era tal su continente,

su voz tan solemne y grave,
que impuso á todos respeto
cuando pronunció estas frases.

## IV.

—Perdonad, buenos hidalgos,
que tercie yo en este asunto,
que en honor de ese difunto
hay que hablar algo, y aun algos.
La suerte con él ingrata
aun le acosa y escarnece;
mas yo sé que no merece
las diatribas de Zapata.
—¿Le conoció vuesarced?
preguntó el Zoilo enemigo.

—Fué en la tierra tan mi amigo
del cielo por la merced,
(repuso el viejo con calma),
que os puedo jurar, por Dios,
que fuimos siempre los dos
un solo cuerpo y un alma.
—¿Un solo cuerpo?
—¡Pardiez!
Con él viví tan unido,
que su propia sombra he sido
en la infancia y la vejez.
—¿Su propia sombra?
—¡Y aun más!
Y aquí Zapata muy listo
dijo:—¡Pues juro por Cristo
que no os ví con él jamás!
—Pues yo, su amigo más fiel,
os devuelvo la partida;
que él jamás os vió en su vida,
y aun hay más, ni vos á él.—
Zapata dando un rebote

exclamó:—¿Cómo que no?
¿Pues á quién le debo yo
el mote de Don Quijote?
¿En quién pensó sino en mí
cuando trazó su figura?
¿No dice mi catadura
que yo su modelo fuí?
—Deje usarced la honra queda
del autor original,
que si en vos pensó algun tal,
juzgo que fué Avellaneda.
Que al veros del pié al copete
puede decir el más zote:
"Este no es aquel *Quijote*
del ilustre Cide-Hamete."—
Y aquí una gran carcajada
el coloquio interrumpió;
tanto, que Zapata echó
con furia mano á la espada.
Dió el anciano un paso atrás
y dijo erguido y derecho:

—Eso mismo que habeis hecho
me lo prueba más y más.
Que nunca Alonso Quijano,
que fué hidalgo y caballero,
hubiera olvidado el fuero
que se debe á todo anciano.—
Y ante el supremo desdén
de aquel viejo contra un mozo,
gritó el concurso con gozo:
—"¡Muy bien, hidalgo, muy bien!"—
Y otro gritó:—"Atrás la escoria
que infama á los comediantes;
hable usarced de Cervantes
pues sabrá mejor su historia."—
Y aprestado para oir
se agrupó el concurso atento,
y alzando el viejo su acento
así comenzó á decir:
—"Dios que el espacio ilumina,
foco en quien todo se encierra,
Criador del cielo y la tierra

que el mar refrena y domina,
cuando pretende mover
el mundo á su ley sujeto,
para que llene su objeto
forma de la nada un sér.
Y envuelto en carnal sudario,
de un soplo al mundo le envia,
y le hace correr la vía
de su sangriento calvario:
de ese manantial de bien,
de tristísima memoria,
que abre camino á la gloria
desde el Portal de Belen.
Y en pos de la eterna luz,
como un ángel desterrado,
va por el mundo cargado
con el peso de su cruz.
¿Quién sabe lo que ese sér
sufre errante y peregrino
en el penoso camino
que Dios le obliga á correr?

Pisando zarzas y abrojos,
siempre devorando agravios,
con la sonrisa en los labios,
y con el llanto en los ojos,
á cada paso que da
brota una herida en sus piés:
¿qué importa saber quién es,
á qué viene y dónde va?
Con daño el bien que desea
paga el mundo en su delirio;
que ¿cuándo no halló el martirio
el apóstol de la idea?
¿Cuándo sin áspera saña
no fué ese sér maltratado,
hasta llegar destrozado
del Gólgota á la montaña?
¡Ay! solo cuando en la cruz
el mundo le ve sin vida,
y advierte que cada herida
derrama un rayo de luz,
entonces es cuando ardiente

lanza el mundo un alarido,
y humilde y arrepentido
hunde en el polvo su frente.
¡Tardo pesar!—¡tarda fe!—
¡siempre despues!—¡jamás ántes!—
¡Tal, hidalgos, de Cervantes
la triste existencia fué!—
Nació pobre, á la verdad;
huérfano cruzó la tierra,
y le condujo á la guerra
la dura necesidad.
Sujeto á la estrecha ley
y al rigor de la milicia,
fué su norte la justicia,
su amor la patria y el rey.
Por ambos con gran quebranto
allá en Lepanto lidió;
si mercedes no adquirió,
honra conquistó en Lepanto.
Que para eterna memoria
de su aliento soberano,

ganó, al perder una mano,
su más noble ejecutoria.
Siguiendo su negro sino
tras una y otra fatiga,
tiñó con sangre enemiga
las aguas de Navarino.
Como hidalgo y español
cumplió con lo que debia;
y al tornar á España un dia
en la galera del *Sol*,
cautivo y llevado á Argel
sufrió dolores sin cuento;—
y cállome aquí un intento
que saben el cielo y él:
que á no haber sido infecundo
por culpas de un renegado,
juzgo que el pobre soldado
hoy fuera asombro del mundo.—
Despues de lances tan varios
recobró su libertad:
¡Dios premie la caridad

de los Padres Trinitarios!
Esa celestial legion
que, haciendo al infierno guerra,
es la virtud de la tierra,
gloria de la religion.
Tornó, pensando encontrar
lleno su hogar de alegría:
¿mas cuál su pesar sería
viendo desierto su hogar?
Lloró con dolor profundo
la muerte de un padre anciano;
pobre y ausente su hermano,
sin madre y solo en el mundo;
¿Qué hacer? con hondo clamor
pidió amparo á cielo y tierra;
¡mas cuánto se engaña y yerra
quien pide al mundo favor!....
¡El mundo!.... ¡eterno ruido,
vanidad y engaño eterno!....
¡imágen fiel del infierno!....
¡negra mansion del olvido!

¿Quién le demanda consuelo
ni funda en él su esperanza?
—El consuelo no se alcanza
sin la intervencion del cielo.—
Solo, pobre y sin abrigo
tornóse á Dios soberano,
con la fe de un buen cristiano,
con la humildad del mendigo.
Dios le señaló su cruz,
trazóle su propia vía,
y él con gozo y alegría
siguió el rastro de su luz.—
Teniendo al hombre en muy poco,
quiso, con osado acuerdo,
hacer al mundo más cuerdo
con el ejemplo de un loco.
Vana empresa y ciego afan,
que el hombre enfermo y sin cura,
vive en perpétua locura
desde el pecado de Adan.
Por eso con rudo azote

el mundo le maltrató;
y es que con ira se vió
retratado en el *Quijote.*
Espejo cuyo cristal
espanto y dolor inspira,
que en él pintada se mira
la locura universal.—
Porque, ¿á quién no se le alcanza
que en todo sér hay de loco
del buen Don Quijote un poco
y un poco de Sancho Panza?
¿Quién no afirma en buena ley
que en ese mundo enemigo,
la locura del mendigo
es igual á la del rey?
Si por esta conclusion,
así á Cervantes se trata,
yo os digo, señor Zapata,
que hablais con poca razon.
Si el mundo con ruin malicia
por hombre infame le dió,

sabed que el mundo mintió,
pues le abonó la justicia.
Que nunca halló, voto al Cid,
para causarle mancilla,
delito en Argamasilla,
razon en Valladolid.—
Y otra vez, con más acierto
hablad del pobre cautivo,
que no sienta mal á un vivo
hablar con honra de un muerto.
Y no digo más, que es tarde,
y tanto hablar me fatiga.—
¡Zapata, Dios os bendiga!
¡Hidalgos, que Dios os guarde!
Perdonad si anduve vano
sus glorias al relatar,
que harto debe perdonar
la mocedad á un anciano.—

---

Y ocultando en el embozo
de su rostro la afliccion,
por la calle del Leon
se entró lanzando un sollozo.
Y con pena sobrehumana
esto murmuró entre sí:—
"Si hoy me difaman así,
¿quién podrá honrarme mañana?"

---

Quedóse el concurso mudo
despues de palabras tales,
como el que escucha una historia
que no tiene desenlace.
—¿Quién es ese? dijo uno;—
y otro dijo:—No se sabe.—
—¿Qué apostamos, buen Zapata,
á que ese viejo es Cervantes?—
Zapata escuchando aquello
se metió por otra calle,
sin responder la pregunta
ni satisfacer á nadie.

Mas irritado el concurso
contra su indigno vejámen,
le dió la silba más alta
que ha llevado comediante.

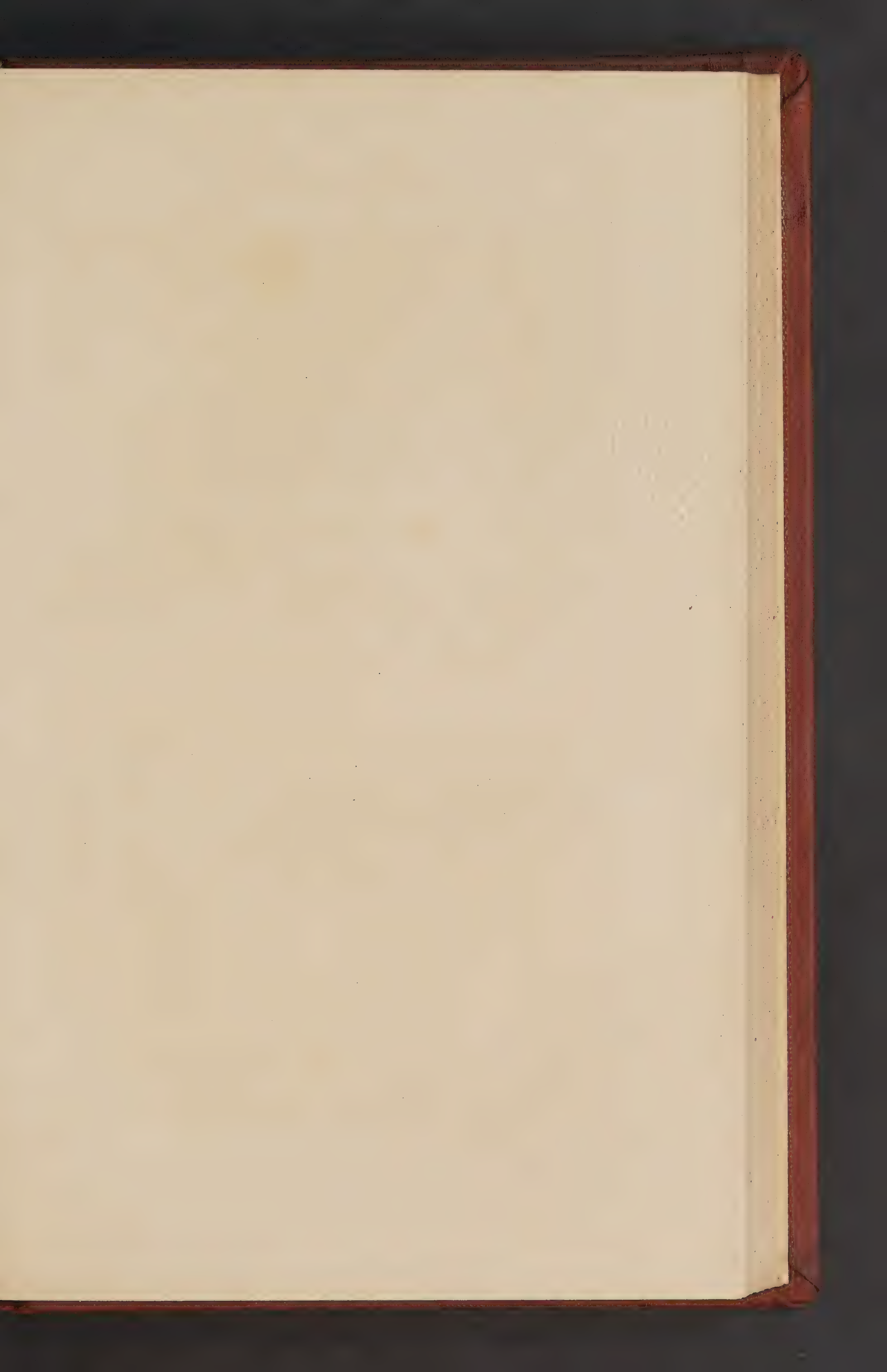
---

# EN LA SOMBRA.

1620.

*Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no á lo ménos en esta estancia.*

**CERVANTES.**—**Persíles y Sigismunda.**





EN LA SOMBRA.

# EN LA SOMBRA.

## I.

—Oye una vez los consejos
de una madre que te ruega;
da, César, por esta noche
á tus diversiones tregua.
La noche amenaza lluvia,
los aires del Norte hielan;
por las calles de la villa
no andará un alma siquiera.
¿Por qué abandonas tu casa?
¿por qué tan sola me dejas?
Mira que no está la noche
para músicas ni fiestas,

y que á más siento en el alma
recelos que me atormentan.
Las calles están oscuras,
solitarias las plazuelas,
los malhechores no duermen
y la justicia no vela.
Á cada sol que amanece
se sabe una historia nueva,
y asustan ya tantos muertos
como en la córte se cuentan.
Cada esquina es un peligro,
un lazo cada calleja,
cada hueco una amenaza
y una sima cada puerta.
Las cruces que á cada paso
designan una tragedia,
advirtiendo al confiado
la precaucion recomiendan.
Signos son que dicen mucho,
que á entenderlos quien debiera,
no estuviera la justicia

tan callada y satisfecha.
¿Por qué, pues, en estas noches
en ir de ronda te empeñas?
¿No ves que al dejarme sola
me dejas tambien inquieta?
—¡Eh!.... no temais, madre mia,
que pronto estaré de vuelta,
pues llevo un broquel conmigo
y espada que me defienda.
—¡Necio!.... ¿qué vale la espada
contra el que á traicion acecha?
—Mucho, madre, si es valiente
quien la ciñe y la maneja,
que á cualquier mortal osado
se ataja el paso con ella.
—¡Loca vanidad de mozo!....
¡Ay, mucho mejor te fuera
quedarte en casa esta noche
que me asusta y me amedrenta!
—¡Qué aprensiones más cobardes!....
¡Nunca os ví de esta manera!

¿No salgo todas las noches?
¿Pues qué recelais de aquesta?
—No sé; mas siento en el alma
una angustia y una pena,
que parece que me avisa
de alguna cosa funesta.
—¡Bah! temores mujeriles
que en vos madre me avergüenzan,
pues siempre me habeis mostrado
tener el alma serena.
—!Ay! sí; pero aquesta noche.....
—¡Dale con la noche!.... ¡Es tema!
—¿Qué tienes, hijo, en la calle,
que así á la calle te lleva?
—¿Quereis saberlo?
—Lo quiero.
—Pues lo diré, estadme atenta:—
En la calle de las *Flores*
hay madre una flor tan bella,
que su perfume me encanta,
que su brillo me embelesa.

Es una niña de á veinte
tan bizarra como honesta,
tan noble como bizarra,
y como honrada discreta.
Girasol de su hermosura
la sigo por donde quiera,
y ella me paga en sonrisas
lo que la digo en ternezas.
Si á sus balcones se asoma,
debajo de ellos me encuentra;
y cuando sus rejas abre
me encuentra junto á sus rejas.—
Apénas el sol se pone
mi vida queda en tinieblas,
pues cuando llega la noche
todo en su casa se cierra.
Alguna vez á deshora
acaso una luz refleja
al través de sus cristales
su sombra vaga y ligera;
y yo por ver esa sombra,

rayo de un sol que me quema,
rondo su calle de noche
con ánsia tal, fe tan ciega,
que aunque á veces no la veo
pienso que la tengo cerca.
Costumbre ó ley imperiosa
de mi puro amor es ésta;
la noche que no la cumplo
está mi espíritu en vela,
y á vueltas conmigo mismo
me empeño en mortal pelea,
que de mí mismo reniego,
y maldigo de mi estrella.
Éste, madre, es mi secreto,
y si no quereis que muera,
no impidais que á cumplir vaya
con esta ley que me fuerza,
que amor es Dios soberano
y yo cedo á su obediencia.
—¡Tal afan por una sombra!
¡Tal riesgo por tal quimera!

—¡Quimera!.... ¿pues qué es la vida?
¿No es una ansiedad perpétua
que nos lleva eternamente
tras una sombra cualquiera?
¿Qué es la esperanza del hombre?
¡Vago fantasma que vuela,
que alcanzar el hombre quiere
y nunca á alcanzarle llega!
Si esa es, madre, mi esperanza,
dejadme correr tras ella;
¿qué me importa no alcanzarla?
Lo que á mí me importa es verla.
—Está bien..... ¡juventud loca!
¡con qué poco te contentas!....
Á Dios, pues, y vuelve pronto,
mira cual tu madre queda.
—No temais, madre, no tardo.
—¡Á Dios, pues, y hasta que vuelvas!
—¡Realice Dios mi deseo!
—¡Quiera el cielo que la veas!

---

Salió rebozado el mozo
en una capilla negra;
quedó la madre escuchando
sus pasos junto á la puerta;
y retirándose á poco
llena de ansiedad extrema,
murmuró dando un suspiro,
y moviendo la cabeza:
—¡Plegue á Dios que esta salida
no nos traiga consecuencias!—
Y la puerta abandonando,
aunque dejándola abierta,
cruzó tres salas sombrías,
y, en una estancia bien puesta,
vestida se echó en el lecho
en guisa de quien espera.

## II.

La noche estaba callada,
el cielo triste y sin luna,
las calles de Madrid sordas,
y la de las *Flores* muda.
Llegó á esta calle el mancebo
soñando amor y venturas,
lleno el pecho de esperanzas
y de amorosas angustias.
Clavado como una estátua
de una puerta en la penumbra,
aguardaba el dulce instante
en que una ráfaga pura
dibujase de su amada
la sombra vaga y confusa.

¡Vana esperanza!.... En la casa
no brillaba luz alguna;
envuelta en silencio y sombras,
imágen fiel de una tumba,
empotrada entre otras casas
se alzaba su masa ruda,
severa, imponente y grave,
callada, triste y oscura.
—¡Llegué tarde!.... dijo el mozo;
todo cuanto miro, anuncia
que el bien que adoro descansa,
que el sueño mi dicha anubla.
Cerradas están sus puertas;
ni un mal rayo se vislumbra
que anuncie que esté en vigilia
la que mi esperanza busca.
¿Qué se ha de hacer?.... ¡Llegué tarde!
¡Mal haya, amén, mi fortuna!
¿Qué haré para que mañana
no pueda caberla duda
de que frente á sus balcones

he buscado su figura?....
Una pluma del sombrero
haré que venga en mi ayuda,
que al verla atada á sus rejas
sabrá de quién es la pluma.
Tierna le dirá en silencio,
cuando á recogerla acuda,
que así cual ella esta noche
á merced del viento ondula,
mis amantes esperanzas
en torno suyo fluctúan,
lanzando vagos suspiros
que su sueño dulce arrullan.
Tal vez en su seda ténue
ponga sus labios de púrpura,
pagando en un beso honesto
las ánsias que me atribulan.
¡Ay! por si acaso su afecto
á tal delirio la empuja,
justo es que ponga mi boca
donde ella pondrá la suya.—

Y dando al airon un beso
lleno de intensa ternura,
ató la pluma á sus rejas,
dejándola casi oculta
entre unos tiestos de flores
esmaltados de verdura.
Satisfecho, al cabo, el mozo
de aquella amorosa astucia,
emprendió su vuelta á casa,
si bien con cautela suma.
Llevaba el broquel delante,
la espada en guardia y desnuda
como el que espera un ataque
y se anticipa á la lucha.
Precauciones necesarias
en tiempo tal, más que nunca,
que eran en Madrid entonces
las ocasiones muy bruscas,
las emboscadas frecuentes,
y las catástrofes muchas.
Y fué el caso que el mancebo

que iba á paso de andadura,
al revolver de una esquina,
y embebecido sin duda,
en el pecho de otro mozo
hincó la espada de punta.
Echóse atrás el tocado
con inusitada furia,
y juzgando aquel ataque
emboscada de un *escucha*,[1]
lanzando un ¡voto al demonio!
con acento de iracundia,
sobre el mancebo amoroso
cayó con rabia sañuda.
Fué la riña muda y breve,
la conclusion tremebunda;
pues resonando en los aires
un *ay* de mortal angustia,
cayó un mozo desplomado
y el otro tomó la fuga,

[1] Nombre con que se designaba entre las gentes de la carda á los salteadores de noche.

al tiempo que al mismo sitio
en són de paz y de áyuda,
de alguaciles y corchetes
llegó la ronda nocturna.

## III.

Azorado el fugitivo
halló en su carrera incierta
á su refugio incentivo,
que encontró una casa abierta
y entró más muerto que vivo.
Y era ya el caso apremiante,
pues sin perderle de vista
y ansioso de echarle el guante,
iba un corchete anhelante

como un perro tras su pista.
La negra puerta empujó
el fugitivo acosado;
un breve patio cruzó,
otra puerta abierta vió
y se entró por un estrado.
Mucho más dentro lucía
un velon con ténues dejos,
que en dulce melancolía
en otra sala vertia
sus moribundos reflejos.
Dudó el mozo lo que hacer
ante el turbio rosicler
de aquella llama apacible:
¿mas qué hacer si era imposible
sobre sus pasos volver?
Tomando al cabo la llama
por direccion de su huella,
entró en un cuarto con cama,
y mal reclinada en ella
halló al entrar una dama.

—¡Eh!.... ¿quién va? ¿quién anda ahí?
preguntó con voz sonora
la dama volviendo en sí.
Y él dijo:—Perdon, señora,
no tengais miedo de mí.
No os asusteis de este acero;
soy un noble, un caballero,
que busco asilo por suerte,
que he dado á un hombre la muerte
y huir del castigo quiero.
Me asaltó cerca de aquí,
matéle en defensa, huí,
la ronda al punto llegó,
un corchete me siguió
y viene cerca de mí.
Acaso me ha visto entrar
y entrar tras de mí procura:
dadme asilo en vuestro hogar,
y os dé Dios tanta ventura
como arenas tiene el mar.—
La dama en honda emocion

exclamó toda azorada:
—¡Dios sabe vuestra intencion!
pero entrad, no temais nada,
que tengo buen corazon.
Alzad el tapiz del lecho,
y entrad en un hueco estrecho
que ahí vereis, y orad á Dios;
que ántes que os toquen á vos
tendrán que pasarme el pecho.
—Dios premie vuestra virtud,
dijo el mozo, tan sin tasa,
cual será mi gratitud.—
Y en ésto la multitud
entró gritando en la casa.
Mas la dama apercibida
de aquel murmullo deshecho,
corrió la tela tupida,
y tornó á echarse en el lecho
fingiendo hallarse dormida.
Entró luégo desolada
una dueña ó camarista

mal vestida y desgreñada,
y exclamó con voz ahogada:
—¡Señora!.... ¡Dios nos asista!....
—¿Qué es eso? la dama dijo,
alzándose de la cama;
¿qué indica són tan prolijo?....
—¡Ay!.... gritó la vieja al ama:
¡que traen muerto á vuestro hijo!
—¡Á mi hijo!.... ¿ese rumor
es por él?
—¡Ay!.... sí por cierto,
la contestó con dolor:—
Y la madre en su estupor
murmuró espantada:—¡Muerto! ...

---

Siguió un silencio profundo
á este acento moribundo;
y tras el tapiz movido,
se oyó un ligero gemido
como un eco de otro mundo.
Tornó al punto la cerviz

la dama; miró al tapiz
con ojo airado y sombrío,
y absorta exclamó: —¡Dios mio!
¿Hay madre más infeliz?

## IV.

En esto se entró en la estancia
el alcalde con su ronda,
y ante dolor tan intenso
calló la justicia toda.
Era el alcalde algo deudo
de aquella ilustre matrona,
y quiso en són compasivo
templar su ruda congoja.—
—Duélome, dijo al mirarla,

de venir aquí á estas horas,
y duélome de la causa
que el corazon os destroza.
—¿Luego es cierta mi desgracia?
repuso la madre torva:—
Y el alcalde enternecido
dijo:—¡Es muy cierta, señora!....
Yo bien quisiera, á fe mia,
evitar aquí la fórmula
á que la ley nos sujeta
cuando ocurren estas cosas.
Mas la ley en estos lances
es cuanto dura imperiosa,
y exige forzosamente
que al muerto se reconozca.
Vos sabeis que le conozco,
pues lo trataba en persona,
mas no sabeis que en la causa
es circunstancia preciosa
que la identidad del muerto
se funde en prueba notoria.

Vos sois su madre, y es fuerza
pasar por tal ceremonia,
que en cabeza del proceso
debe ponerse por obra.
—Entradlo, dijo la madre
angustiada y fervorosa;
entradlo, señor alcalde,
no temais, valor me sobra
para afrontar mi desdicha
y hacer cuanto hacer me toca.
—Pues entre, dijo el alcalde
con voz conmovida y pronta.—
Y á este mandato supremo,
en procesion pavorosa
entraron cuatro corchetes
suspendiendo una poltrona,
en la cual iba el cadáver
de Don César de Mendoza.
Al verle, lanzó la madre
un rugido de leona,
y sobre el cuerpo del muerto

cayó sollozando loca.
Ante aquel pesar tan rudo
y aquella angustia tan honda,
lloraron todos los ojos,
callaron todas las bocas.
Y era el silencio tan grave,
la escena tan muda y sorda,
que al pasar se hubiera oido
hasta el vuelo de una mosca.
Al cabo de un largo rato
de suspiros y congojas,
se alzó la doliente madre,
muda, alelada y absorta;
besó los labios del muerto,
besó su frente marmórea,
y tornándose al alcalde
repuso con voz sonora:
—¡Mi César es!.. . ¡hijo mio!
¡Dios te haya dado su gloria!....
—Sacadlo, exclamó el alcalde.—
Y ella con voz fatigosa,

dijo á sus deudos:—Llevadlo,
y haced sus últimas honras:
no importa que en sus exequias
se gaste mi hacienda toda.
¿Para qué quiero yo hacienda
si quedo en el mundo sola?
—Perdonad, dijo el alcalde
cuando vió salir la ronda,
si os molesto todavía
con otra prueba enojosa.
—Mandad, repuso la madre;
y él la replicó:—Señora,
por un alguacil de córte
que ha corrido tras la sombra
del matador de ese mozo,
que ya del empíreo goza,
se sabe que en esta casa
entróse á tontas y á locas
el autor de esta tragedia
tan sangrienta y dolorosa.
Salir no le ha visto nadie,

conque es fuerza que se esconda
en algun punto apartado
de casa tan anchurosa.
Dejadme que la registre,
dejadme que la recorra,
que al hallarlo, mi justicia
os dará venganza pronta.
—Registrad, dijo la dama;
¿mas qué la venganza importa?
La desgracia que lamento
no se deshará con otra.
Mandad que sola me dejen,
que aquí testigos me sobran;
mi dolor quiere estar solo
sin que nadie se le oponga.
—Nadie vendrá á molestaros,
que mi palabra lo abona:
Llorad, y Dios os dé fuerzas
en la pena que os ahoga.—
Dijo el alcalde, y al punto
salióse á la estancia próxima,

cerrando detrás la puerta
con violencia estrepitosa.
Y al verse sola la madre,
dominando su zozobra
fué al tapiz, tendió una mano
vacilante y temblorosa,
y al matador de su hijo
habló así con la voz ronca.

## V.

*(El oculto detrás del tapiz, y ella fuera).*

—Matador del bien que lloro,
¿teneis madre?
Él dijo:—Sí.—
—¿La quereis mucho?
—La adoro.
—¿Y ella á vos?
—Soy su tesoro.

—¡Como el muerto para mí! *(Rompe á llorar.)*

—Tomad, señora, mi espada. *(La asoma por el tapiz.)*

—¿Para qué?

—Pasadme el pecho, *(Con dolor.)*

que os reconozco agraviada.

—¿Y remediaré vengada *(Desesperada.)*

el daño que me habeis hecho?

—¡Ah! matadme, por favor.

—¿Y con mataros qué gano?

—¡Calmar tan justo dolor!

—¡Ay! no cabe en pecho humano

sentimiento tan traidor.

—Entregadme al juez. *(Con despecho.)*

*(Con dignidad.)*—No á fe.

—Cuidad que voy á gritar

que fuí yo quien lo maté.

—¿Y me vais á deshonrar

porque en mi cuarto os guardé?

—¡Ah! no, dejadme salir.

—Saldreis cuando bien me cuadre.

—¡Si es que me quiero rendir! *(Desesperado.)*

—¿Pues cómo, teniendo madre,
quereis hacerla morir?
—¡Pobre madre! *(Solloza.)*
—¿Estais llorando?
—¡Me aflige vuestra querella!....
—Pues si en eso estais pensando,
¿cómo no doleros de ella
al ver lo que estoy pasando?
—¡Por Dios que teneis razon!
mas ¿qué os mueve á compasion
para salvarme la vida?
—¡Ay! es que he visto la herida
y no fué dada á traicion.
—No, ni á traicion ni en acecho *(Con calor.)*
le maté, por Dios lo juro;
fué el lance en un sitio estrecho,
y al caminar por lo oscuro
sentíme rasgado el pecho.
—¿Y herido estais? *(Con espanto.)*
*(Enseña una mano.)*—Ved la muestra.
—¿Qué es lo que mostrais ahí?

—Primicias de la palestra,
sangrienta la mano diestra
que oprime mi herida aquí.
—¿Os sentís desfallecer? *(Con ternura.)*
—Aun no.
—Si os podeis valer,
¿jurais salvaros y huir?
—Juro; mas no he de salir
sin vuestro nombre saber.
—Nunca. *(Con firmeza.)*
—¡Dejad que me asombre!
—Sellad el labio, buen hombre,
que exigís un desvarío;
yo no quiero dar mi nombre
ni el vuestro saber ansío.
—Quiero el vuestro bendecir.
—Yo el vuestro quiero ignorar,
que al saberlo, sin sentir
pudiérale maldecir,
y os pudiera denunciar.
Y porque más confiado

vivais, con cautela rara,
de ese lugar recatado
quiero que salgais tapado
para no veros la cara.
¿Lo oís? *(Con energía.)*
*(Resignado.)*—¡Vuestro esclavo soy!...
llenaré vuestros antojos.
—¿Estais cubierto?
—Lo estoy.
—Pues ved que de espaldas voy
*(Se dirige á una puerta secreta.)*
para alivio de mis ojos.
Que si os llegasen á ver
y recordasen la ofensa
que aquí me acabais de hacer,
dudo que en vuestra defensa
os pudiera Dios valer.
—Ya salgo.
—Seguid en pos.
—Ya os sigo.
—¡Noche funesta! *(Se cubre el rostro.)*

—¡Qué noche para los dos!
—Salid por la puerta aquesta.
—Á Dios, señora. *(Saliendo.)*
*(Sin mirarle.)*—Id con Dios.—

---

Sonó el ligero estallido
de una llave algo apretada:
salió el matador huido,
y la dama acongojada
lanzó al cerrar un gemido.
Y á solas con su orfandad,
mirando al cielo exclamó:
—¡Dios mio, Dios de bondad,
ante tu inmensa piedad
aun soy muy pequeña yo!

---

# LA MAYA.

1621.

*Alamos del soto,*
*¿dónde está mi amor?*
*Si se fué con otra,*
*moriréme yo.*

**LOPE DE VEGA.—Santiago el Verde.**





LA MAYA.

# LA MAYA.

---

## I.

No tiene el sol mejor rayo,
ni de luz más bienhechora,
que el rayo aquel que colora
la primer alba de Mayo.
Pues tanta vida y calor
sobre los campos derrama,
que apenas hay una rama
que no se convierta en flor.
Y es que Dios, desde su asiento,
con la aurora de ese dia,

pródigo a la tierra envia
un átomo de su aliento.
Átomo de esencia tal
y de tan rica fragancia,
que siendo nueva sustancia
y nuevo gérmen vital,
á su contacto fecundo
hierve la tierra, y parece
que se agita y se estremece
loco de placer el mundo.
La ciencia aquí, voto á briós,
gritará que esto es quimera;
pero diga lo que quiera
la altiva ciencia de Dios,
yo pregunto: ¿Quién potente
mueve del mundo la bola?
¿Quién enciende y arrebola
la clara lumbre de Oriente?
¿Quién á la nube que ondea,
con visos de rosa inflama?
¿Quién da al sol la eterna llama

con que á las cumbres orea?
¿Quién de los montes desata
la densa y pesada bruma,
y entre vellones de espuma
destrenza arroyos de plata?
¿Quién con alta potestad
y con vigor soberano,
ya refrena al Oceano,
ya azota á la tempestad?
¿Quién, en fin, da movimiento
á cuanto en el mundo cabe,
y anima la flor, el ave,
el fuego, la mar y el viento?
Dios, cuyo excelso poder
en todas partes se ostenta,
y á cuyo aliento fermenta
lo que ha sido y puede ser.
Dios, que con nieve encanece
la sien del risco sombrío,
y acallando el són del rio
entre hielos le adormece.

Dios, que en olas de frialdad
envuelve á la noche umbría,
y saca la luz del dia
de la densa oscuridad.
Así, cuando se desprende
la esencia de Dios creadora
con la luz consoladora
que en el sol de Mayo enciende,
vírgen aspirando amores
despierta la tierra ufana,
y gozosa se engalana
con rico manto de flores.
Entonces en curso leve,
y en corrientes desiguales,
baja deshecha en cristales
y en globos de luz la nieve.
Y en incesante rodar,
como el mundo en el vacío,
corre la nieve á ser rio,
y el rio corre á ser mar.
Y entonces es cuando osada

rompe el águila las brumas,
y va agitando sus plumas
por la atmósfera azulada.
Y es cuando fresca la flor
vierte al aire su tesoro,
y es cuando con pico de oro
canta alegre el ruiseñor.
Y entonces es cuando enhiesta
alza su copa la encina,
y hay más luz en la colina,
y hay más sombra en la floresta.
Y entonces es cuando en pos
de un bien que no tiene nombre,
se eleva el alma del hombre
á confundirse con Dios.
Pues con amor singular,
divino, tierno y suave,
da vida á la flor, al ave,
al fuego, al viento y al mar.

. . . . . . . . . .

. . . . . . . . . .

Y basta de luz, de rayo,
de sol, de luna y de estrella;
sobra con decir que es bella
la estacion del mes de Mayo.

## II.

Orillas del Manzanares,
soto de *Santiago el Verde*,
sitios hoy tan olvidados
como en otro tiempo alegres.
Alamos de la ribera,
dulces aguas transparentes,
que no adormeceis el gusto
con el rumor de otras veces;
decid á vuestras memorias

que á nueva vida despierten,
y las historias que guardan
en manso arrullo nos cuenten.
Referidnos algun lance
de aquellas bizarras gentes,
que el primer dia de Mayo,
de Mayo, rey de los meses,
risueñas y alborozadas
en són de fiesta campestre,
poblaban la fresca márgen,
poblaban el llano agreste,
y al compás de los albogues,
de vihuelas y rabeles,
cantaban en grato coro
y en soñoliento motete:
*Este, madre, es Santiago,*
*Santiago el Verde;*
*doncella sin amores*
*no venga á verle.*

Mas ¡ay! ¡que en vano os recuerdo!
tiempos que pasan no vuelven;
y lo que ayer os dió pompa
despojo es hoy de la muerte.
No espereis, ondas sonoras,
ni espereis, ricos vergeles,
ser espejos de hermosuras
ni reclamos de valientes.
Aquellas caras de rosas,
afrenta de los claveles,
no es fácil que en los cristales
de esas aguas reverberen.
Pasaron aquellos dias
tan ansiados cuanto breves,
de la juventud encanto,
de la ancianidad deleite.
Ya no hay tapadas que os busquen,
ni galanes que os frecuenten,
ni carrozas que se atasquen
al pasar junto á la puente;
ni corros de bailadoras,

ni riñas de matasietes,
ni rufianes que os aturdan,
ni tiendas de mercaderes;
ni muchachas que se pierdan,
ni mozos que las encuentren;
ni, en fin, quien diga cantando
con festivo sonsonete:

*Éste, madre, es Santiago,*
*Santiago el Verde;*
*quien bajó sin amores*
*con ellos vuelve.*

*Las dueñas se santiguan*
*cuando aquí vienen;*
*¿quién las diera tornarse*
*de quince á veinte?*

*Madrecita del alma,*
*calla y no reces,*
*que allí baja el mancebo*
*que á mí me quiere.*

*Flores que no le he dado*
*del jubon prende;*

*¿quién le habrá dado, madre,*
*tal ramillete?*
*Con una moza baila*
*de ojos celestes;*
*vámonos, madre, al punto,*
*no quiero verle.*
*¡Ay! mal haya Santiago,*
*Santiago el Verde;*
*¡sin celos bajó el alma,*
*con celos vuelve!*

## III.

El primer dia de Mayo
de un año en muertes famoso,
al pié de un álamo negro,
y algo apartados de un corro,

Ana la de Leganitos
y Pedro Recio el Ganchoso,
ella una piña de plata,
y él como un pino de oro,
pausadamente se hablaban
dándose mútuos enojos.
Ana escuchaba riendo
sus reniegos y sus votos,
y Pedro viendo sus risas
alzaba el gallo más fosco.
—¡Ana!... no me afufes, Ana,
murmuraba Pedro ronco;
¡mira que dentro del pecho
me está punzando el demonio!
¿No me perjuraste anoche
que no bajabas al soto?
¿Por qué en el soto te miro
tan acabada de adornos?
Rizado y florido el pelo,
¡toquilla de gasa al rostro!
¡tú trocada en arandela

para ensanchar tus contornos!
¡Tú con justillo de raso,
con arracadas de á fólio,
con basquiñas enfaldadas
y con zapatillos cortos!....
Por la vida de mi madre,
Ana, que no te conozco;
¡ayer con parda albanega,
y hoy con tantos perifollos!
¿Qué quieren decir, mi vida,
estos trueques portentosos?
El santiagués que te sigue,
aquel del lagarto rojo,
¿te ha mandado que te enrubies
para gala de sus ojos?
—¡Pedro!.... no me afufes, Pedro,
Ana dijo con mal tono:
mira que son tus palabras
afrenta de mi decoro.
Tambien tú digiste anoche
que no bajabas al soto,

y hoy en el soto te encuentro
más apuesto que un Medoro.
Sombrero de lazos llevas
con faldas á lo rumboso;
cuellos de Flandes caidos
son en tu pecho despojos,
y ese jubon y esas calzas
hoy te convierten en godo.
¡Tú con coleto de ante!
¡con daga de plata el pomo!
¡tú con vihuela en las manos
y presumiendo de Apolo!
¡Por la vida de mi padre,
Pedro, que no te conozco!....
¡En traje ayer de cristiano
y hoy con ribetes de moro!
¿Qué quieren decir, mi vida,
esos trueques portentosos?
La dama aquella del Prado,
del Prado de San Jerónimo,
¿te quiere á lo barbilindo

para gala de sus ojos?
—Yo no afronto á tal tarasca.
—Ni yo al santiagués afronto.
—¿Qué me importa á mí su pompa?
—¿Ni á mí su cruz ni su todo?
—Por tí he bajado á Santiago.
—¿He bajado yo por otro?
—¡Si tú eres, Ana, mi gloria!
—¡Y tú, Pedro, mi tesoro!
—Pues pelos al mar, y hablemos
de otro asunto.
—Pues di pronto.
—Héme hallado á la Cardoncha,
la nieta de Juan el Chozno.
—¿Y qué te ha dicho?
—Me ha dicho
que una carroza con toldo
hoy se ha parado á tu puerta,
siendo cebo de chismosos.
—¿Y que más dijo?
—Ha contado

que una dama de alto bordo
ha entrado á hablar á tu padre
de parte del Rey Católico.
¿Es verdad?

—No te ha mentido.

—¿Y qué es ello?

—¡Eres curioso!

—¿No quieres que me sorprenda
todo un mensaje del trono?
—Pues á fe que has de saberlo,
que el asunto es harto honroso.
—Pues cuenta.

—Ya sabes, Pedro,

que es costumbre entre nosotros
celebrar la Cruz de Mayo
con festejos y jolgorios.
—¿Pues no quieres que lo sepa?
¿No he de saberlo, pimpollo?
¡Si en la cruz de Leganitos
me cautivaron tus ojos!....
¿Cuándo ha visto Madrid Maya

de más brio y requilorios
que la que el año pasado
fué de la córte el asombro?....
—¡Calla, Pedro, y no me adules,
que juro que me abochorno!....
—Callo y perdona, mi vida,
que hablo así porque te adoro.
—Pues bien; del triunfo de entonces,
sin duda el rey noticioso,
cruz en palacio dispone
que cause á la córte gozo.
—¿Y á tí te elige por Maya?
—Con privilegio notorio
de ser reina de la fiesta,
con cetro, corona y sólio.
—¿Y acepta tu padre?
—Acepta.
—¡Vive Dios!.... ¡Tu padre es tonto!....
¿Pues no mete á su cordera
en una jauría de lobos?
—Pedro, ¿tornas á los celos?

—¿Pues no he de estar de retorno,
si el santiagués que te sigue
debe causar este embrollo?
—¿Y qué importa que lo cause?
¿Me ha de comer ese mozo?
—Ana, otro mar es la córte,
mar empedrado de escollos.
¡Á gran naufragio se expone
quien va á ese mar sin piloto!
No vayas, Ana, á palacio.
—¿Qué dices, Pedro?.... ¿Estás loco?
Mi padre dió su palabra,
y negarme fuera impropio.
—Pues yo mando que no vayas.
—¿Qué es mandar?.... ¿Eres mi esposo?
—No lo seré si tal haces.
—¡Pues busca otra novia, bobo!....

———

Quedóse mudo á esta frase
Pedro, con el gesto torvo;
y al són de las castañuelas

Ana se entró por un corro,
á tiempo que las muchachas
cantaban en dulce coro:
"Madre, en *Santiago el Verde*
me dejó el novio;
encontré un confiado,
se fué un celoso.
Cantarcillo de Lope
canto con gozo;
*¡Quien ama no haga fieros!*....
digo lo propio."

## IV.

A poco llegó á aquel sitio
un tropel de mozalbetes
luciendo el oro y la seda
desde la planta á las sienes.

Gallardos como unas flores,
y cual gallardos alegres,
dieron nueva vida al soto,
soto de *Santiago el Verde*.
El más apuesto y más hombre
causaba delicia el verle,
aunque era largo de manos
y de lengua algo insolente.
Llevaba un sombrero oscuro
con cintillo y con caireles;
pluma blanca derribada
del aire eterno juguete;
jubon de raso con perlas,
anchos gregüescos con pliegues,
botas bordadas de plata,
espuelas de oro lucientes,
espada sujeta al cinto,
y un capotillo muy leve,
en uno de cuyos lados
como un ramo de claveles,
la roja cruz de Santiago

se dejaba ver á veces.
Era de mirar altivo,
y era tal su continente,
que su apostura y sus ojos
estaban diciendo siempre;
á los bravos,—"¿quién me tose?"—
y á las niñas,—"¿quién me quiere?"—
Hijo de una ilustre casa,
algo deudo de los reyes,
poderoso como un Creso,
audaz entre los valientes,
muy tirador de las negras,
muy caballista y ginete,
era el tal mozo el Tenorio,
el coco de las mujeres,
el terror de los amantes
y el rey de los matasietes.
Entróse al punto en el corro
diciendo: ¡viva quien puede!
y apartando al que bailaba
se puso de Anilla enfrente.—

—¿Qué quereis? preguntó Ana
en tono de quien se ofende.
Y dijo el mozo:—Lucero,
¿qué he de querer sino verte?....
Harto sabes que te busco,
y harto sabes que me tienes
cautivo en los bellos ojos
que en tu cara resplandecen.
—Buscad con quien divertiros,
Ana dijo en tono agreste,
que no soy yo de esas damas
de lechuguilla y copete,
que tales requiebros sufren
y tales burlas consienten.
—¿No quieres bailar conmigo?
Pues vive Dios que me hieres,
y que tus frases me queman
y me abrasan tus desdenes.
—No está la fuente muy léjos;
id, caballero, á la fuente,
que las aguas cristalinas

acaso su fuego templen.
—No será sin que al partirme
la miel de tus labios pruebe,
que abeja soy que entre flores
busca cosecha de mieles.—
Y añadiendo á las palabras
la ejecucion harto breve,
en los labios de la niña
estampó un beso crugiente.
Presenció el lance el Ganchoso,
y airado como una sierpe,
por el corro alborotado
se entró derramando hieles.
Ana se lanzó á su lado
en guisa de contenerle;
sacó el santiagués la espada
preveyendo un accidente:
sonó el choque del acero,
dieron gritos las mujeres,
acudió al punto á estos gritos
un enjambre de corchetes,

y en medio de aquella lluvia
de tajos y de reveses,
al ¡ténganse á la justicia!
entre reniegos y pesies,
rompió el aire un alarido
triste, seco y estridente,
que dijo:—"¡Dios me perdone!
¡muerto soy; cielos, valedme!"

---

Cuando de vuelta del soto
tornaron luégo las gentes,
cantaban tristes las mozas
al són de los panderetes:
A un caballero, madre,
galan y alegre,
por besar á una niña
le han dado muerte.
Se quemó en unos ojos,
picó en claveles;
la abeja cuando pica
dicen que muere.

Mala tarde le ha dado
*Santiago el Verde:*
bajó mozo y con vida;
¡sin ella vuelve!

## V.

¡Fiesta de la Cruz de Mayo!
¡Noches de la Cruz amenas!
quien ni escritas os conoce,
no sabe lo que son fiestas.
Por todas partes brillaban
luminarias y candelas,
siendo un incendio abreviado
de España la córte entera
Cada plaza era un asombro,
un jardin cada plazuela,

las casas grutas floridas,
las calles frondosas selvas.
Cada portal ostentaba
una cruz de ramos hecha
bordada de minutisas,
de jazmines y verbenas.
Fabricados mil altares
con cortinajes de seda,
entre ricos pabellones
brillaba la santa enseña,
ante la cual volteaban
arañas llenas de cera,
reliquias de plata y oro
con lazos de lentejuelas;
y titilando sus luces
como racimos de estrellas,
cada altar era un incendio
y cada cruz una hoguera.
Ante tales altarillos
las muchachas más apuestas,
al són de los panderetes

y al compás de las vihuelas,
cantaban y bailaban
de gozo llenas:

Del Señor Jesucristo
la Cruz es ésta,
que la hallaron los ojos
de Santa Elena.

Divina Cruz del cielo,
glorioso emblema,
tus brazos me den vida
cuando yo muera.

---

¿Qué mucho que en aquel tiempo
de tanta fe y de fe ciega,
á visitar los altares
Madrid entero acudiera?
Cierto que era para todos
aquello miel sobre hojuelas,
pues con pretexto fingido
de cumplir con la conciencia,
iban á la cruz los mozos

por bailar con las doncellas;
éstas por hallar amantes,
por gulusmear las viejas;
los rufianes y gaiteros
por tentar las faldriqueras;
las tapadas por galanes,
los galanes por pendencias,
los corchetes por dinero,
los escribas por querellas;
y, en fin, hombres y mujeres,
mozos, ancianos y dueñas,
de aquí para allá bullian
con su razon y su cuenta,
dando que hacer á los ojos,
á las manos y á las lenguas.
Para mayor incentivo,
y dar más lustre á la fiesta,
en cada cruz presidia,
con privilegios de reina,
la mejor moza del barrio,
la más honrada y discreta.

Con sobrenombre de Maya,
Flora de tal primavera,
desde un alto taburete
bordado de ricas sedas,
con presunciones de mando
y con visos de alcaldesa,
ordenaba y escogia
para bailar las parejas;
ahogaba toda disputa,
mataba toda querella,
y á su poder absoluto
sin apelacion ni réplica,
prestaba el concurso alegre
la más formal obediencia,
rindiendo en ello homenaje
á la ley de la belleza.
En torno, pues, de aquel astro,
vistosísimos planetas,
las demás niñas del barrio
luciendo flores y trenzas,
al són de los panderetes

y al compás de las vihuelas,
cantaban y bailaban
de gozo llenas:

Galanes de la villa
que á la cruz llegan;
digan si han visto Maya,
Maya cual ésta.

Ojos de cielo tiene,
boca de perlas;
palidita es su cara
cual la azucena.

Cuello tiene de cisne,
cintura estrecha,
como mimbre que al aire
se balancea.

Galanes de la villa,
vengan á verla:
¡Dichoso aquel amante
que su amor tenga!

---

¡Noches de la Cruz de Mayo!
¡Noches de la Cruz amenas!....
¿Qué ha sido de tanta gala?
¿Qué ha sido de tanta fiesta?
Niñas de caras de rosa,
hoy requeridas apenas,
¡quién os diera que esas noches
para vosotras volvieran!

## VI.

¡Noche de la Cruz de Mayo!
En esa festiva noche,
en palacio el rey se hallaba
circundado de su córte.
Las damas muy bien prendidas,

muy bien vestidos los hombres,
eran el vivo remedo
de un ramillete de flores.
Los pajes en la escalera
estaban puestos en órden,
ostentando mil adornos
á la luz de sus hachones;
y á las puertas de palacio
con armoniosos acordes,
una música poblaba
el aire de alegres sónes.
La estancia en que el rey yacia
llena estaba de primores,
y en el centro se ostentaba
un gran dosel con festones.
Bajo sus anchas cortinas
brillaba una cruz de bronce,
cuyos brazos despedian
un raudal de resplandores.
Todo el espacio era aroma,
luz y gala los salones;

y en compasado murmullo
y en animado desórden,
sonaban por todas partes
risas, suspiros y voces,
entrecortados requiebros
y agudas exclamaciones.
¿Qué extraño que esto ocurriera,
si entre concurso tan noble,
como en certámen de ingenio
y en són de improvisaciones,
sus galas allí lucian
alcanzando alto renombre,
con sus sátiras Quevedo,
con su galanura Lope,
Alarcon con sus sentencias,
Montalvan con sus sermones,
y con sus chistes sangrientos
de Villamediana el conde?
Conversando el rey se hallaba
con tan ilustres varones,
cuando al pié de la escalera

se apagó el rumor de un coche.
Un curioso movimiento
se agitó en todos entonces,
y á la escalera salieron
damas y gentiles hombres.
Quevedo sacó sus lentes
como el que á ver se dispone;
Alarcon estiró el cuello
como un galápago enorme;
el señor Villamediana
galan se atusó el bigote,
y el rey salió hasta la puerta
gallardeando su porte,
cuando oyó gritar á un paje:
—Plaza á la Maya, señores.—
Penetró en la sala Anilla
vistiendo negros crespones,
y al verla Góngora dijo
con delicioso trasporte:
—*Sale la estrella de Vénus*
*al tiempo que el sol se pone.*—

Tomóla el rey de la mano
para hacerla los honores;
sentóla en su silla de oro,
rindió á sus piés el estoque,
y en tono de vasallaje
la dirigió estas razones:
—En tus manos de jazmines
el rey su cetro depone,
que por tu mucha hermosura
regir debieras el orbe.
Breve es, niña, tu reinado,
mas lo breve no te importe,
que se ha de hacer mientras dure
todo cuanto te acomode.
Y en prueba de ello, permite
que el rey á tus piés se postre,
y de tu imperio absoluto
primer vasallo se nombre.—
Y doblando las rodillas
besó su mano de flores,
y al punto hicieron lo mismo

príncipes, duques y condes.
Despues de tal besamanos,
de su asiento Anilla alzóse,
y profirió estas palabras
con asombro de la córte:
—Todo reinado comienza
entre gracias y perdones;
yo, esclava de tal costumbre,
quiero que un perdon se otorgue.
Há poco en *Santiago el Verde*
que un hombre mató á otro hombre;
hoy el matador espera
que la justicia lo ahorque.
Mató con razon y celos,
celos y razon le abonen:
quede libre, pues merece
en vez de castigo honores.—

---

Alzóse un sordo murmullo
contra tales conclusiones;
y el rey, entre afable y sério,

esto dijo en són de informe:
—Niña, la justicia tiene
la ley del cielo por norte;
rey que su fallo no acata,
contra el mismo Dios se opone,
que en la frente de los jueces
su cetro divino rompe.
El matador es villano,
era el muerto grande y noble;
su padre llora su muerte
y pide justicia á voces.
¿Quién habrá que se la niegue
siendo justos sus clamores?
—Señor, replicóle Anilla,
vuestra majestad perdone
de que en esta causa extraña
por el matador abogue.
Los jueces ántes que jueces
han nacido, señor, hombres;
la ley divina en sus manos,
ó se tuerce ó se corrompe.

Cuando la tuercen lisonjas
ó promesas de favores,
bien es que su desagravio
el rey á su cargo tome.
A vos, señor, han llegado
muy torcidos los informes,
que yo sé que el muerto era
mal guardador de atenciones.
En la boca de una niña,
audaz, insolente y torpe,
puso sus labios profanos
con mengua de sus blasones.
Vió el desacato su novio,
y cara á cara matóle,
que á noble sube el villano
si á villano baja el noble.
La ley del honor es una
en el campo y en la córte;
quien venga su honor altivo,
llena su deber de hombre.
Si ese padre llora al muerto,

justo es, señor, que lo llore;
mas no merece su llanto
quien fué de su honor azote.
Mayor compasion merece
una madre anciana y pobre,
que entre duelos y congojas
á tragos la muerte sorbe.
En un rincon de su casa
su angustia la madre esconde,
que un *ay* dolorido lanza
á cada pregon que oye.
Sangre derraman sus ojos,
sangre por su rostro corre,
que el hijo de sus entrañas
la muerte aguarda en prisiones.
¿Y qué diré de la novia
causa de tales horrores?
Sin color en las mejillas,
vistiendo negros crespones,
ante el rey de España pide
la vida de sus amores.

Señor, matarle es matarme;
ved lo que haceis esta noche,
si no quereis que de reina
mis privilegios invoque.
Vuestro cetro está en mi mano;
respeto este cetro impone:
¿Quién negándole obediencia
manchará sus resplandores?

---

Calló Anilla: el rey turbado
miró á los grandes entonces,
como pidiendo un consejo
con la justicia conforme.
Guardó silencio el concurso,
turbada calló la córte;
y sólo Quevedo dijo
cuchicheando con Lope....
—¡Si yo fuera el rey ahora,
por Dios que asombrara al orbe!
—¿Qué hicierais? dijo el monarca
que sorprendió estas razones.

—¿Quereis mi opinion?

—La quiero.

—Pues dígola y no se enoje.
Por la boca de esa niña
han hablado los doctores;
la ley es vara que mide
por igual á todo zote,
llámese el zote Don Bueso,
ó llámese Juan Bodoque.
Si al noble mató el villano,
válganle los *Pater noster*
del que le plazca rezarle
para que Dios le perdone.
En cuanto al novio, es muy justo,
pues mató, que se le ahorque:
mas muera ahorcado en los brazos
de esa linda Maritornes.
Quien se casa, ¿no se ahorca?
Pues que le casen al trote,
y viva en cárcel perpétua
temiendo que le encorocen.

Así cumple el rey con todo,
cumple cual monarca y noble;
que no es bien que en esta chica
usos antiguos derogue.
Y además la Cruz de Cristo
presencia estas discusiones,
y fuera gran desacato
desairar á quien nos oye.
No es noche de luto aquesta,
que es de jolgorio esta noche;
ya que la Cruz se celebra,
celébrese con perdones,
que así el rey á Dios imita,
pues en ella salvó al hombre.

---

Calló Quevedo: el monarca
hácia la Maya tornóse,
y tendiéndola su mano
la dijo afable:—No llores;
será tu amor condenado
á que muera en tus prisiones.—

Ana cayó de rodillas,
rompió en aplauso la córte,
y en recuerdo de este caso
compuso estas coplas Lope.

## CONCLUSION.

### I.

Galanes de la villa,
mozos valientes,
que bajais á Santiago,
*Santiago el Verde;*
respetad el recato
de las mujeres,
que el que no las respeta

la vida pierde.
Fueros y privilegios
ya no os defienden,
que el rey de las Españas
con razon quiere,
que en su gran monarquía
sean sus leyes
escudo contra el pobre,
terror del fuerte.

## II.

Muchachas de la villa,
niñas alegres,
que bajais á Santiago,
*Santiago el Verde;*

tejed ricas guirnaldas
para las sienes
de la Maya donosa
de ojos celestes,
que en la córte de España
logró valiente
libertar á su amante
de fiera muerte.
Hoy en su blanco seno
tranquilo duerme;
y al compás del arrullo
con que le mece,
dice á veces risueña,
llorosa á veces:
—Que viva el rey de España
justo y clemente,
que á las niñas que lloran
su amor las vuelve.

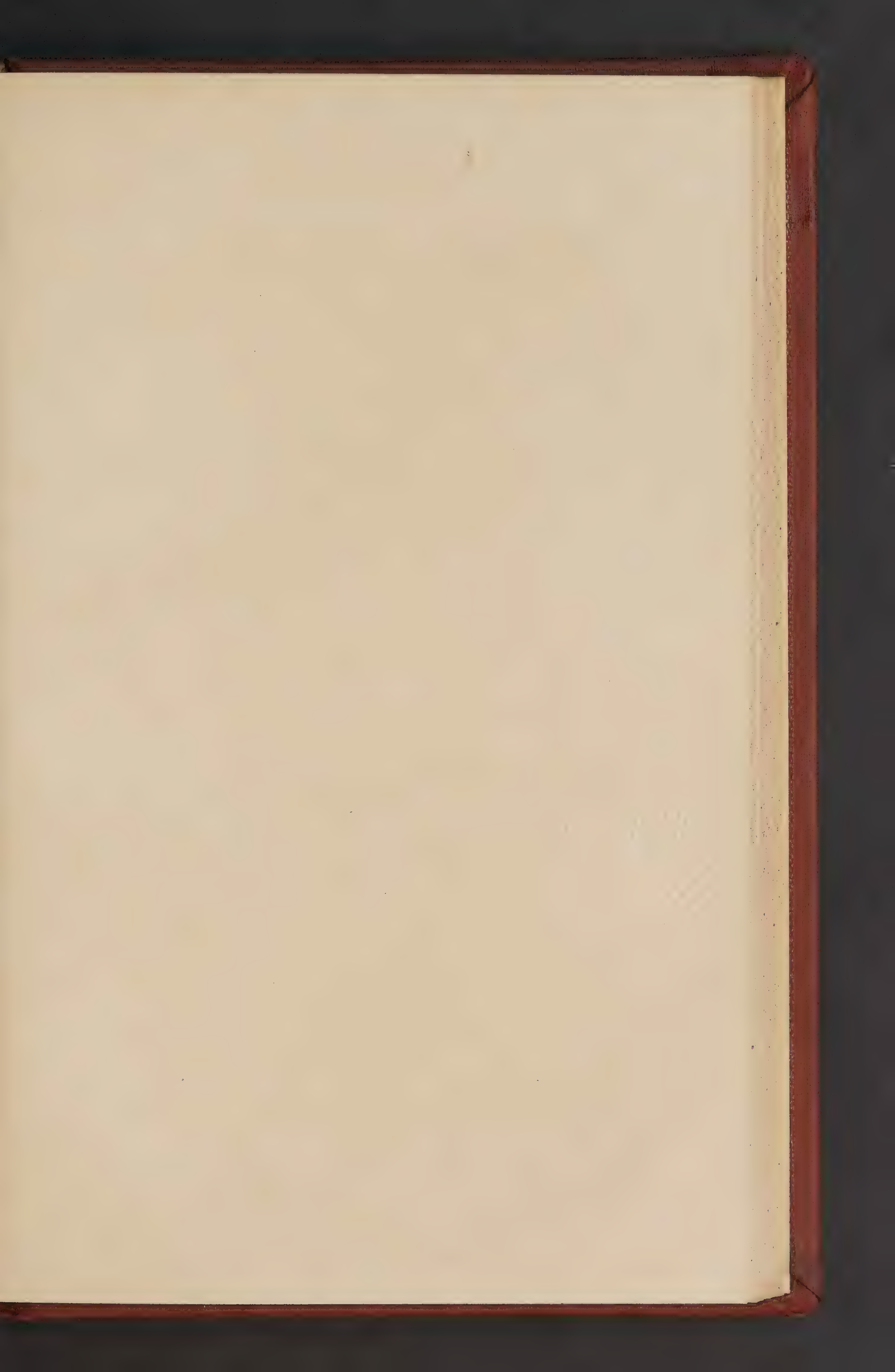
---

# LA EJECUCION DE UN VALIDO.

1621.

*. . . . . hasta la plaza se desquitó de su soberbia; pues quien siempre la despejaba para la muerte de un toro, aquel dia la llenó de gente para que viese la suya.*

**QUEVEDO.**—**Anales de quince dias.**





LA EJECUCION DE UN VALIDO.

# LA MUERTE DE UN VALIDO.

---

## I.

En una casa-palacio
honrada de cien blasones,
blasones que denunciaban
ser la morada de un prócer,
más que á mediados de Octubre
(mártes era, y por la noche),
entró un fraile carmelita
á punto de dar las doce.
Atravesó lentamente
un zaguan ancho y disforme;

saludáronle á su paso
diez alguaciles de córte
y algunos cuantos soldados
armados hasta el cogote;
subió una corta escalera,
atravesó dos salones,
y empujando una mampara
forrada de seda doble,
entró en una estancia breve,
en la cual se hallaba un hombre.
Era un hombre de gran talla,
de airoso y gallardo porte,
de gesto altivo y severo,
de edad entre viejo y jóven.
Vestido todo de oscuro,
con el cabello en desórden,
la faz entre las dos manos,
grave, silencioso, inmóvil,
hundidas ambas rodillas
en dos grandes almohadones,
rezaba al pié de la Vírgen

llamada de los Dolores.
Al sentir sonar la puerta,
y al ver penetrar á un monje,
se alzó del reclinatorio
como herido de un resorte.
—Buenas noches, dijo el fraile;
y él contestó :—¡Buenas noches!
Miráronse frente á frente
los dos interlocutores,
más mudos y más sombríos
que dos estátuas de bronce.
Y era tan grave el silencio
que á tales frases siguióse,
que de los dos se sentian
las breves respiraciones.
—¿Qué quereis? dijo el que oraba:
y el fraile, sumiso y dócil,
le contestó cariñoso
con balbucientes razones :—
—Vengo á serviros humilde
del padre Pedrosa en nombre,

que por hallarse algo enfermo
salir el doctor prohibióle.
—¿Y á média noche os envia?
—Cumplo, señor, con su órden;
si hé venido á importunaros,
le ruego que me perdone.
—¿Importunar?.... ¡no por cierto!
¿No os dió más explicaciones?
—Sí tal; me dijo:—"Rogadle
que á su suerte se conforme,
y que á Dios vuelva los ojos,
pues que así Dios lo dispone."
—¿Eso os dijo?
—Eso me dijo.
—¿Estoy, pues, perdido entonces?
—Sí, perdido para el mundo,
mas no para el Dios que os oye.
—¿Estais seguro?
—Seguro,
que así se dice en la córte,
y así la plebe afanosa

lo va pregonando á voces.
—¿Y para cuándo mi muerte
mis enemigos disponen?...
Hablad, que no tengo miedo,
aunque es justo que me asombre.
—Vuestro paso á mejor vida
será el jueves á las once.
—¿Aquí en palacio?
—En la plaza.
—¡Igual que á los malhechores!
¿Quieren matarme lo mismo?
—No señor, como á los nobles;
que os degollará el verdugo
con espada ó con mandoble.
—Está bien .... ¡poco me resta
que vivir!.... ¡Esto recoge
quien siembra en tierra de ingratos
beneficios y favores!
—¿Por qué recordar el mundo?
Dejad las reconvenciones:
rogad, señor, como Cristo

rogó por sus matadores.
—Eso haré, padre, á su tiempo;
mas dejad que os interrogue
acerca de cuanto dicen
necios ó murmuradores.
¿Qué causa dan á mi muerte?
¿Qué delitos me suponen?....
¿Me escarnece el mundo entero?
¿No hay quién sienta mis dolores?
—Cuando la justicia falla,
señor, ya no hay opiniones.
—¿Danme, pues, por delincuente?
—Sí, de delitos atroces.
—¿Cuáles son?
—¿A qué nombrarlos?
ya lo hablarán los pregones;
que irá el verdugo diciendo
lo que vuestra causa arroje.
—Pues bien, mentirá el verdugo
en todo aquello que entone;
siendo enemigos mis jueces,

¿cómo serán sus razones?
Y torciéndose irritado
sus levantados bigotes,
dió tres ó cuatro paseos
y al cabo de ellos sentóse.
Tambien el buen carmelita
tomó otro asiento de roble,
y callado y compasivo
murmuró unas oraciones.
Al cabo de un cuarto de hora
de nuevo el hidalgo alzóse,
y arrodillándose humilde
á los piés del sacerdote,
díjole:—Habladme del cielo,
pues me abandonan los hombres,
que yo los perdono á todos
para que Dios me perdone.—
Alzóse el fraile á estas frases
con delicioso trasporte,
y levantando las manos
como Moisés en el monte,

dijo mirando á los cielos
de Dios invocando el nombre:
—"Amparadlo en su desdicha,
Padre de los pecadores."—

## II.

Y una vez así los dos,
cobró el hidalgo la calma,
y dejó hablar á su alma
como en presencia de Dios.
—¡Grande pecador he sido!
murmuró todo humillado:
Al cielo Titan he osado,
y Dios hasta aquí me ha hundido.
—Sol de justicia y verdad
es quien la vida os descuenta.

—Duélome que con afrenta
castigue mi vanidad.
—¿Por qué disteis al olvido
la ley con que ha demostrado
que si ensalza al humillado
abate al desvanecido?
Ahora mismo, esa razon
que tanto os duele y apena,
¿no me dice que aun os llena
la soberbia el corazon?
—¡Ay, padre! que no es por mí
por quien mi afrenta lamento;
mas si por mí no la siento,
lo que es por mis hijos, sí.
—Dios es fuente de piedad
aun en su mismo castigo;
mas ya es hora Don Rodrigo
de olvidar la vanidad.
—Razon teneis en conciencia;
mas dejad que á Dios apele,
porque soy padre, y me duele

el daño de la inocencia.
—Cuando en pecados prolijos
buscasteis poder y honor,
¿por qué olvidasteis, señor,
el amor de vuestros hijos?
Hoy la conciencia os remuerde
y haceis de ese afecto alarde;
mas quien en Dios piensa tarde,
ya veis que todo lo pierde.
—¡Decís bien, teneis razon!....
¡fatal y horrible es la herencia
que deja á su descendencia
Don Rodrigo Calderon!....
—Desquite el cielo reclama
castigándoos de tal suerte.
—Padre, no siento la muerte,
que lo que siento es la fama.
Cuando registren mi historia
escrita sin datos fijos,
¿qué dirán mis pobres hijos?
¡cuánto odiarán mi memoria!....

—¿Odiaros, señor?.... No tal:
herencia es ésta tambien,
porque enseña á vivir bien
el que llega á morir mal.
Dios, que al pecador humilla,
de todo cuida por suerte:
¿quién veló tras de su muerte
por los hijos de Avililla?
Con inaudita crueldad
vuestra mano le mató;
mas de sus hijos cuidó
Dios, que es todo caridad.
—No hableis, padre, de ese arcano,
que juro de Dios en nombre,
que en la sangre de ese hombre
jamás se tiñó mi mano.
No fuí yo quien por recelo
su perdicion decretó;
de lo que entonces pasó
sabe la verdad el cielo.
—El mundo os hace el agravio

de daros por matador.
—Alguien hay que sin honor
sella en este asunto el labio.
Si matar deja al que fiel
entonces le hizo un servicio,
en el supremo juicio
será su pena cruel.
—En el tribunal potente
en que el Eterno preside,
al encubridor se mide
lo mismo que al delincuente.
—No reza en esta ocasion
ley tan tremenda conmigo,
que sólo allí fué testigo
Don Rodrigo Calderon.
Si cumplió con un deber
que hoy condena la apariencia,
el que dictó la sentencia
á Dios sabrá responder.
—¿Pues por qué no hablais, señor,
para no veros así?....

—Dios, que está dentro de mí,
sabe que hago lo mejor.
—Pienso que vais muy errado,
que eso el daño no corrige.
—¿Qué quereis, padre? Esto exige
de mí la razon de Estado.
Fiera y trémenda razon,
que me lleva al precipicio;
pero acepto mi suplicio
de otra falta en expiacion.
—¿Es la muerte de Juara
que á vuestra sombra hizo suerte?
¡Cuentan que le disteis muerte
para que no os denunciara!
—¿De qué?
—De un delito fiero
que ni el labio á decir osa:
¿quién asesinó á la esposa
del rey Felipe Tercero?
—¡Cómo!
—Dicen que él os dió

unos parches con veneno,
y aplicados á su seno
al tercer dia murió.
—Calumnia infame, pardiez,
clamó el valido con ira.
De tan villana mentira
apelo al Supremo juez.
—Da el crímen por verdadero
vuestra amistad con Juara,
que el mundo le echaba en cara
que era infame y hechicero.
—¡Ah, padre! no es eso, no;
es que el vulgo con insidia,
se hace el eco de la envidia
que mi pérdida juró.
¿Cabe en humana creencia,
estando la ciencia al medio,
que se aplicára un remedio
desconocido á la ciencia?
¿No se saben los enojos
que con mi favor la dí?

¿Ignora el mundo que fuí
mal mirado de sus ojos?
¿Pues cómo es fácil creer,
de un ódio tan singular,
que ella pudiera aceptar
lo que no llegué á ofrecer?
Si Dios á sí la llamó
á tres dias de parida,
¿por qué achacar á mi vida
culpa que no cometió?
¿Cómo tan viles patrañas
el rey llegó á alimentar?
¿Cómo no mandó estudiar
de la reina las entrañas?
¡Maldiga Dios los amaños
con que hasta del rey se abusa!
¿Por qué de esto se me acusa
al cabo de tantos años?
¿Dónde las pruebas están
de ese crímen en abono?
Jueces que obran por encono,

cuenta á los cielos darán.
En ellos sin remision
tendrá su pena el precito;
padre, mi único delito
es que he tenido ambicion.
Que de la nada salí,
que la privanza escalé,
que á los grandes eclipsé,
que pobre me enriquecí.
Que dado á la ostentacion
me desvaneció mi altura;
¡y harto paga tal locura
Don Rodrigo Calderon!
Si alguna vez del poder
llegué á abusar, no fué tanto
que hoy justifique el quebranto
en que he venido á caer.
Víctima de la malicia,
soy Don Álvaro segundo;
¡quizás al dejar el mundo,
el mundo me hará justicia!

Hoy nada pido ni espero;
sólo pido al confesor,
que á la esposa de mi amor
diga que inocente muero.
Que ante mis males prolijos
sepa este ejemplo tomar,
para que enseñe á apartar
de tal camino á mis hijos.
Tremenda es la tentacion
que nos convida al poder,
mas que les haga aprender
de mi muerte la leccion:
que tengan en mi caida
fijos los dolientes ojos,
pues les dejo en mis despojos
experiencias de la vida.
Y ya que mi confesion
os he dicho reverente,
padre, echad sobre mi frente
vuestra santa bendicion.

Como Dios desde su trono,
tendió el confesor la mano,
y dijo:—Inclínate, hermano,
yo te absuelvo y te perdono.
Acata con sumision
el juicio de Dios profundo:
cada pecado del mundo
necesita una expiacion.
Tu muerte, á la vanidad
un sello de horror imprime.
¡Dichoso aquel que redime
un vicio á la humanidad!

---

Y despues de una oracion
que duró un breve momento,
quedó solo en su aposento
Don Rodrigo Calderon.

## III.

Á dos dias de esta escena
(un jueves por la mañana),
la muchedumbre curiosa
plazas y calles llenaba.
De un terror harto profundo
daba muestras toda cara,
toda voz sonaba á miedo,
miedo era toda mirada.
Todo balcon parecia
un cuadro vivo de ánimas;
no se diga de las rejas,
ni hay que hablar de las ventanas.
La Plaza Mayor, ¡qué espanto!
era mar alborotada,

y las calles confluyentes
arroyos de carne humana.
En medio, escueto y sombrío,
tremendo como un fantasma,
un alto y ancho tablado
solitario descollaba.
En el centro se veia
sola una silla enlutada,
y al lado, un ancho cuchillo,
cuerdas, y un paño de grana.
Al pié de un altar cercano,
con las frentes inclinadas,
seis carmelitas descalzos
el *Miserere* cantaban.
Y en medio de aquellos rezos
que encomendaban á un alma,
la grosera muchedumbre,
en són de fiesta y de zambra,
llena de viva impaciencia
y en gigantes oleadas,
ya á los portales huia,

ya hasta el cadalso llegaba.
Gritaban los vendedores
ofreciendo frutas y agua;
los ciegos con sus saetas
todo el espacio atronaban;
retozaban los chiquillos,
murmuraban las beatas,
requebraban los galanes,
suspiraban las muchachas;
y en medio de tanta gresca,
de tal vida y bulla tanta,
de vez en cuando, dolientes
por el aire resbalaban,
ya el *ay* de un agonizante,
ya el eco de una campana.
—¡Bien empieza este reinado!....
dijo á un soldado un garnacha.
—¿Por qué?
—Ya no habrá validos
que abusen de su privanza;
rey que empieza en tal justicia,

¿su rectitud no declara?
—Así parece: ya es tiempo
de que haya rey en España
que con mano dura enfrene
los vicios que nos trabajan.
—¿Era privado ese hombre?
—¡Vaya una pregunta rara!....
¿De dónde vuesarced sale
que tanto ignora?
—De Italia:
allí he estado mucho tiempo,
y allí no se sabe nada
de lo que pasa en la córte
ni de las gentes que mandan.
—Pues por Dios que he de contarle
de esta ejecucion la causa.
—Por Cristo que lo agradezco,
que estoy de este asunto en bábia.
—Escuchad, pues: este hombre
que hoy tan triste fin aguarda,
ha sido un fiero tirano

y un ambicioso de marca.
Nació de padres humildes,
segun las gentes relatan;
mas siendo mozo y soberbio,
con mengua de su prosapia,
al mundo se dió por hijo
bastardo del duque de Alba.
—¡Voto á Dios, que en ese rasgo
ya su soberbia declara!
¡Negar su fe de bautismo
por darse más lustre y fama!....
¡Voto á Cribas, que á su madre
no ha honrado como Dios manda!
—¡Ahí vereis!.... por estos medios
y otros muchos que se callan,
entró en la casa de Lerma
cuando el de Lerma privaba.
De su poder amparado,
y ayudado de sus trazas,
dominó al fin en la córte,
y á tal llegaron sus mañas,

que por miedo de sus iras
ni aun el rey le puso á raya.
Poder, honores, hacienda,
todo lo usurpó al monarca,
y al cabo mató á la reina
porque la reina le odiaba.
Amigo de un hechicero,
llamado Francisco Juara,
quitó vidas á su antojo,
mató á aquél que le estorbaba;
y llegó en esto á un extremo
tan sin límites ni vallas,
que por si dijo ó no dijo,
de no sé qué, unas palabras,
á un alguacil de esta córte,
que Avililla se llamaba,
de un coche contra la rueda
le dió garrote con saña.
Á los grandes, ¡no se diga
si echó roncas y bravatas!
Hablen por mí el almirante

de Aragon y Camarasa;
que al uno por hechicero,
y al otro por otras tramas,
los persiguió con tal furia,
los maltrató con tal rabia,
que para salvar sus vidas
de su enojo amenazadas,
de secreto y con astucia
se huyeron á tierra extraña.
Muerto el rey, que de Dios goza
y que allá su gloria alcanza;
cansado el cielo, sin duda,
de estas sangrientas hazañas;
rey el buen Felipe Cuarto
(¡Dios le conserve en su gracia!),
ganoso de hacer justicia
y haciéndola entrar en caja,
hoy con tan duro castigo
solemnemente declara,
que al comenzar su reinado
el de la injusticia acaba.

—Voto al cielo que me alegro
de resolucion tan alta,
pues con eso el rey nos prueba
que tiene alientos y agallas.
—¡Callad, que el pobre ministro
penetra ya por la plaza,
y entre frailes y alguaciles
su altiva frente levanta!
¡Cuántas veces aquí mismo
la córte admiró su gala,
y aplaudió su bizarría
en esto de romper cañas!
—Vamos, si gustais, más cerca,
que quiero verle la cara.

---

Y corriendo los dos hombres
hácia el cortejo que entraba,
llegaron á duras penas
del cadalso hasta las gradas.
Entre sesenta alguaciles,
llevando en alto sus varas,

con campanillas delante
y un pregonero sin capa;
montado en mula de paso,
con caperuza enlutada,
cuello escarolado y limpio
como en sus dias de gala,
desenrizado el cabello
flotando sobre la espalda,
la cruz de Cristo en las manos
y en el Cristo las miradas,
así penetró el valido
por entre las mudas masas,
las palabras repitiendo
del confesor con voz clara.
Al verle pasar las gentes
contrito y sin arrogancia,
dando ejemplo de cristiano
en ocasion tan amarga,
unos de angustia gemian,
otros derramaban lágrimas,
y todos—"¡Dios te perdone!"

al verle pasar gritaban.
Luégo que llegó al cadalso,
subió sereno la escala,
y murmuró al carmelita
que del brazo le ayudaba:
—Carrera ha sido de triunfo
esta carrera tan larga,
que al pasar he visto al pueblo
dolerse de mi desgracia.
—¿Á qué cuidaros del mundo?
replicó el fraile en voz baja:
pensad tan sólo en el cielo,
pensad tan sólo en el alma.
—¿Por qué quitan de esa silla
la bayeta que la tapa?
preguntó airado al verdugo
doliéndose de esta infamia.
Y el verdugo sorprendido
dijo despues de una pausa:
—¡Es órden del rey!

Y él dijo:

—¿Esto es justicia ó venganza?
El confesor tristemente
murmuró algunas palabras,
y él repuso en són airado:
—Padre, he perdido la calma,
al ver que mis enemigos
aun me niegan mi mortaja.
—Morir bien es lo que importa,
hijo; ve que el cielo aguarda.

---

No replicó Don Rodrigo;
mas mostrando la garganta,
sentóse y dijo al verdugo:
—Haz, pues, tu oficio y despacha.—
Á poco de este suceso
un grito sonó en la plaza,
y al par murmuró el concurso:
—¡Muere en paz! ¡que Dios te valga!

## IV.

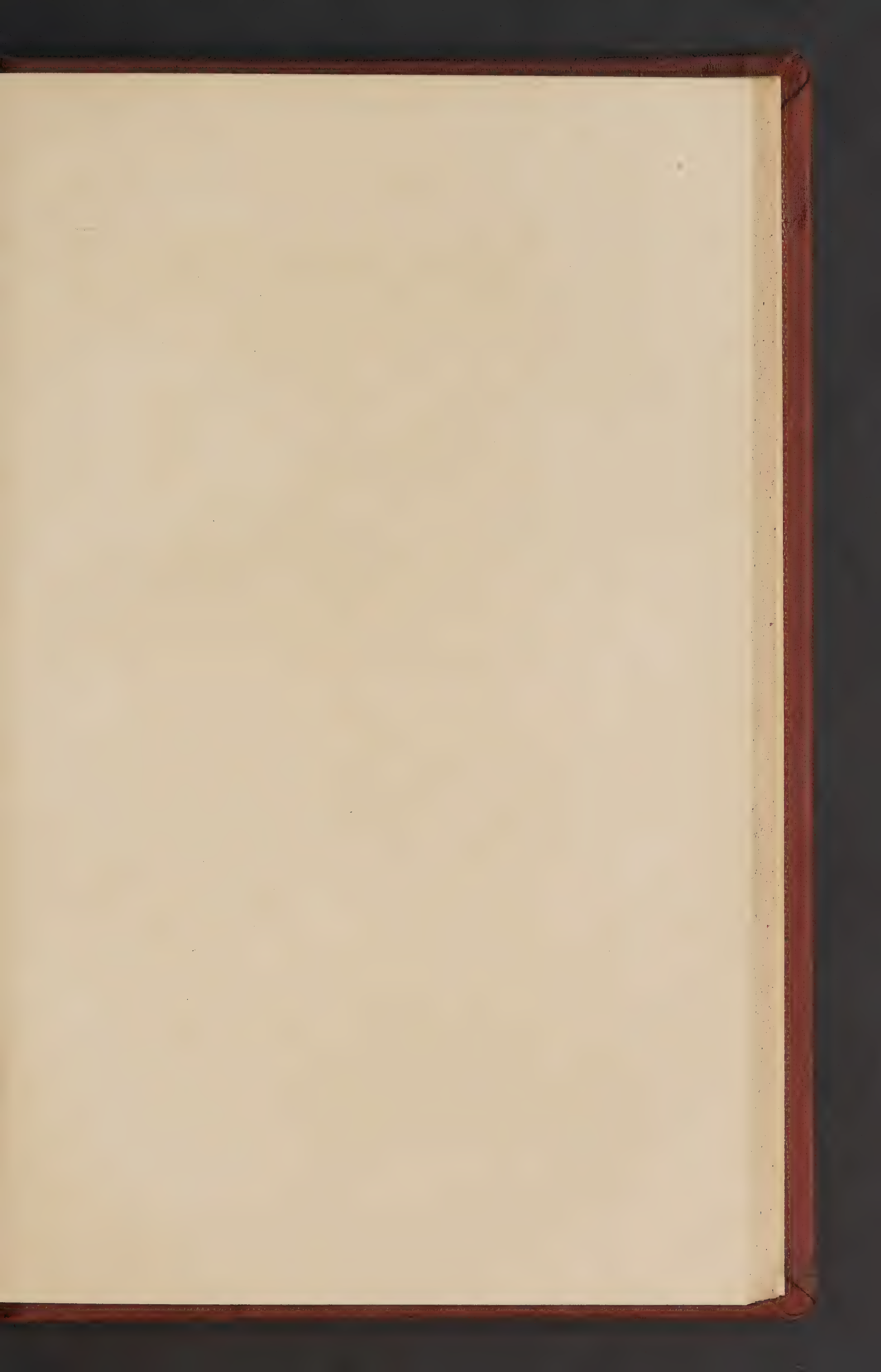
Despues de traspuesto el sol,
envuelto en un mal capuz,
sin otra luz que la luz
de un macilento farol,
por cuatro frailes llevado,
merced al conde de Luna,
el que irritó á la fortuna
al Cármen fué trasladado.
Allí la comunidad
tierra en su claustro le dió,
que si sepulcro encontró,
lo debió á la caridad.
Y como en otra privanza
cayó el rey, aun se malicia
si fué tal muerte justicia
ó fué tan sólo venganza.

# MUERTE DE VILLAMEDIANA.

1622.

*La justicia hizo diligencias para averiguar lo que otro hizo á falta suya, dando lugar á que fuese exceso lo que pudo ser sentencia.*

**QUEVEDO.**—Anales de quince dias.





MUERTE DE VILLAMEDIANA.

# MUERTE DE VILLAMEDIANA.

---

## CARTA DE ADAN DE LA PARRA

### Á D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

Allá va buen Don Francisco,
en prosa ramplona y llana,
la nueva que esta mañana
ha levantado gran cisco.
Hoy San Felipe es aprisco
mudo de espanto y pavor,
pues es tan grande el terror
que ha entrado en el *Mentidero*,
que ni acude un embustero
ni asoma un murmurador.

---

La causa de esta medrana
que á todo hablador convierte,
es que ayer han dado muerte
al señor Villamediana.
Dícese que fué villana
la mano que le mató;
mas si fué villana ó no,
Dios lo sabe y el que fué,
pues sospechando el por qué,
calla el que su muerte vió.

---

Yo, queriendo en puridad
dar cebo á vuestros *Anales*,
he logrado nuevas tales
que dejan ver la verdad.
Péselas vuestra bondad,
mídalas vuestro juicio,
y hallareis quizá el indicio
que dió á este asunto ocasion,
porque nunca la ambicion
se acuerda del precipicio.

---

Ya sabeis que era Don Juan
dado al juego y los placeres;
amábanle las mujeres
por discreto y por galan:
valiente como un Roldan,
y más mordaz que valiente,
hincó en el de Lerma el diente,
y de él habló tan sin merma,
que le desterró el de Lerma
por audaz y maldiciente.

---

Largo tiempo, á lo que infiero,
léjos de Madrid vivió;
mas tornó cuando murió
el rey Felipe Tercero:
Dióle al reinar su heredero
desquite de sus pesares;
pues los que fueron lunares
que deslustraban su historia,
fueron luégo ejecutoria
para el conde de Olivares.

---

Por su influjo protector,
ó por influjo del hado,
fué al cabo el conde nombrado
del rey correo mayor.
Ufano con tal honor,
segundo en el valimiento,
con tan altivo ardimiento
vistió plumas, lució galas,
que alguien las tomó por alas
con que se explayó en el viento.

---

Más pulido que Medoro,
y en el vestir sin segundo,
causaban asombro al mundo
sus trajes bordados de oro.
Y era tanto su decoro
cuando con el rey salia,
que el vulgo absorto decia
contemplando su persona,
que el dueño de la corona
su vasallo parecia.

---

Muy diestro en rejonear,
muy amigo de reñir,
muy ganoso de servir,
muy desprendido en el dar;
tal fama llegó á alcanzar
en toda la córte entera,
que no hubo dentro ni fuera
grande que le contrastara,
mujer que no le adorara,
hombre que no le temiera.

---

Para mayor ufanía
y aumento de sus loores,
eran vates y pintores
su ordinaria compañía:
con todos ellos partia
su valimiento y caudal;
y fué su fortuna tal
de la córte en el vaiven,
que todos hablaban bien
del que habló de todos mal.

---

No le sirvió la leccion
que dió á la humana flaqueza,
ni el desastre de Franqueza,
ni el trance de Calderon:
Acaso la presuncion
cególe tan importuna,
que no vió, sin duda alguna,
que á quien vive de tal suerte,
estos ejemplos advierte
lo vário de la fortuna.

---

Nada le llegó á decir
el buen Góngora al cantar,
*Arroyo, ¿en qué ha de parar*
*tanto anhelar y subir?*
Soberbio Guadalquivir,
quiso su curso extender;
y tanto osó pretender,
y á tanto, en fin, se atrevió,
que al mar eterno llegó
para nunca más volver.

---

Por no causaros sonrojos,
no os diré qué pretendia;
mas harto el vulgo advertia
sus soberanos antojos.
Fijó en el cielo los ojos
y á la luz del sol miró;
mas necio no recordó
que, por osar á lo mismo,
Ícaro rodó al abismo
cuando á la luz se acercó.

---

En vano con loco intento
favor pidió al Buen Retiro;
tras uno y otro suspiro
su amor se estrelló en el viento:
hay quien dice que violento
á tanto su amor llegó,
que activo fuego prendió
al teatro á que asistia
la dama por quien vivia,
la dama por quien murió.

---

Que el corral ardió á retazos,
es harto sabido á fe;
mas os juro que no sé
si la salvó entre sus brazos.
Por prenderla en tales lazos
dicen que forjó este exceso;
y hay quien añade sin seso
que de un desmayo al sopor,
aspiró el conde traidor
á los regalos de un beso.

---

Esto la plebe asegura,
aunque yo no lo aseguro:
que en trance de tal apuro,
¿quién presenció su ventura?
Tal y como se murmura,
doy yo la murmuracion:
mas téngola en mi opinion
por cosa falsa y de cuento,
que hoy se forja todo invento
por disculpar la agresion.

---

Si el beso fué realidad,
yo á asegurarlo no acierto,
que pienso que Dios y el muerto
saben solos la verdàd.
Si la sacra majestad
sospechó del caso luégo,
tampoco á afirmarlo llego,
aunque dicen que se sabe
que el rey le miraba grave
desde la noche del fuego.

---

Algo debió comprender
el conde de este rigor;
que en unas coplas de amor
así nos lo da á entender.
Coplas son á una mujer,
coplas llenas de intencion,
en que llama á su pasion,
quizá esperando la herida,
*Menosprecio de la vida*
*y luz de la estimacion.*

---

¿Leyó el rey este papel
que á todo recelo avisa?
¿Sospechó que Francelisa
fuera la reina Isabel?....
Que se hicieron copias de él,
se tiene por verdadero:
que rodó en el *Mentidero*,
lo confiesa todo labio:
¿Qué mucho que á tal agravio
siguiera un castigo fiero?

---

¿Hubo acaso entre la grey
palaciega y cortesana,
quien puso á Villamediana
bajo las iras del rey?....
Muchas veces á igual ley,
á igual castigo, á igual pena,
airado el cielo condena
al que al prójimo deshonra,
creyendo aumentar su honra
porque escarnece la ajena.

---

Si alguien el rayo encendió,
en verdad que no fué en vano,
pues fué certera la mano
que airada lo fulminó.
Cuando el mundo el caso vió,
calló con harta pericia,
pues sospechó su malicia
que en acto de tal violencia,
fué secreta la sentencia
y pública la justicia.

---

Escuchad cómo ocurrió
el fiero y tremendo alarde;
que fué la muerte ayer tarde
y he sido testigo yo.
En coche el conde llegó
con su amigo Luis de Haro,
á un sitio en que sin reparo,
ni recato de las gentes,
le atajaron dos valientes
con nunca visto descaro.

---

Uno el coche refrenó;
y otro asaltando el estribo,
con acento claro y vivo
por el conde preguntó:
—Yo soy, Don Juan respondió,
sin recelar un acecho;
y una vez que satisfecho
quedó el bravo á tal respuesta,
disparóle una ballesta
que le rompió todo el pecho

---

Valiente intentó salir
el conde lanzando fieros:
el portal de pellejeros
le vió bajar y morir.
Le quiso el de Haro acudir
saltando airado detrás;
pero perdiendo el compás
oprimióse el conde el pecho,
y murmurando,—*Esto es hecho*,—
espiró sin decir más.

---

Con arrojo peregrino,
pues era en lides experto,
dejó Don Luis al muerto
por seguir al asesino:
Alguien con igual destino
detrás del de Haro echó;
mas cuando al cabo le halló
é iba á arrojarse sobre él,
más pálido que un papel,
mudo la espalda volvió.

---

Cuando con sobra de espacio
comenzó el juez á indagar,
despues que logró dejar
á Don Juan en su palacio,
silencio guardó reacio
su amigo, y dejó entender
que por su mucho correr
al matador no alcanzo,
y que aunque cerca le vió
no le pudo conocer.

---

Prudencia ó miedo quizás,
encuentro al llegar aquí;
yo al matador conocí
yendo muy mucho detrás:
mozo dado á Barrabás
de la palaciana grey,
él fué quien cumplió la ley
que dictó un alto deseo:
se llama Alonso Mateo,
y es ballestero del rey.

---

Esta prueba, ¿no declara
todo cuanto llevo escrito?....
En vano tras del delito
el rey esconde la cara.
Y por si usarced dudara
quién fué el autor de esta lid,
de esos versos inferid
cómo su nombre propalan
los vates que le señalan
á la opinion de Madrid.

---

## DE GONGORA.

Aquí yace, aunque á su costa,
un mónstruo en decir y hacer;
Por la *posta* vino á ser,
y se acabó por la posta.
Puerta en el pecho no angosta
le labró hierro fatal.
Pasajero, en caso tal
que da *luz* con su vaiven,
poco importa *correr bien*
quien vino á parar tan mal.

---

*Mentidero* de Madrid,
decidnos, ¿quién mató al conde?
Ni se sabe, ni *se esconde,*
sin discurso discurrid:
Dicen que matólo el Cid
por ser el conde *lozano;*

¡Disparate chabacano!
Lo cierto del caso ha sido,
que el matador fué *Vellido*
y el impulso *soberano*.

---

## DE LOPE.

Aquí con hado fatal
yace un poeta gentil:
murió casi juvenil,
por ser tanto *juvenal*.
Un tosco y fiero puñal
de su edad desfloró el fruto:
rindió al acero tributo;
pero no es la vez primera
que se haya visto que muera
César al poder de Bruto.

---

## DE MIRADEMESCUA.

Ayer fuí conde, hoy soy nada;
fuí profeta, y ví en mis dias
cumplidas mis profecías,
mi verdad autorizada.
De algun villano la espada
cortó la flor de mi edad;
y Madrid con su piedad
me tiene canonizado,
pues dicen que me han quitado
la vida por la verdad.

## DE VÉLEZ DE GUEVARA.

Aquí yacen los despojos
de un discreto *mal regido*,
cuya muerte han prevenido

*propios y ajenos antojos.*
*Émulos fueron sus ojos;*
y tú, caminante, advierte
*quien causó tan dura suerte;*
Y si lloras compasivo,
*llora más que al muerto, al vivo,*
el imperio de su muerte.

---

## DEL CONDE DE SALDAÑA.

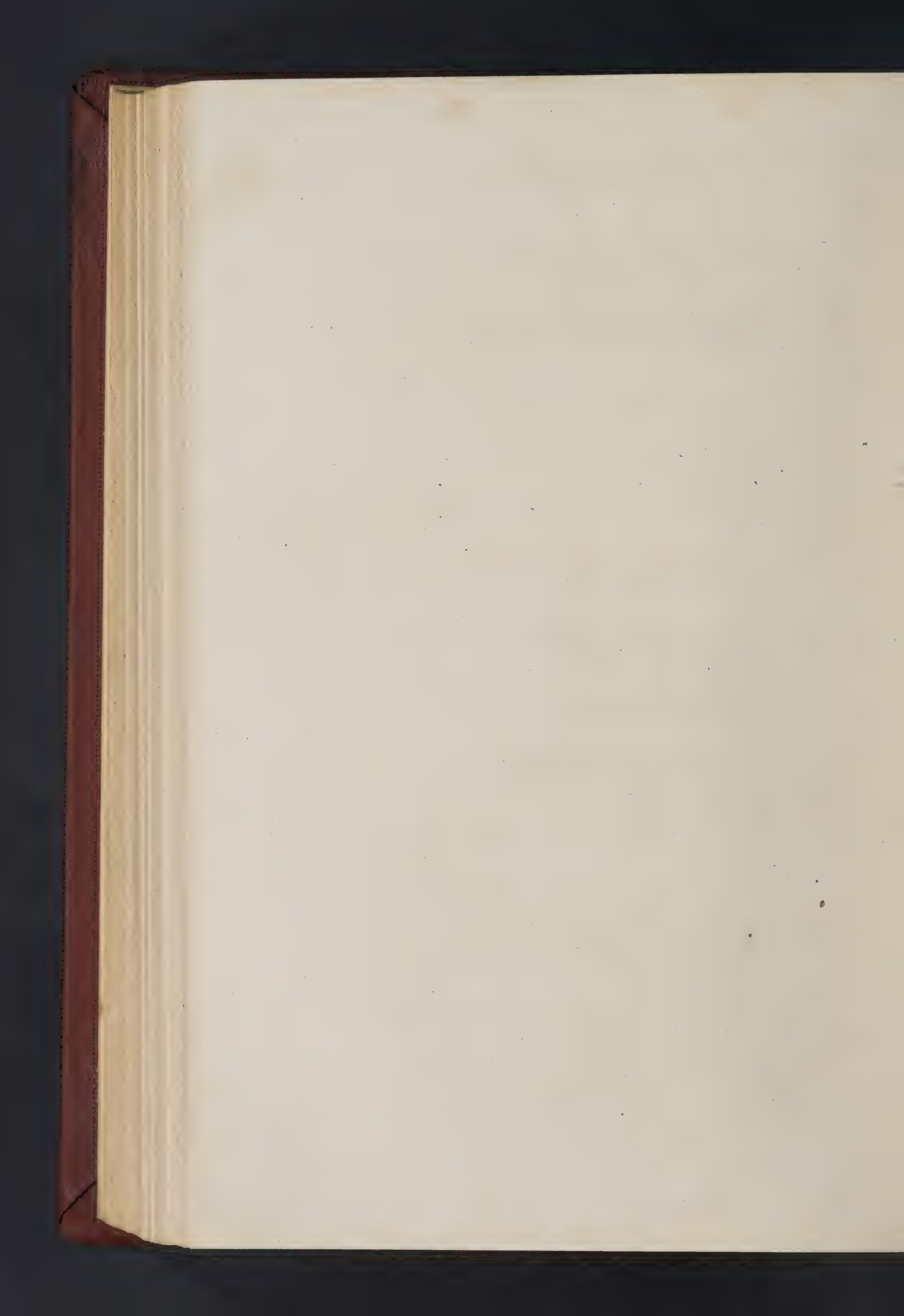
Aquí yace quien tan mal
usó del saber, y quien
en su vida alcanzó el bien
de hallar amigo leal.
Él fué señor sin igual,
invencible en el ardor,
*águila que al resplandor*

*del sol* se puso tan fuerte,
que no le causó su muerte
la muerte, *sino el valor*.

---

Y aquí termino con esto
haciendo punto final;
en San Felipe el Real
hoy está su cuerpo expuesto:
Comenta el caso funesto
la plebe con diestro ardid:
Dicen que á Valladolid
le llevarán á enterrar.
—¡Ved en qué vino á parar
quien fué asombro de Madrid!

---



# EL ACERO DE MADRID.

1630.

*A la fuente del amor,*
*no bajes, niña, por agua,*
*que es almíbar para el gusto*
*y es acíbar para el alma.*





EL ACERO DE MADRID.

# EL ACERO DE MADRID.

## I.

Mañanas tibias de Mayo,
frescas mañanas de Abril,
tan ansiadas de las niñas
que lustren dan á Madrid;
¿qué fué lo que en otros tiempos
os dió renombre sin fin,
que soñando en disfrutaros
era tan breve el dormir?
¿Qué brisas vivificantes,
qué luz tan viva y sutil,
llenando el espacio entero
de aromas, grana y carmin,

daban más vida á la vida,
mayor matiz al matiz,
á la belleza más gala,
y más brio á lo gentil?
¡Ah!.... yo sé que si pudieran
hoy de sus tumbas salir
los que en tiempos tan bizarros
iban de aquí para allí
ensordeciendo los aires
con su gozo juvenil,
ora recorriendo el Prado,
que era un perpétuo jardin,
ya asombrando al Manzanares
y las huertas de Don Gil;
al ver desiertos los sitios
á que acostumbraban ir,
quizá alguna murmurase
con ademan varonil:
—"Para ver lo que ahora pasa,
mucho mejor es morir."—
Y á fe que razon tuviera

quien se lamentase así,
porque eran tales mañanas
gloria abreviada en Madrid.
Por el campo de la Tela
era todo ir y venir,
doncellas de quince á veinte,
dueñas, sombras de tapiz,
mancebos de ciento en ciento,
galanes de mil en mil.
Sonaba entre la arboleda,
en incesante bullir,
ya el susurro de las hojas,
ya el vibrante retintin
de una fuente que, entre guijas
y entre ramas de alelí,
derramaba perlas y oro,
y cristales de ámbar gris.
Á un mismo tiempo se oia
el suspirar y el gemir
de una tórtola doliente
ó de un galan Amadís.

Todo eran risas las niñas,
las viejas todo gruñir,
los mancebos todo fuego,
las busconas todo ardid.
De entre los pliegues de un manto
soltaba una niña un sí,
y un galan enamorado
murmuraba—¡Soy feliz!...
Quizás la dueña, de espaldas
se tornaba esto al oir,
y ahogando un sordo suspiro
entre el oscuro mongil,
murmuraba sordamente,
como quien reza en latin,
—"¿Quién me diera que estas cosas
renacieran para mí?"—
Árboles de la ribera,
decidnos, por San Dionís,
lo que alcanzaban entonces
los galanes de Madrid.
¡Cuánto traje de brocado,

visteis en torno lucir!
¡Cuánto sombrero con pluma,
cuánta falda de ormesí!....
¡Cuánto pié breve y ligero,
guardado en rico chapin,
holló la márgen del rio
sembrada de oro de Ofir!
¡Cuánta niña sin colores,
color fué á buscar allí,
y teñida de vergüenza
volvió á la villa á subir!
Dígalo si no el suceso,
el suceso de Beatriz,
que á la fuente del Acero
dió en ir, la pobre, y venir,
y bajó rasando faldas
y destrozando alepin,
hasta que vió una mañana
(¡cuánto sufrió la infeliz!....)
que de tanto beber agua
se la acortaba el vestir!

## II.

Y esto á Beatriz dijo un dia
su hermano Don Juan de Arana:
—¡Vive Dios, hermana mia,
que tu enfermedad tirana
me parece hidropesía!....
Y si es así, considero
que el líquido tu mal fragua;
y ningun alivio espero,
mientras no dejes el agua
de la fuente del Acero.
Perdió su noble esbeltez
tu talle leve y garrido,
tienes quebrada la tez,
y tu rostro está, pardiez,

ajado y descolorido.
Mústios encuentro tus ojos;
tus párpados siempre rojos
tales estragos previenen,
que preocupado me tienen
y me tienen con enojos.
¿Qué diablos dice el doctor?....
¿No mira ese buen señor,
si ha reparado en tu andar,
que en lugar de adelantar
sigues de mal en peor?....
No sé, querida Beatriz,
por qué sospecho menguado,
que, á ese doctor infeliz,
no le ha dado en la nariz
el mal olor de tu estado.
Y si así vamos á estar,
tú sufriendo sin cesar,
y él sin saber lo que hacer,
pienso que yo voy á ser
el que te voy á curar.

Tu mal crece, el tiempo apura;
el agua el mal no sacude;
y en esta dolencia dura,
cuando á tiempo no se acude
se hace imposible la cura.
Esto dicho, y siendo así,
pon, Beatriz, desde hoy en mí
la más ciega confianza,
que en este mal, se me alcanza
cuanto te conviene á tí.
Por tanto, desde mañana
ir contigo al campo quiero,
pues debo saber, hermana,
si es buena el agua que mana
esa fuente del Acero.

---

Don Juan la espalda volvió,
dejando helada á Beatriz;
y ella que sola se vió,
mirando al cielo exclamó:
—¿Hay mujer más infeliz?—

## III.

Pasó callada la noche,
despuntó en el cielo el alba,
y tiñóse el horizonte
de azul, de púrpura y gualda.
Trinaron las dulces aves
haciendo á las luces salvas,
y el ambiente matutino
comenzó á mover las ramas.
Confuso rumor de gentes
se alzó por calles y plazas;
gritaron los vendedores,
reclamos de las criadas;
por todas partes sonaron
puertas, rejas y ventanas;
y con bostezos dormidos,

y con ojos que aun roncaban,
fueron saliendo á la calle
viejas, chicos y muchachas,
frailes, soldados, matones,
menestrales y beatas.
Abrieron los mercaderes
las puertas de sus covachas;
bajaron cantando al campo
las gentes de la labranza;
retemblaron los martillos
en los yunques de las fraguas;
y al par de otros mil rumores,
que por sabidos se callan,
y á cuyos ecos no hay hombre
que parar pueda en la cama,
se unieron, haciendo coro,
esquilones y campanas,
atambores y trompetas,
músicas, pitos y gaitas.
Al són de tan grave estruendo
despertó Don Juan de Arana;

vistióse bizarramente,
colgóse al cinto la espada,
y llegando cuidadoso
á las puertas de una sala,
llamó diciendo:—Ya es hora;
vamos, que la fuente aguarda.—
Á muy poco del aviso
salió Beatriz de su estancia
con cara de haber pasado
la noche entre dudas y ansias.
Salió tras ella la dueña
con un rosario de á vara
estornudando latines
en són de quien reza ó rabia;
y arrebozándose el rostro
con sus tocas y hopalandas,
salieron los tres al campo
cuando ya el sol despuntaba.
Estaba el campo vistoso,
cuajado el césped de plata,
Manzanares sin vapores,

la atmósfera limpia y clara.
Por la cuesta de la Tela
y la Puente Segoviana,
bajaban brindando amores
barbilindos y tapadas.
¡Qué encuentros más casuales!
¡Qué sorpresas, qué algazara
presenció Don Juan entrando
del bosque en las enramadas!
Gozoso, alegre y risueño
volvióse y dijo en voz alta:
—¿Sabes que es muy divertido
venir á tomar el agua?—
Beatriz, sonriendo apenas,
contestó algunas palabras,
detrás de las cuales, ténue
lanzó un suspiro del alma.
De pronto, de un bosquecillo
salió apartando las ramas,
un mancebo muy bizarro,
de buen talle y mejor cara.

Vióle Don Juan, conocióle,
y en són de sorpresa grata,
tendióle una mano y dijo:
—¡Bien se anuncia la mañana,
pues venturas me promete
mi buen Don Diego Peralta!
—¿Vos Don Juan por estos sitios,
y á estas horas?
—¿Qué os extraña?
¡Alguna vez es muy sano
echar al aire una cana!
—¿Es quizás, por vida mia,
vuestra esposa aquesta dama?
—¡Es mi hermana!
—¡Por mil años
guarde Dios belleza tanta!
Huélgome de conocerla,
y de servirla me honrara.
—Mil gracias, amigo mio;
la pobre se encuentra mala,
y pienso que el mal que tiene

no lo ha de curar el agua.
—¿Permitís que os acompañe?....
—¿Qué es permitir?.... ¡Vaya, vaya!
Merced nos haceis en ello;
seguid, pues, si no os enfada.—
Y aquí Beatriz más tranquila
movió de nuevo las plantas,
respirando fuertemente
como quien el pecho ensancha.
La dueña siguió á su lado
moviendo á prisa la barba,
cual si rezando quisiera
conjurar una desgracia.
Tras ambas los dos galanes
lentamente caminaban,
entreteniendo el paseo
con esta amigable plática:
—¡Seis años largos de ausencia
Don Juan!.... ¡cuál el tiempo pasa!
—Cierto, seis años y meses
hace que salí á campaña;

y á no morir mi buen padre,
aun estuviera en Italia.
Mas quedando Beatriz sola,
huérfana y desamparada,
despedíme de la guerra
y tomé la vuelta á España.
—Muy bien hecho, amigo mio;
eso el mérito aquilata
de vuestras muchas virtudes,
dignas de perpétua fama.
—Honor tal deber me impone,
que fuera crímen, no falta,
dejar sola á una doncella
en esta córte menguada.
La virtud es quebradiza;
la carne, Don Diego, es flaca,
y es el honor como el oro
que cualquier soplo lo empaña.
Á mujer jóven y hermosa
la seduccion pone trampas,
y la triste que cae en ellas

tarde ó nunca se levanta.
Mas vos, ¿en estos seis años,
qué habeis hecho?
—Poco ó nada.
—¿Vive vuestro padre?
—Vive.
—¡Viejo es ya!.... ¿por qué no os casa?
¿Ó quiere que en vos acabe
lo ilustre de vuestra raza?
—¡Nunca me habló, ni le he hablado
de asunto tal!
—¡Cosa rara!
¿No teneis amores?
—Tengo.
—¡Quizá amores de pasada!....
—No tal.
—¿Añejos?
—¡Añejos!
—¡Pues los tomais con cachaza!....
¿No es digna de vos?
—¡Oh!.... mucho.

—No debe ser muy honrada
quien permite que en su nombre
se cebe el mundo con saña.
—¡Ved que la estais agraviando!
—Pues no es mi intento agraviarla;
juzgo como juzga el mundo
cuando al amor se da largas;
que empeños y devaneos
por rejas y por ventanas,
dan gran cebo á la malicia,
pues la condicion humana
es tal, que al cabo sospecha
(quizá con razon sobrada),
que el que aplaza sus deseos
y sus venturas dilata,
es porque acaso recibe
favores de puerta falsa.
Y perdonad que esto diga
por vos y por vuestra dama,
y dejemos este asunto
que tanto disgusto os causa.—

Y dando distinto giro
á la plática empezada,
llegáronse hasta la fuente;
Don Juan tomó un barro de agua,
bebiólo con pausa y gusto,
y en tanto que otro llenaba,
observó rápidamente
que entre el amigo y su hermana
hubo un cambio de sonrisas
y otro cambio de miradas.
Tornáronse al cabo todos
en dulce amor y compaña;
y al llegar á la Almudena,
que de par en par estaba,
oyendo tocar á misa
preguntó Don Juan de Arana:
—¿Quereis entrar en la Iglesia?
Y,—"Entremos,"—dijo Peralta.

# IV.

Y fué por cierto ventura,
que estaba la iglesia oscura;
y á no tener tal capricho,
á solas hubiera dicho
aquella misa el buen cura.
Agua bendita tomó
Peralta al entrar ufano,
y á Beatriz se la ofreció;
mas Don Juan se sonrió
ante un acto tan cristiano.
¿Por qué la sonrisa fué?
Si en la malicia se inspira,
alguien dará en el por qué,
que amor cree que nadie mira

cuando todo el mundo ve.
Así, Don Juan solapado,
llevando á Beatriz delante,
vió un papel dado y tomado,
y dijo entre sí:—¿Qué amante
no es ligero y confiado?—
La misa al cabo salió,
Peralta tomó una silla
en que Beatriz se sentó,
y luégo, humilde dobló
detrás de ella una rodilla.
Don Juan se puso á rezar,
Peralta á mirar y á oir,
sin oir y sin mirar;
¿quién mira atento al altar
sintiendo el pecho latir?
Mas al llegar el momento
en que anunció la campana
con estrépito violento
el sacrificio cruento
que salvó á la raza humana,

Don Juan, ahogando el furor,
é inclinándose á Peralta,
dijo con leve rumor:
—¿Jurais que contra mi honor
no habeis cometido falta?—
Miró á Don Juan con violencia
Don Diego lleno de enojos;
mas turbado en su conciencia,
por temor ó por prudencia
bajó confuso los ojos.
—¿No os atreveis á jurar?
volvió Arana á preguntar
coloreado de ira:
Reparad que Dios os mira
y que os tendrá que juzgar.
¿No habeis faltado á mi honor
con torpe y grosero amor?
Por la vida de mi hermana
juradlo á Don Juan de Arana
en nombre del Redentor.
—No quiero al cielo ofender

con un juramento impuro
que Dios no podrá absolver;
dijo Don Diego; mas juro
que haré cuanto deba hacer.
—Cuidad que os voy á casar.
—El cura está en el altar.
¿Quereis más?
—Basta, á fe mia,
pues juro á Dios que sentia
el teneros que matar.

---

Sonó la campana en pos
de este secreto incidente,
callar haciendo á los dos,
que alzaba sobre su frente
la Forma el siervo de Dios.
Y en aquel momento, ufano
miró Don Juan á Beatriz
con el cariño de hermano.
Tendió á Peralta la mano,
y dijo:—Hacedla feliz.—

La mano el galan besó
con estremada ternura,
y dijo—Así lo haré yo.—
Mas nadie el caso notó
por estar la iglesia oscura.

## V.

Pasado un cuarto de hora,
salió á la calle Beatriz
mas que nunca encantadora,
pues celos daba á la aurora
con su encendido matiz.
Y al ver sus colores rojos,
dijo Don Juan sin enojos:
—Hoy noto en tí mejoría,
pues se asoma la alegría

por las niñas de tus ojos.
¿Eres feliz?
—Serlo espero.
—Pues como hermano leal,
hoy darte un consejo quiero:
No tomes más el acero,
que puede serte fatal.

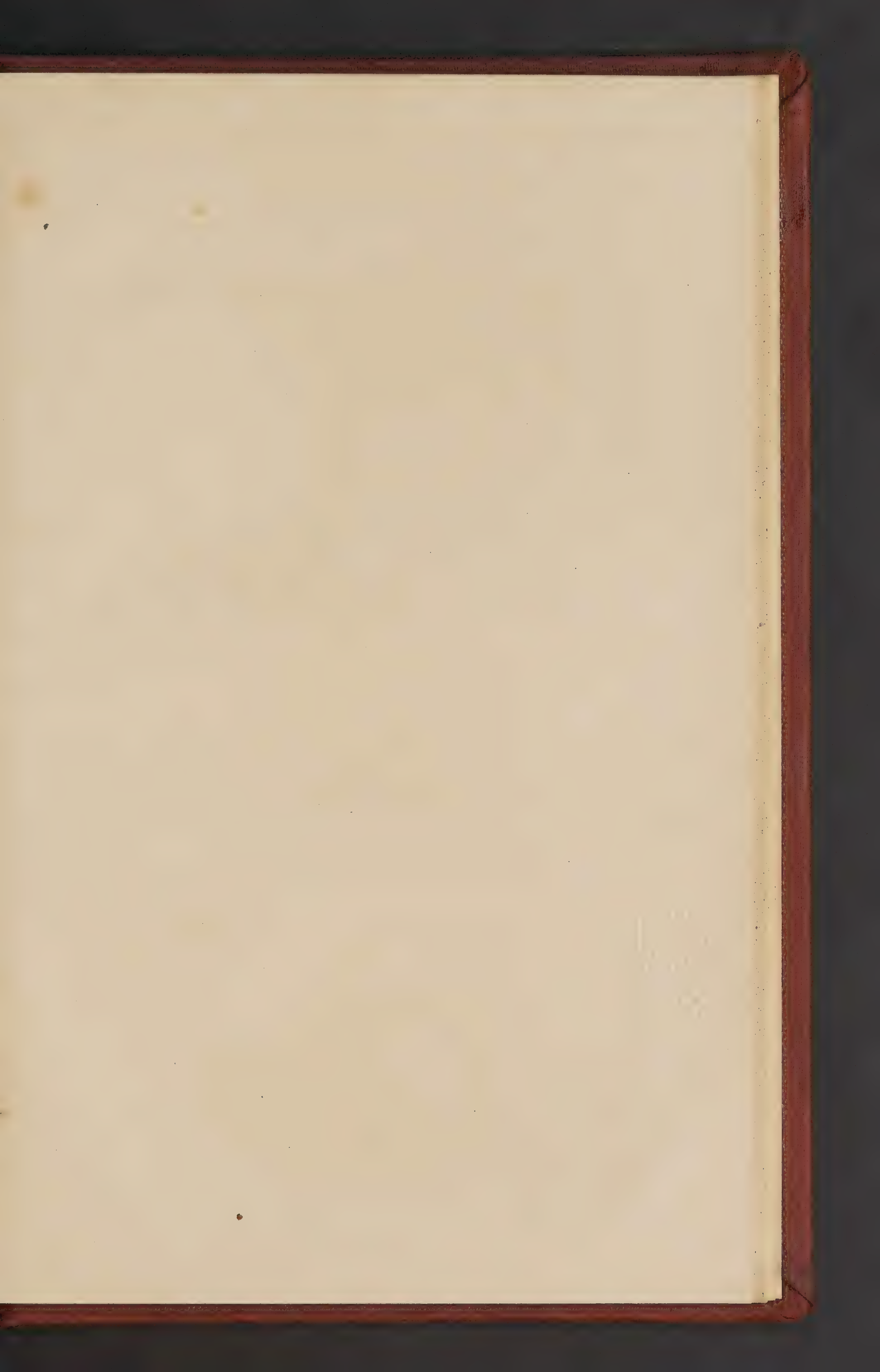
---

# LAS GRADAS DE SAN FELIPE.

1669.

*Templando mi indignacion*
*os he podido sufrir,*
*porque os ciega el presumir*
*que podeis tener razon.*

MORETO.





LAS GRADAS DE SAN FELIPE.

# LAS GRADAS DE SAN FELIPE.

## I.

Archivo de todo ardid,
tiendas de nuevas forjadas,
fuéron un tiempo las gradas
de San Felipe en Madrid.
Conocidas de cualquiera
como el alma de la córte,
eran punto fijo y norte
de la gente forastera.
Pues en tan revuelto mar,
á este puerto se acogian,
cuantos á Madrid venian
á pretender ó á gozar.

Causa de tanto favor
y de tanto valimiento,
era el hallarse el convento
sito en la calle Mayor.
Calle en extremo lucida,
pues por diversos afanes,
siempre estaba de galanes
y de damas concurrida.
Y siendo así, ya se advierte
la razon de la asistencia,
qué siempre la concurrencia
va donde más se divierte.
Y en verdad, que punto igual
juzgo que en Madrid no habia;
pues era la gradería
de San Felipe el Real,
divertimiento de hastiados
y recreo de chismosos,
atalaya de curiosos
y centro de enamorados.
Que para más embeleso

honraban sus cercanías,
Portales de Platerías
y Lonja del Buen Suceso.
Sitios llenos y surtidos
de tiendas y mercaderes,
reclamo de las mujeres
y escollo de los maridos.
Que tal vez á lo mejor
allí suceder solia,
que un hombre honrado perdia
con el dinero el honor.
Pues siendo el tráfico tanto,
y estando en uso admitido
que el pudor fuera escondido
bajo los pliegues de un manto;
Y siendo ley singular,
muy digna aquí de advertir,
en las damas recibir
y en los hombres regalar,
no es cosa que sorprender
pueda un momento siquiera,

que en tal centro el diablo hiciera
oficios de mercader.
Dicho ya que en esos dias
daban al placer espuelas,
de un lado las Covachuelas,
del otro las Platerías;
fácil es de comprender,
si se examina con calma,
por qué de la córte el alma
vino San Felipe á ser.
Además, vecina al lado
la Puerta del Sol, abria
franco paso y grata vía
de San Jerónimo al Prado.
Y como en este recinto,
segun los historiadores,
hubo un cláustro de Menores
y el de las monjas de Pinto;
juzgo, sin ser importuno,
que, sitio de tal recreo,
era aguijon del deseo,

y ameno como ninguno.
Que, como arroyos al mar,
á este punto confluian,
cuantos iban y venian
á paseo ó á rezar.
Campo, pues, de eterna lid,
tales condiciones dadas,
era no estar en las gradas
como no estar en Madrid.
Siendo sus duros peldaños
causa de entretenimiento,
y dando además asiento
así á propios como á extraños;
No era mucha maravilla
ver en aquel hervidero,
confundido al forastero
con los hijos de la villa.
Ni extraño ver mano á mano,
en dulce paz ayuntadas,
las togas con las espadas,
y al pobre con el indiano.

Que campo abierto y neutral
de vándalos y de godos,
era libre para todos,
y para todos igual.
Cosa por demás sabida
es hoy cuanto allí pasaba,
pues diz que no se dejaba
honra ni verdad á vida.
Los lances vários de amor
con doncellas y casadas,
los duelos, las cuchilladas
de alguna noche anterior:
los aprestos de un monjío,
los chascos á las busconas,
las fiestas y merendonas,
ya en el Ángel, ya en el Rio.
Los apuros de un autor
recientemente silbado;
el mandamiento fijado
por un alcalde mayor;
Todo en tan sucinto espacio

comento y glosa sufria:
tanto, que se habló algun dia
de las cosas de palacio.
Que al saberse una mañana
el fin funesto y cruel
del galan, lengua de hiel,
conde de Villamediana,
alguien, fingiendo temor
y disfrazando recelos,
hizo, de no sé qué celos,
circular cierto rumor.
Y algo de verdad tendria
el relato lamentable;
pues un ingenio notable
que por entonces lucía,
dura sátira escribió
contra delito tan fiero;
de cuya sátira infiero
que el caso allí se contó.
Y á nadie juzgo se esconde
quien dijo usando este ardid:

"*Mentidero de Madrid,*
*decidnos quién mató al conde.*"
Que boga y asiento tal
cobró allí la embustería,
que era aquella gradería
mentidero universal.

## II.

Aquí, pues, con planta breve
y un aire poco gentil,
llegó en Noviembre de mil
seiscientos sesenta y nueve,
un hombre, en cuyo ademan
y en el traje que llevaba,
al punto se adivinaba
que era un pobre capellan.
Serio, triste, indiferente

subió por la gradería,
de modo que parecia
disgustado de la gente.
Mas fué lo bueno del caso,
que un honrado caballero,
de tan confuso hormiguero
salió cortándole el paso.
Y abrazándole por fin
con cariñoso transporte,
le dijo:—¡Vos en la córte,
señor Carrasco Marin!—
No el capellan extrañó
verse cogido en tal lazo,
pues devolviendo el abrazo
de este modo contestó:
—¡Qué!.... ¿Sois vos, señor Sagredo?
¡Gran dicha alcanzo, á fe mia,
pues trocais en alegría
mis tristezas de Toledo!
—¿Tristezas vos?

—Sí, en verdad,

muerto estoy para el placer.
—Pues qué, ¿tánto os da que hacer
del Refugio la Hermandad?
—¡Ay! no es ese mi secreto:
es que estoy de aquesta suerte,
desde que impía la muerte
cortó la vida á Moreto.—
Á noticia tan aviesa,
mudo Sagredo quedó,
y en su faz se retrató
con el dolor la sorpresa.
—¡Cómo! dijo: ¡el buen Cabaña
pagó ya el comun tributo!
¡Vive el cielo que de luto
se puede poner España!
—¡Es verdad!.... Carrasco dijo,
que siendo en virtudes solo,
de las Musas y de Apolo
fué embeleso y regocijo.
—¡Y ya la tierra le cubre!
—¡Ya goza gloriosa palma!

que á Dios entregó su alma
el veintiocho de Octubre.
—¡Ay!.... ¡con harta brevedad
dejó este mundo de engaños!
—¡A los cincuenta y un años
lo eclipsó la eternidad!—

---

Y aquí tal vez el dolor
silencio á los dos pusiera,
si á estorbarlo no viniera
un nuevo interlocutor.
Era un mancebo entonado,
barbilindo y presumido,
muy de bigote torcido,
muy de cabello rizado.
Mancebo, en cuya presencia
al punto se descubria
que era un pasmo de osadía
y un asombro de insolencia.
Llegóse á los dos el tal,
y en tono brusco y acedo,

dijo:—¿Qué teneis Sagredo,
que estais tan grave y formal?
¿Pretendeis reñir conmigo?
—No, clamó Sagredo en calma;
es que tengo herida el alma
por la muerte de un amigo.
—¿Y se puede saber quién?
—¡Vive Cristo!.... sí por cierto,
porque era el autor, el muerto,
de *El Desdén con el desdén.*
Y el que como vos se afana
por ceñir fresco laurel,
juzgo que honrar querrá en él
á la musa castellana.
Musa que en honda afliccion
llora, por haber perdido
al discípulo querido
de Don Pedro Calderon.
Al que tomando por norte
modelos de alta memoria,
logró primicias de gloria

en las fiestas de la córte.
Al que en presto y raudo giro,
alzándose entre los buenos,
logró en sus años amenos
favores del Buen Retiro.
Al que con noble ambicion
y rica y fecunda vena,
sostuvo la pátria escena,
la escena de Calderon.
Al que aspirando tal vez
á los triunfos de Belona,
quizá conquistó en Gerona
laureles de otro jaez.
En fin, al que en paz y en guerra,
siempre bueno y siempre honrado,
hoy descansa sepultado
en un mal trecho de tierra.—
Selló el labio el buen Sagredo,
y el mancebo que le oia
replicó:—Ya yo sabia
su triste fin en Toledo.

Mas pese á vuestra afliccion,
que por amigo respeto,
perdonad que de Moreto
tenga distinta opinion.
Que harto de sus cosas sé
que á murmurar nos convida,
pues conozco bien su vida,
cuanto valió, y cuanto fué.
Si logró aplausos en suma
y al cielo elevó sus alas,
hablen las ajenas galas
con que revistió su pluma.
Hable Cáncer, que no yo,
de su valor literario,
que, por crímen de plagiario,
duro vejámen le dió.
Vejámen que á creer inclina,
segun lo dicen sus quejas,
que en unas *comedias viejas*
encontró muy *brava mina.*
Por lo cual, niego el honor

de la fama que hoy acopia,
que no es autor el que copia,
sino el que inventa mejor.
Y esto dicho (no os asombre
mi natural desenfado),
dejemos al vate á un lado
y ocupémonos del hombre.
Quizás ignorais la accion
que más su nombre mancilla,
que dicen que á Medinilla
infirió muerte á traicion.
Vate, cuya musa amena
alcanzó tanta valía,
que lloró su muerte impía
Frey Lope en su *Filomena*
Y no atribuyais á cuento
ni á rumor desacertado,
hecho que quedó probado
al abrir su testamento.
Pues en término sencillo,
y con humildad bien rara,

mandó que se le enterrara
Del Cármen en el Pradillo.
Y como tengo noticia,
por datos que recogí,
que sólo entierran allí
los muertos por la justicia;
deduzco muy claro yo
de este antojo singular,
que con él quiso espiar
el crímen que cometió.
Y en fin, por no ser moroso,
no me cumple aquí decir,
cómo se llegó á ingerir
con el cardenal Moscoso.
Que si entrase en esa vía,
tanto en su contra dijera,
que presumo que tuviera
tela para todo el dia.
Por eso no doy valor
á sus obras ni á su nombre,
que si indigno juzgo al hombre,

indigno juzgo al autor.—
Con ira escuchó hasta el fin
Sagredo diatribas tales;
pero notando señales
de igual enojo en Marin,
discreto apuró la hiel,
y así dijo al tierno amigo:
—Quien fué de su honor testigo,
diga cuanto sepa dél.—
Marin, sério y reposado
picó en tan sabroso cebo,
y tornándose al mancebo
así le habló mesurado:
—No pretendo, ni en mí cabe
daros lecciones de acierto;
mas quien habla de algun muerto,
es justo que al muerto alabe.
Que quien obra de tal suerte,
cristiano mérito alcanza;
que siempre fué la alabanza
privilegio de la muerte.

Pues como el alma va en pos
del perdon que Dios encierra,
no es bien que culpe la tierra
al que quizás premia Dios.
Esto dicho en su respeto,
diré de lo relatado,
que estais muy mal informado
de las cosas de Moreto.
La experiencia de sus años,
y á más su saber profundo,
le hicieron dejar el mundo
con sus quimeras y engaños.
Y modelo de humildad,
dulce, afable y cariñoso,
buscó el bien en el reposo,
la dicha en la caridad.
Tal vez hoy por ello cobre
la gloria que fué su anhelo,
que harto gana para el cielo
quien aquí siembra en el pobre.
Por esto de virtud tal,

y de su genio admirado,
hízole amigo y privado
el ilustre cardenal.
"Que la alteza más honrada
que tienen los grandes buenos,
es que pueden al que es ménos
dar mucho con lo que es nada." [1]
Y de esto informaros puedo,
porque fuí de ello testigo;
y además puede conmigo
informar toda Toledo.
En cuanto á la negra accion
que le imputan con mancilla,
de que mató á Medinilla
en mala lid ó á traicion,
probaré que son amaños
de la más negra falsía,
diciendo aquí que tenía
Moreto entonces dos años.
Y si saber quereis, pues,

[1] Versos de Moreto.

que no es mi aserto embolismo,
pedid su fe de bautismo,
que hallareis en San Ginés.
Que allí verá con verdad
el más torpe y más zolocho,
que el que el año diez y ocho
vió del sol la claridad,
ni á traicion ni frente á frente
matar pudo al desdichado,
que tuvo fin desastrado
en mil y seiscientos veinte.
Y á más de estas pruebas mias,
hay otra prueba más fuerte,
pues se sabe que esa muerte
la infirió el señor de Olías.
Y esto pone fin al cuento
de tan villano homecillo,
sin que tenga del Pradillo
que hablar, ni del testamento.
Pues si fué su voluntad
tener sepultura humilde,

no es justo que se le tilde
por tan cristiana humildad.
Y sabed, sin que esto sea
de vano orgullo pretexto,
que el que aquí os afirma esto
soy yo, que soy su albacea.
Y pues que importa á su honor
dejar bien limpio su nombre,
aquí dejo hablar del hombre,
y otro diga del autor.—
Sagredo sin vacilar,
y en són de enojo y de reto,
estas frases de Moreto
dijo airado al replicar:
"Templando mi indignacion
"os he podido sufrir,
"porque os ciega el presumir
"que podeis tener razon."
Mas quien juzga con tal saña,
y así ofende tal memoria,

[1] De una comedia de Moreto.

sabed que mengua una gloria
de entre las glorias de España.
Que pese á la envidia ruin,
nunca se tendrá por ménos
al que escribió entre los buenos
*La Confusion de un jardin.*
Al que dió honór á la escena
en *La Fuerza de la ley,*
*El Mejor Alcalde el Rey*
y en el *San Franco de Sena.*
Al que siempre docto y sabio,
hizo, sembrando bellezas,
*Industrias contra finezas*
y *El Defensor de su agravio.*
Al que se pintó quizá
de un modo digno y gallardo,
en el capitan Lisardo
de su *De fuera vendrá.*
Al que tomando por norte
el honor limpio y severo,
con él vistió *El Caballero*

y *El Parecido en la córte.*
Al que con harta verdad
dejó en *El Lindo Don Diego*,
vejado el orgullo ciego
y la loca vanidad.
Y por conclusion, á quien,
si otras joyas no tuviera,
corona eterna le diera
*El Desdén con el desdén.*
Si asuntos viejos en suma
del polvo sucio sacó,
vive Dios que los honró
cuando los tocó su pluma.
Que á fe que probando está
su tacto fino y certero,
*El Valiente justiciero*
*Rico-home de Alcalá.*
Y pienso que no es razon,
sino injusticia notoria,
esto de manchar su gloria
con tan villano borron.

Que si á su genio es debido
que asuntos tan levantados
no yazcan hoy sepultados
en la region del olvido,
ganó, si bien se medita,
honra en tan árdua tarea;
que si grande es el que crea,
es grande el que resucita.
Y ved que la acusacion
de plagiario tambien llega
lo mismo á Lope de Vega
que á don Pedro Calderon.
Que ellos tambien como él
los archivos rebuscaron,
y de su fondo sacaron
más de un preciado laurel.
Y en fin, haced más honor
á su fama y á su nombre,
que sois vos muy poco hombre
para hablar de tal autor.

## III.

Fosco y con la vista airada,
y atropellando atenciones,
volvió el mozo estas razones
poniendo mano á la espada:
—Ni sé, ni á indagar me meto
noticias de ese jaez;
solo sé que no es buen juez
quien fué amigo de Moreto.
Y pues mi labio le dió
por hombre de mala cuenta,
salga á defender su afrenta
quien quiera, que aquí estoy yo.—
Á este reto inesperado,
hecho con tanta osadía,

se alzó de la gradería
el respetable senado.
Y conocido el suceso
causa de palabras tales,
hubo bandos y parciales
que embrollaron el proceso.
Y fué la contienda tal,
y el furor tanto y tan loco,
que dicen que estuvo en poco
que aquello acabase mal.
Mas el divino favor
hizo, en aquella mañana,
que la reina Mariana
bajase á San Salvador.
Y como el respeto es norte,
y es gala la cortesía,
en la lealtad é hidalguía
de los hijos de la córte;
De amor y respeto en prenda
todos las gradas bajaron,
y en tal estado dejaron

la causa de la contienda.
Sagredo y el buen Marin
quedaron abandonados;
mas quedaron como honrados,
honrando á Don Agustin.
Y fundiéndose los dos
en un mismo pensamiento,
se entraron en el convento
á rogar por él á Dios.

FIN.

[illegible]

9/5/8.



